CARAS Y CARETAS



EL ARBOL CENTENARIO

Molina, sudoroso,
trabaja con la idea
de echar abajo un árbol tan frondoso;
¿pero no va a cansarse en la tarea?


LA BEBE TODO EL MUNDO
En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.
BOLS
Ginebra Bols
SU COLOR AMBAR PALIDO COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda.
BUENOS AIRES

EL ROBO DE LAS PERLAS PARIS-LONDRES



RELATO CONTADO POR SIR BASIL THOMSON, EX JEFE DEL DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA SCOTLAND YARD DE LONDRES, Y ESCRITO

por WILLIAM MAC HARC



SIR Basil: ¿cuál es la cualidad más importante que deberá tener un detective? — le pregunté.

Su pronta respuesta me pareció sorprendente.

— Suerte — me dijo.

— ¿Suerte? — repetí yo.

Pocos minutos antes, en el curso de la conversación, le había oído calificar de incapaz para ser oficial detective a una persona porque ésta tenía una continuada mala suerte.

— La secreta labor de la policía — agregó el ex jefe — depende de tres elementos: organización, trabajo firme y suerte. Los tres y cada uno de por sí son importantes. Los dos primeros pueden lograrse con el consiguiente esfuerzo. El detective, para ser eficaz, no necesita ser un experto en joyería, en impresiones digitales o en venenos, porque puede consultar con especialistas en cualquier materia. Bastará con que posea conocimientos superficiales. Por ejemplo: el hombre que es enviado a registrar casas en las que se cometieron robos será como el vigilante de un edificio: ha de saber, en líneas generales, dónde es más probable que las paredes y los muros resulten con huecos y perforaciones, cómo han de examinarse los pisos, en qué sitios de las entabladuras, puertas o frisos caben resquicios, agujeros y comunicaciones. Mas el final de sus averiguaciones dependerá de su suerte. Dondequiera que usted se encuentre un hombre que haya obtenido buenos éxitos en esta profesión, esté usted seguro de que se halla ante un afortunado. El detective tiene suerte cuando se da cuenta de que algo pasó en una localidad y que no fué advertido por ningún vecino; cuando sorprende una conversación que le aclara precisamente un punto obscuro, y así por el estilo. También hay criminales suertudos y otros no. Todo el que se halle en contacto con malhechores advertirá en seguida estas dos categorías: los que no teniendo dominio de sus pasiones asesinan en las peores circunstancias, sin saber aprovecharse del robo y cayendo, en fin, dentro de las prisiones, y los que logran escapar a todo castigo, disfrutando de sus pillajes como personas honradas Suerte: todo gira alrededor de la suerte.

— ¿Está usted pensando en algún caso que pruebe ejemplarmente algunos de esos puntos de vista? — le pregunté.

— Sí; en uno que le probará bastante satisfactoriamente lo que le he explicado.

Me arrellané en mi butaca, adoptando una postura atenta. Sir Basil encendió un cigarrillo y sonrió evocador al dar, sin duda, con la tecla de su memoria correspondiente a una de sus curiosas experiencias.

— En la primavera del novecientos quince — comenzó diciendo el ex jefe de la C. I. D. — un oficial detective en directa conexión con la sección de investigaciones criminales de Correos, servicio especial, compareció ante mi precencia en la oficina de la Scotland Yard acompañado de otra persona, un caballero muy bien portado, de expresivas maneras, al que yo conocía como miembro de la firma de una casa de seguros de certificados postales.

Se sentaron a una indicación mía y aguardé a que se explicaran.

— Hemos venido a verle — habló el detective — por el asunto de las perlas de Max Meyer. — ¿Está usted enterado de las circunstancias que rodearon la desaparición del collar? — agregó el agente yendo derecho a la cuestión.

— En parte nada más — respondíle. — Recuerdo que después de robadas las perlas se requirió nuestra ayuda y que se cambió correspondencia acerca del robo entre la Scotland Yard y la policía de París, pero los detalles de que trataban las cartas los ignoro. También recuerdo perfectamente las informaciones principales que aparecieron en los diarios. Tengo entendido que el collar es de gran valor.

— Quinientos ochenta mil dólares — aclaró el visitante.

— Y que desapareció en el trayecto postal entre París y Londres.

— Sí; y fuí yo — díjome el socio de la empresa aseguradora — el que requirió los servicios de la Scotland Yard. Mi compañía aseguró el collar y

cuando los de la firma Max Meyer descubrieron la substracción nos la participaron inmediatamente y lo mismo hicieron con la oficina central de Correos. Se creyó que los ladrones habían operado en París, y aquella policía, después de completar una minuciosa investigación, nos indujo a creer que el robo sin duda había ocurrido en Inglaterra.

— Si quiere usted darme todos los detalles del caso — dije yo — con todo gusto le daré mi opinión acerca de lo que debe hacerse.

El socio de la firma de seguros miró al detective y éste tomó la palabra para decir:

— El collar fué enviado del establecimiento de Max Meyer en París al establecimiento que la misma firma tiene en Londres. Las perlas fueron acomodadas en una cajita especial, envuelta en papel de cierta clase y luego precintada y sellada con ocho sellos de lacre marcados con las iniciales M. M. de la firma, forma en que la casa expide siempre sus paquetes postales de valor. Luego de así arreglado el envío, un socio de la firma de París lo llevó personalmente a la oficina de Correos, donde lo registró, siendo entonces colocado en el saco especial de los paquetes certificados, el que fué asimismo sellado una vez listo. El saco llegó en perfectas condiciones a Londres, al menos tan perfectas como nosotros pudimos observar, y su contenido entregado a los carteros correspondientes. El empleado de éstos que acostumbraba a entregar paquetes análogos a los señores Max Meyer fué el que esta vez entregó al «manager» de dicha firma la cajita de las perlas, a la hora usual de otras veces. Los sellos de lacre hallábanse intactos. El «manager» londinense cortó el precinto con su navajita, e hizo saltar los sellos, abrió la tapa de la cajita y se encontró con pequeñas bolitas de carbón de igual peso que las perlas substituídas.

— Por supuesto — yo cuestioné: — resulta más lógico creer que alguien en París conocía el valor de la remesa y no alguien de Londres.

— Incuestionablemente — me respondió el detective. — Por tal razón las primeras y confidenciales investigaciones se llevaron a cabo por el departamento policial del Correo de París, cuyos agentes interrogaron a todos los empleados de la sección certificados, inquiriendo además en sus vidas privadas, etcétera. Y el resultado de estos trabajos fué el convencimiento de que el robo no se efectuó mientras el famoso paquete estuvo a cargo de la oficina postal francesa según la detallada información que nos enviaron.

— ¿Entonces la substracción acaso pudo efectuarse en el establecimiento de Londres una vez recibida la cajita de manos del cartero?

— El cartero la entregó en las propias manos del «manager», que procedió a su apertura personalmente.

— ¿Ha investigado usted la persona del cartero londinense?

— Claro. Doce años lleva prestando servicios y tiene una reputación de honradez inmejorable, así como de empleado cumplido. Además, su recorrido en ese día demostró su acostumbrada puntualidad, lugar por lugar, sin perder apenas un minuto entre entrega y entrega, descontando el tiempo invertido en los trayectos.

— ¿Y qué me dice acerca del carbón que reemplazaba a las perlas?

— Resultó ser el mineral ordinario que se consume tanto en París como en Londres.

— ¿No existe alguna sospecha de que la cajita original de las perlas haya sido substituída por otra igual conteniendo las piedrecitas de carbón?

— No; se comprobó la existencia del paquete original.

— Entonces, la única guía que tenemos es la cajita y su envoltorio.

El detective hizo un signo afirmativo y miró al agente de seguros, que también se manifestó de acuerdo. El primero sacó de uno de sus bolsillos un pequeño bulto y lo desenvolvió, poniendo sobre la mesa de mi escritorio la caja en la que se metiera el collar, el papel de la envoltura, el cordón y los sellos de lacre. Contemplé con interés estos objetos; los sellos eran tal como los describiera el oficial: de forma oval y con las iniciales M. M. de la firma. El lacre colorado del corriente, podía obtenerse en cualquier tienda de cualquier parte.

— ¿Este es el mismo lacre que usa el establecimiento Meyer? — pregunté.

— Sí; el mismo que usan en sus casas de París y Londres.

Todos los sellos hallábanse intactos. Con una magnífica lente de aumento los examiné con sumo cuidado, resultando notorio que no habían sido alterados ni repegados aparentemente. Me pareció probable que alguien, poseyendo un sello similar, hubiera lacrado de nuevo después de haber abierto el paquete y extraído las perlas, dejando en su lugar los carboncitos.

— El lacre se conoce que no fué abundantemente desparramado sobre el papel — hice notar yo. — ¿Recuerda el hombre que lacró en París este detalle?

Ha examinado el envoltorio tal como quedó después del robo y no puede precisar absolutamente cómo hizo la operación.

— Bien — dije yo; — resultando indudable, de acuerdo con los hechos, que las perlas fueron robadas desde el establecimiento Max Meyer de París hasta el de Londres, es indudable que la cajita fué abierta y resellada en el trayecto. Acaso podramos saber cómo y dónde si se investiga a conciencia.

El agente de seguros se inclinó hacia mí con manifiesta ansiedad, brillándole los ojos.

— Por supuesto — habló; — si las perlas no se recobran mi compañía tendrá que indemnizar todo su valor a los aseguradores. Sería una pérdida fuerte y nosotros estamos dispuestos a cualquier esfuerzo con tal de recuperarlas.

— Así que — aseguréle — si el robo ocurrió en Inglaterra puedo decirle, con muchas probabilidades de acertar, que yo sé dónde se hallan las perlas.

El hombre me miró en el colmo del asombro.

— ¿De verdad sabe usted dónde están? — preguntó con gran curiosidad.

— Con muchísimas probabilidades de acertar — le repetí.

— ¿Usted sabe quién las tiene?

— No; pero apenas abrigo duda de que en algunas horas de investigación podremos conocer tal detalle.

— Pero, entonces, ¡por Dios vivo! exclamó; — si usted conoce dónde están las perlas y puede saber quién las tiene, Mr. Meyer las recobrará seguramente y nosotros salvaremos la póliza aseguradora.

— Me temo mucho no poder prometerle tanto — repliqué yo para no despertar en él prematuros entusiasmos.

Y Sir Basil, al llegar a este punto, se recostó en su sillón y se quedó unos instantes abstraído, contemplando las espirales de humo de su cigarrillo.

— Nunca he visto un problema como éste presentado en las ficciones literarias detectivescas — continuó sonriendo el ex jefe de la C. I. D. — En la ficción, cuando el robo ha sido descubierto, los ladrones son capturados y reciben el correspon-

diente castigo, siendo las joyas casi siempre recuperadas. En la vida real, la policía puede conocer los ladrones, puede saber dónde se halla lo robado, y sin embargo, no puede incautarse de los unos ni de lo otro mientras no tenga pruebas convincentes. Los ladrones especialistas en joyería saben muy bien esto, no así los agentes aseguradores, que a veces parecen olvidar tan importantes detalles.

— ¿Cuántas eran las perlas? — le pregunté.

— Setenta y cinco, si no recuerdo mal.

— Algunas de ellas son grandes, indudablemente.

— Las del centro del collar, en efecto, son muy grandes. Formaban pares, lo que contribuye a su gran valor.

Las perlas apareadas son muy conocidas.

— Sí; en todas las joyerías reputadas del continente se las conoce y aprecia.

— Con todo su valor — observé yo — probablemente el collar cabrá en la palma cerrada de una mano de hombre.

— Sí, ciertamente.

— Muy bien — contesté. Supongamos que es usted el hombre que posee tales perlas, las que pueden ser fácilmente reconocidas por cualquier experto. Ellas constituyen su «ganancia» en el robo, pero, al mismo tiempo, una prueba palpable en su contra. Usted sabe que la policía no ignora su complicidad en el delito y que, de un momento a otro, pueden arrestarlo y registrarlo, lo que significa varios años de presidio. ¿Qué hacer con las perlas?

— ¿Qué hacer?—contestó preguntando el hombre.

— Pues que la policía buscará las perlas en los fondos fangosos del Támesis. ¿No lo cree usted así?

— ¡Demasiado gracioso!— exclamó — ¿Quiere usted decir que los ladrones destruirían una riqueza de más de medio millón de dólares?

— Tendrían gran dificultad en realizarlas, y como es probable que sean hombres de mediana edad, una sentencia de muchos años les resultaría un contratiempo muy serio.

El agente inclinó el rostro con aire pesimista.

— ¿Entonces usted me da a entender que aunque lográramos saber dónde están las perlas — el Támesis es enorme para tan poco volumen — no las recobraríamos?

— No; yo confío en que nosotros las encontraremos precisamente porque son perlas. Si fueran diamantes mi esperanza sería mínima, porque estas piedras se tallan y desfiguran fácilmente, volviéndose irreconocibles y pudiendo luego ostentarse en anillos, brazaletes y otras prendas, de tal modo que aun teniendo la certeza moral del ladrón, resulta imposible probarle el delito. Por el contrario, las perlas no pueden ser alteradas. Con respecto a este robo, evidentemente lo han cometido ladrones expertos, aunque no alcanzo a comprender cómo se aventuraron con perlas. Tengo el presentimiento de que fué una equivocación por parte de ellos.

— Sir Basil de nuevo hizo una pausa en su narración que yo aproveché para preguntarle:

— ¿Qué quiso usted significar cuando dijo al agente de seguros que usted sabía dónde se encontraban las perlas?

— ¿Usted, entonces, no tiene familiaridad alguna con Hatton Garden?

— No, no conozco ese barrio más que de nombre.

— Se trata de un distrito que, durante un par de centurias, viene siendo el lugar de los pequeños manufactureros en cosas artísticas. Allí se encuentran doradores y traficantes en marcos para cuadros de pintura en abundancia, pero, sobre todo, innumerables manufactureros en joyas. Pasando por aquellas calles se ven, echando una mirada por puertas y ventanas, obreros y más obreros doblados sobre sus mesas de trabajo, ya tallando brillantes piedras o bien retorciendo hilillos de oro entre diminutas pinzas, muchas de cuyas labores, primorosamente labradas, admiramos luego en los mejores escaparates del centro de Londres. Casi todos estos establecimientos se componen de una sola pieza. Y sépase usted que Hatton Garden es el mayor depósito de joyas robadas que existe en Europa, sin exceptuar a Amsterdam. De sus modestos talleres, en la mayor parte de los casos, las alhajas salen convertidas en nuevas prendas. La Scotland Yard mantiene toda una concienzuda y activa organización de vigilancia sobre Hatton Garden, no quitándoel el ojo de encima. Pocos son los días en que nuestras informaciones policiales no registren sucesos relacionados con aquellos vecinos. Los detectives designados para la vigilancia del citado distrito recogen cuantos datos sorprenden y suelen formar parte de la clientela de los cafés y demás establecimientos públicos. El robo de las perlas de Meyer fué, evidentemente, un mal negocio para los ladrones, no me cabe duda de ello; y si el collar no se encuentra en la actualidad en Hatton Garden, al menos Hatton Garden sabe dondé está.



Kelly, el viejo ex convicto, que conocía los métodos policiales lo mismo que la Scotland Yard, y cuya perspicaz mirada pinchaba todos los disfraces.

Después que mis visitantes se hubieron ido, envié a llamar al inspector Ward, quien, víctima de su deber, fué posteriormente matado por la bomba de un zeppelín, y al cual le enteré del asunto.

— Nosotros debemos ser capaces de poner en limpio esta importante desaparición — le dije.

— Sí, probablemente.

— Vamos a darnos unas vueltas por Hatton Garden — propuse.

En efecto; a la hora del almuerzo el jefe nombrado y yo penetrábamos en uno de aquellos cafés más frecuentados, cuyos parroquianos, en su gran mayoría, eran conocidos como tratantes en objetos

comerciales, lo que en el vecindario significaba negociante en piedras preciosas. Muchos de ellos aparecían sentados en grupos de dos o tres alrededor de pequeñas mesas, conversando con las cabezas muy juntas. A intervalos, alguno solía echar mano al bolsillo del chaleco discretamente, extrayendo un pequeño estuche o bien, entre dos dedos, una piececita brillante, la que era examinada por todos los del corrillo. Claro que nosotros no podíamos saber cuáles de estos objetos eran robados, pero no abrigábamos la menor duda, juzgando en general, de que la mayor parte procedían de robos.

Habíamos entrado procurando no llamar la atención. El jefe resultaba persona conocida para todos en tanto que yo podía pasar inadvertido para los más. Apenas el camarero nos atendió, echándonos una mirada a cada uno, sus ojos parpadearon brillante con cierto disimulo, y cuando se alejó dijo algo por el camino a un compañero, el cual pasó el misterioso «recado» a un tercero. Luego, al cruzar y recruzar por las mesas, como para limpiarlas o recoger servicios, nadie se movió, ninguna cabeza hizo un gesto de extrañeza; todos permanecían en su quieta actitud; pero nosotros estábamos seguros de que nuestra presencia había sido descubierta. Al instante los diversos objetos a examinar de nuevo desaparecieron en los bolsillos de sus poseedores. Poco a poco aquellos hombres fueron desfilando del establecimiento, pasando por nuestro lado sin dignarse mirarnos.

— Esta gente — me dijo el compañero — no se extraña mucho en verme a mí, pero es indudable que les desconcierta la presencia de usted.

Al fin, ya casi el salón desocupado, un personaje pequeño y moreno se dirigió hacia la puerta, deteniéndose de repente al pasar junto a nuestra mesa con sus agudos ojos fijos en Mr. Ward.

— Buenas tardes, Mr. Ward, — saludó.

— Buenas tardes — contestó el inspector.

El hombrecito sonrió y se fué no sin envolvernos otra vez en su mirada perspicaz.

— ¿Quién es éste? — le pregunté al detective.

— Se llama Marks; es tallador de diamantes, pero no sé dónde trabaja. Quisiera saber porqué nos ha sonreído.

Interrumpióse Sir Basil unos instantes y yo le pregunté curioso:

— ¿Estaba complicado Marks en el robo?

— En cierto sentido sí — contestó Sir Basil reanudando el hilo de su relato. — Aquel mismo día visité a mi dentista.

— ¿Cuál es — inquirí — el material que más pronto se endurece?

— Una pasta especial hecha en París para sacar moldes nosotros — me respondió.

Y me dió un trozo a mi requerimiento. Poco después, en mi oficina, descubrí que en precisos cuatro minutos, yo podía hacer un molde y reproducir un sello cualquiera tan perfectamente que ninguno de mis colegas notara la diferencia.

— El detalle parece importante — noté yo.

— Importante en el sentido de que nos enseñaba que el paquete de las perlas pudo haber sido abierto y resellado en pocos minutos, apenas estableciendo diferencia de tiempo en su entrega. Sin embargo, el resello de la cajita no se verificó como yo me había imaginado. Entonces notifiqué al jefe inspector el descubrimiento, encargándole de las investigaciones. No tardó mucho en saber los nombres de cuatro traficantes de Hatton Garden que, por los rumores acumulados en aquel distrito, resultaban sospechosos en este caso. El localizarlos y vigilarlos se hizo en seguida sin gran trabajo. Las apariencias iban, pues, encaminadas hacia una solución satisfactoria. Comenzamos a inquirir si algún grabador en Londres hiciera un sello con las iniciales M. M. tan exactas como las de la firma Max Meyer, pero no obtuvimos resultado alguno. Así, días y días transcurrieron sin alcanzar progresos en nuestras pesquisas. Usted comprende perfectamente las dificultades con que tropieza la policía en esos casos.

— Comprendo — contesté. — Usted no podía arrestar a nadie hasta que no supiera que al arresto se seguiría la recuperación del collar, y, por otra parte, hacíase prudente no espantar la caza, como suele decirse.

— Eso es, — afirmó Sir Basil, continuando: — El jefe inspector vino a verme para otra consulta acerca del particular, demostrando en su aspecto bastante pesimismo.

— Bueno — me dijo; — mucho me temo que fracasemos.

— Conocemos a los hombres — le recordé yo.

— Sí; no hay error en asegurar que los conocemos. James Lockett aparece ser el director cerebral de la cuadrilla. Es más listo que Grizzard y Gold y también que Marks, el tallador de diamantes. No me imagino qué participación tuvo este último en el robo de las perlas, pero, en fin, eso no es del caso. Tampoco se puede abrigar duda alguna de que los cuatro hombres se hallan complicados en viejos robos de alhajas, habiendo uno solamente que no ha servido tiempo en prisión alguna. En resumen: me parece que son demasiado listos para nosotros. Si no lo hubieran sido tanto, Kelly no hubiera inclinado la balanza en favor de ellos.

— ¿Kelly, Sir Basil? — interrumpí yo. — Entonces se trata de cinco, no de cuatro.

— No — me respondió el ex jefe. — Kelly no está complicado en este robo. El fué, sin embargo, un interesante factor en este asunto. Se trata de un ex convicto de 76 años, que ha pasado la mayor parte de su vida en prisiones; un tipo de lo más respetable, con reverenda barba blanca, conocedor perfecto de los métodos de la policía metropolitana y de sus miembros. Los ladrones de las perlas únicamente por él podían saber que eran observados, habiéndole alquilado para que les tuviera al tanto de los movimientos de la Justicia. La primera vez que un detective de la Scotland Yard se hallaba escuchando la conversación de dos de los complicados, Kelly, que se encontraba a corta distancia, se limitó a pasar junto a ellos, los que inmediatamente se separaron. Localizados como estaban, resultaba rarísimo sorprenderlos sin que la figura de Kelly no se interpusiera de por medio. En fin, nosotros resolvimos arrestar a los cuatro en los precisos momentos en que celebraran una de sus frecuentes reuniones. Existían probabilidades de que alguno de ellos llevara consigo el collar substraído. Debo confesar que jamás asunto de esta índole requirió por nuestra parte más estrecha y perspicaz vigilancia. Los cuatro presuntos culpables tenían encima, desde por la mañana a la noche, detectives que se renovaban para no aparecer sospechosos, y sus reuniones en los cafés nos eran conocidas, aunque solían cambiar de sitio para despistarnos. A pesar de todas estas precauciones no lográbamos engañarlos, prevenidos como estaban por el ojo alerta de Kelly. El inspector jefe hallábase naturalmente afectado por el fracaso de nuestro sistema de observación, dirigido por él en persona.

— Debemos emplear, inspector jefe — le dije a mi colega, — algún disfraz que logre engañarlos. Hay que inventar algo nuevo; es gente muy lista, sobre todo Kelly, al que es difícil de engatusar porque conoce nuestros procedimientos.

Luego de discutir el asunto, yo sugerí un nuevo método, el que no pareció satisfacer mucho a mi



—¿Iba usted a salir? — inquirió el inspector jefe de la hermosa señora.

interlocutor, lo mismo que a los demás miembros de mi consejo. No obstante eso, se acordó ponerlo en práctica. Uno de nuestros detectives fué «disfrazado» según convinimos y se estacionó en la vecindad frecuentada por Marks.

Una tarde nuestro hombre vió a éste y a Grizzard juntos y se acercó a ellos con disimulo, pero la pareja, al verlo, no se dió cuenta de su disfraz y siguieron hablando.

— ¿Dónde? — preguntaba Marks.

— Oxford Street, estación del «subte».

— ¿Hora?

— A las diez en punto.

Ahora bien; la estación del «subte» en Oxford Street hállase a setenta pies debajo de la superficie. Hay ascensores y las conocidas escaleras de acero. A la mañana siguiente aquellos alrededores estaban convenientemente vigilados por nuestros agentes. Primero apareció Lockett seguido de Grizzard y luego Marks y Gold por opuestas direcciones, dirigiéndose los cuatro hacia la ventanilla de los boletos. De pronto escuchóse un silbido agudo, repitiéndose a intervalos, y los cuatro personajes se esfumaron derechos a uno de los ascensores, pero en vez de ocupar la férrea jaula se metieron por la escalera.

Estando todas las salidas tomadas, arriba ya les esperaban las esposas. Kelly también cayó en la red. Previo un registro rápido, fueron conducidos a la estación de policía donde con mayor detención se les volvió a registrar.

— ¿Y se les encontraron las perlas, Sir Basil? — no pude menos de preguntar con gran curiosidad.

— No. Los detenidos sonreían tranquilamente mirando a los detectives, los cuales rebuscaran por toda la estación ante la probabilidad de que, al sentirse sorprendidos, hubieran arrojado el collar, pero nada se encontró. En vista de esto, nosotros debíamos apresurarnos a realizar el programa planteado. Yo mismo dirigí los detalles del registro de Marks.

Aquel distrito de Hatton Garden había sido, en tiempos de Carlos II, la residencia de los más ricos comerciantes de Londres. Todavía se conservan, aunque deteriorados por los años, los grandes edificios tan característicos. Por fin dimos con la pequeña pieza-taller del tallador de diamantes, en

la cual se veían los objetos propios del oficio. Todo lo examinamos cuidadosamente sin dar con los rastros de las perlas.

Mientras tanto que ocurría esto, el inspector jefe Ward y su gente llegaba al domicilio de Lockett, el cual era el encargado de una hermosa casa en la parte Norte.

Mr. Ward oprimió el timbre de la puerta de entrada y ésta se abrió en seguida, apareciendo una hermosa mujer con el sombrero puesto.

— ¿Iba usted a salir? — inquirió el inspector, saludando.

— No — contestó la mujer: — acabo de llegar; vengo del mercado.

— ¿Usted es la señora Lockett?

— Sí.

— Soy un inspector de policía, señora Lockett, y nos vemos obligados a registrar su casa.

— ¿Registrar la casa? — preguntó con aparente asombro. — ¿Puedo preguntar porqué?

El inspector la contempló con detención. Frecuentemente las esposas de muchos criminales no saben una palabra respecto a los delitos en que se hallan envueltos ellos. Tal caso, el inspector sospechó, podía darse con la bonita señora.

— ¿Entonces usted ignora — preguntó el policía — que su marido ha sido arrestado?

— El señor Lockett arrestado. ¿Y por qué?

— Por sospechas de hallarse complicado en el robo del collar de perlas de los joyeros Max Meyer.

— ¡Santos cielos! — exclamó ella. — Mi marido no es un ladrón. Debe de haber algún error grande. Puede usted registrar la casa de arriba abajo; nada encontrará sospechoso.

El inspector y su gente entraron en la casa y pieza por pieza la visitaron seguidos de la mujer, la que parecía en extremo ansiosa por demostrar la inocencia de su marido. En vano registraron minuciosamente desde el techo a los sótanos: nada hallaron que pudiera relacionarse con las perlas.

Sir Basil se calló, como para dar más efecto a su relato.

— Bien, ¿y? — pregunté yo, cada vez más curioso.

— ¿Qué ponía usted de este caso a estas alturas? — sonrió interrogativamente el narrador.

— ¿Acaso las perlas fuerón destruídas o sacadas del país?

— No.

— ¿No hubo otros miembros de la pandilla, desconocidos para usted y por consiguiente no arrestados?

— No.

— Pues entonces las perlas debieron hallarse en la mal registrada casa o en las otras dependencias habitadas por los otros cómplices.

— No — volvió a repetir Sir Basil. — Los hombres que practicaron los registros proceden todos de la Scotland Yard, donde son rigurosos los entrenamientos de esta clase. Las perlas no hubieran escapado a su búsqueda, aunque hubieran sido escondidas en el piso, en cualquier hueco, tras de cualquier armatoste o cuadro, debajo del cualquier al parecer insignificante trasto de cocina.

— Entonces es indudable que fueron guardadas en algún lugar que ustedes no registraron, quizá en alguna caja fuerte de algún Banco.

— No. Lockett, el único que poseía caja fuerte, no las tenía. Las perlas no fueron guardadas en ninguno de esos sitios que usted presume.

— Bueno. ¿Cuáles fueron las diligencias posteriores?

Sonrió de buena gana Sir Basil.

— Ya que me pregunta derecho, yo puedo contestarle lo mismo. A la mañana siguiente envié un recado a Max Meyer para que viniera a verme en mi oficina. Mr. Meyer — le dije en cuanto lo tuve a mi lado: — necesito de los servicios de un experto en joyería, y como el asunto podía interesarle, me he tomado la libertad de avisarle. Tengo aquí algunas alhajas que no sé si son legítimas o falsificadas.

Al decir esto, eché mano a uno de los cajones de mi mesa y la saqué cerrada; y cuando, a poca distancia de su rostro, la abrí para mostrarle lo prometido, el hombre lanzó una fuerte exclamación de sorpresa.

— ¡Mis perlas! — gritó atónito.

— ¿De veras son estas sus perlas? — le pregunté yo. — Porque he consultado con otras personas y no estuvieron seguras de que fueran una imitación. Parece que son demasiado amarillas.

— ¡Amarillas! — exclamó el hombre. — Como que no se encuentran otras iguales en la actualidad. Mi querido señor; son de color rosa con admirables tonalidades.

— Estoy impaciente, Sir Basil, por saber cómo las encontró — interrumpíle yo sin poder contenerme.

— Bien; vamos a reconstruír los detalles del robo, según puse en claro al final de las investigaciones. Al otro día de haberle mostrado las perlas a Max Meyer, un oficial penetró en mi oficina acompañado de un hombrecito de cargadas espaldas. Antes de que se me advirtiera, supuse que se trataba de un grabador.

— Este es el hombre — explicó el detective — que grabó el sello. Posee un pequeño establecimiento en Hammersmith y él aceptó el encargo como cualquier otra orden de sus clientes.

— ¿Ha sido careado con los presos? — pregunté.

— Sí, y reconoció en Grizzard a la persona que le hiciera el encargo.

Cuando cierto número de individuos es arrestado por participación en algún delito, es muy raro que, entre sí, se mantengan firmes y leales sin que alguno «cante» al fin. Uno u otro acaban por declarar la verdad en espera de un alivio en la sentencia que se les adjudique.

Ya sabiendo quién había sido el grabador que hiciera el sello, la tarea restante no resultaba tan larga y difícil. He aquí, pues, la historia del sensacional proceso, muy sencilla por lo demás.

Grizzard resultó ser el que planeara el negocio. Sabía que, varias veces a la semana, el establecimiento londinense de Max Meyer recibía valiosos paquetes procedentes de su sucursal de París, los cuales contenían frecuentemente diamantes y otras piedras «trabajables». En seguida comenzó por cultivar la amistad del empleado de correos afecto a este particular servicio de entrega certificada. El cartero era un hombre de escasa inteligencia; se limitaba a cumplir con su deber sin gran interés, y cuando terminaba sus recorridos se iba a cierto Bar donde pasaba la mayor parte de la noche bebiendo con algún camarada. Grizzard se hizo amigo de él con paciencia, alternando en la mesa y encontrándolo en las calles intencionadamente, cambiando algunas palabras para luego verse a la noche en la taberna. Cultivada así la amistad, una de las veces que se tropezó con él en la calle, tomó de su saco, como por simple curiosidad, un paquete que miró con indiferencia y que de nuevo colocó en la valija del empleado. El paquete estaba dirigido a Max Meyer y al tomarlo en su mano sacó perfectamente un molde de los sellos con esa pasta especial que en pocos minutos se endurece. Nada más aquel día.

El desconocido y modesto grabador hizo el sello. En la siguiente entrevista con el cartero, Grizzard le habló así:

— ¿No quisieras ganarte quinientas libras ester-



— ¡Perlas — gritó Lockett. — ¿Os habéis vuelto locos o estúpidos? ¡Perlas rosadas! Con toda seguridad que todos los joyeros principales de Europa las conocen. ¡Tíralas al río!

linas? — le propuso yendo derecho al asunto.

— ¡Quinientas libras! — exclamó el empleado de correos con una expresión que denotaba lo mucho que importaba para él tal cantidad.

— Puedes ganártelas con suma facilidad. Todo lo que tienes que hacer es prestarme por unos minutos un paquete dirigido a Max Meyer, el primero que venga y que hayas de entregar. Yo te esperaré en la calle y tú, mientras tanto, no perderás tiempo entregando otros, y cuando regreses ya estaré yo esperándote con el paquete prestado para que lo entregues intacto a su destino. Es una apuesta original que he hecho con unos amigos y que me dará una buena ganancia.

El empleado reflexionó. No le parecía peligroso dejar en manos de un buen amigo, durante algunos minutos, un paquete cualquiera de su valija, y la recompensa era buena.

— No me harás alguna trastada, por supuesto — preguntó mirando a su amigo con fijeza. — Quiero decirte: ¿me lo devolverás como prometes? — inquirió.

— Te doy mi palabra — le dijo con seriedad Grizzard.

La cosa quedó convenida.

Grizzard todos los días se apostaba para aguardar al hombre hasta que este le dijo que llevaba un paquete para Max Meyer, que le entregó, y apenas lo tuvo en sus manos desapareció con toda prisa a la vuelta de la esquina. Allí le esperaban Marks y Gold y los tres se dirigieron al taller del primero donde, con habilidad de profesionales, rompieron los sellos de lacre, abrieron el paquete y sacaron el collar de perlas, substituyéndolo con piedrecitas de carbón del mismo peso. Luego lo envolvieron como antes estaba y con un trozo de lacre de la misma clase y color lo sellaron, imprimiendo sobre la pasta caliente el grabadito de acero encargado, quedando el paquete lo mismo que al ser recibido del cartero.

Poco después lo entregaba con toda tranquilidad a su complaciente amigo con las quinientas libras ofrecidas, y sin perder tiempo regresó al taller de su cómplice. Al penetrar en el local, advirtió que Lockett subía las escaleras. Lockett estaba metido en el negocio, pero no había presenciado la apertura del paquete.

En cuanto estuvieron reunidos, Marks, sin decir una palabra, le enseñó lo robado.

— ¿Perlas? — exclamó. — ¿Os habéis vuelto locos o estúpidos? ¿No me dijísteis que se trataba de diamantes?

Los demás ladrones se encogieron de hombros.

— Resultaron perlas. ¡Qué le vamos a hacer! Ahora se trata de acordar lo que proceda.

— Lo mejor sería volver a ponerlas en su caja y devolverlas al empleado de correos, en espera de otra ocasión, pero ello ya es imposible. ¡Dios de Dios! ¡Perlas! ¡Perlas rosadas! Es seguro que son conocidas de todos los principales joyeros de Europa. ¡Al río con ellas! Retenerlas significa la «sombra» para todos nosotros y para toda la vida.

— ¿Y no tratar de negociarlas? — habló Grizzard. — ¿Y las quinientas libras que yo he aflojado al hombre? Sin embargo, aquí hay bastante para que todos nos enriquezcamos si las pudiéramos realizar.

Se miraron pensativos durante algunos segundos. El mejor establecido de todos era Lockett, que tenía hogar y esposa en una buena finca.

— Que las guarde Lockett — propuso Grizzard — y que las ponga en lugar seguro hasta que demos con el modo de venderlas.

— Y claro: Lockett se las llevó a su casa — quise adivinar yo, interrumpiendo otra vez a Sir Basil. — Por supuesto, sin que su esposa supiera una palabra.

— No; la señora Lockett lo sabía. Ella nos probó ser, en las circunstancias en que la sorprendimos, una consumada actriz. Conocía el arresto de su marido a los pocos minutos de efectuarse. El primer acto de la policía, pensaba ella con gran acierto, sería el registro de su domicilio, y si el collar era encontrado por los agentes en su casa, Mr. Lockett con seguridad que paraba en la cárcel. Las perlas habían sido separadas de la cadenita y puestas en una caja de fósforos de las grandes, y con ella en la bolsa de calle corrió de su casa y a regular distancia las arrojó en una zanja de desagüe.

— ¡En una zanja! — exclamé yo.

— Acaso su femenino amor por las joyas la hizo arrojarlas así, como temerosa de que tal riqueza se perdiera. Una acción de mujer que, bien analizada, aparece muy natural. También, quizá, para desprenderse de ellas sin pérdida de tiempo, de manera que no la sorprendieran los policías que sin duda ya estarían registrando su hogar. En efecto; a pocos minutos de regresar ya estaban los agentes llamando a su puerta.

— Es muy interesante el caso, Sir Basil — dije. — ¡Pensar que una fortuna de quinientos ochenta mil dólares fué arrojada a una zanja a merced del primer transeunte que pasara por allí! ¿Quién fué el afortunado?

— Un ayudante de plomero. Iba camino de su casa para recoger algunas herramientas. Al pasar precisamente por el sitio en que fuera tirada la caja, se detuvo para encender su pipa, pero se encontró sin fósforos. Entonces, al mirar hacia el suelo, distinguió la caja y se dobló a tomarla, por si quedaba en ella alguno. Al tenerla en las manos observó que pesaba más de lo regular. Abrióla y vió las perlas, que echó en su mano. Pensó que se trataba de una imitación sin valor alguno, y luego, como recordara que los diarios se referían a frecuentes robos de perlas y la estación de policía no se hallaba lejos, las entregó a un oficial, relatándole las circunstancias de su hallazgo y de nuevo emprendió su camino. El superintendente de aquel distrito policial también creyó que se trataba de joyas falsas y se limitó a enviarlas, con una explicación del suceso, a las oficinas de la Scotland Yard. Yo, cuando las recibí, no pensé por el momento en que fueran las buscadas, y no sin antes consultar con algunas personas de algunos conocimientos en la materia, que no lograron darme una seguridad acerca del mérito de las mismas, hice llamar a Max Meyer.

— ¡Ah! La suerte a que usted se refirió al principio de este curioso caso estuvo de parte de la policía, Sir Basil.

— Sí; fué una buena suerte que, como usted habrá comprendido, depende de una completa organización policial. La pronta acción de los detectives indujeron a la señora Lockett a tirar las perlas en la zanja. Si la buena suerte se hubiera puesto de parte de los ladrones, es seguro que habrían escapado a la acción de la Justicia. Diez años de prisión les cayó, excepto al viejo vigilante de las barba, el ex convicto, que fué puesto en libertad a los pocos meses.

— Un bonito y complicado caso — dije, ya satisfecho. — Usted se refirió a cierta maniobra que logró engañar la perspicacia de los ladrones mientras estaban en observación constante. ¿Qué quiso usted decir?

Sir Basil vaciló unos segundos como si pensara en la conveniencia de no dar ciertas explicaciones. Por fin sonrió y habló así:

— Usted habrá leído los cuentos de Poe. «La carta substraída», por ejemplo.

— Sí. La carta había sido colocada en el más vulgar, insignificante y visible sitio del despacho del ex ministro. Los policías que registraron aquel domicilio de arriba abajo ni por un instante imaginaron que tal documento, tan valioso para su poseedor, se hallara «abandonado» a la vista de todos. Pues bien; nosotros usamos el mismo método.

— ¿El mismo método?

— Sí; nosotros disfrazamos de policía a uno de nuestros detectives.

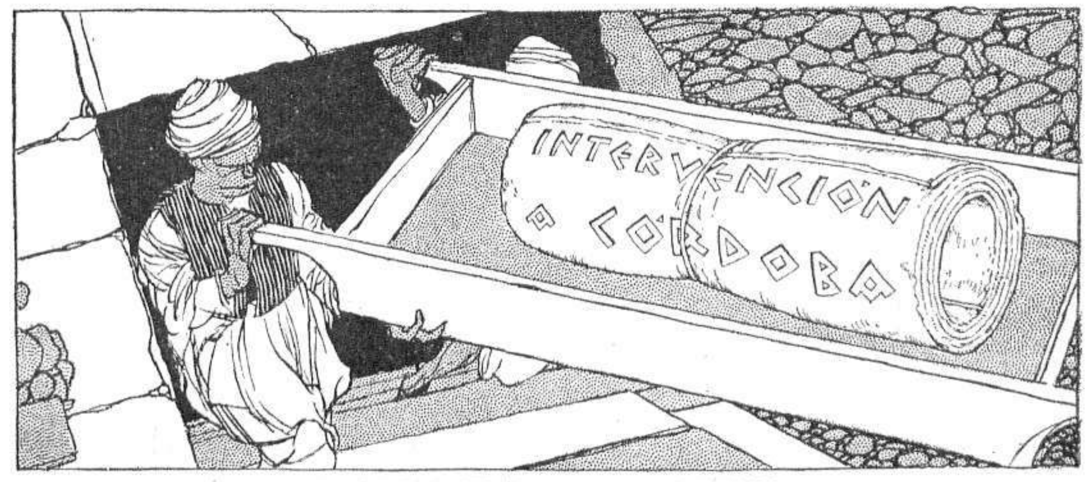
— ¡De policía! — hube de exclamar, aguardando más explicaciones.

— Claro. Un detective — explanó Sir Basil — es un policía disfrazado de particular. Recuerde usted que los ladrones conocían nuestros métodos casi tan bien como nosotros. Sabían que a ningún policía iba a ordenársele que los vigilara visiblemente, uniformado, y menos en el caso especial de las perlas. Cuando Grizzard se comunicaba con Marks, dándole cuenta de la hora de la cita, ambos vieron al uniformado pasear cerca de ellos distraídamente. Y no les cupo en la cabeza que nosotros hubiéramos vestido tan vistosamente a uno de nuestros policías para espiarlos a ellos.

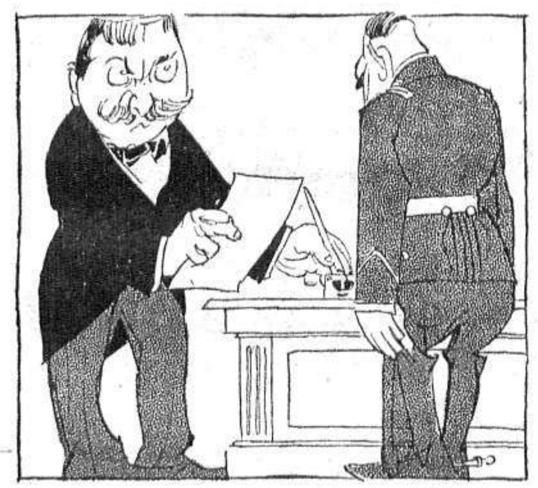
— ¡Buen Dios! ¡Sencillísimo! — comenté riendo de buena gana.

F I N

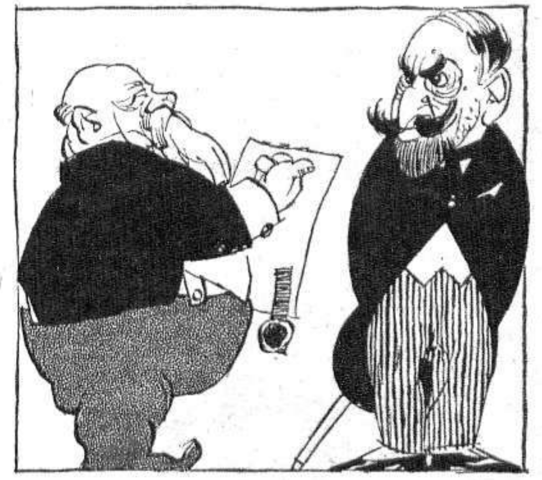
DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ



DE MUCHO ANTES DE LA ERA CRISTIANA
El objeto más antiguo encontrado en la tumba de Tutankhamón.



LA MAGNANIMIDAD DE CANTONI
Cantoni. — ¿Qué han hecho esos periodistas? ¿Decir que no soy el mejor de los gobernadores? Debían ser fusilados. Pero soy magnánimo: les indulto.



EL REGALO DE LOS REYES
El gobernador de Jujuy. — Esto de la intervención debe ser regalo de Baltasar.
El interventor. — ¿De Baltasar? ¿Y porqué?
El gobernador de Jujuy. — Porque es cosa de negro.

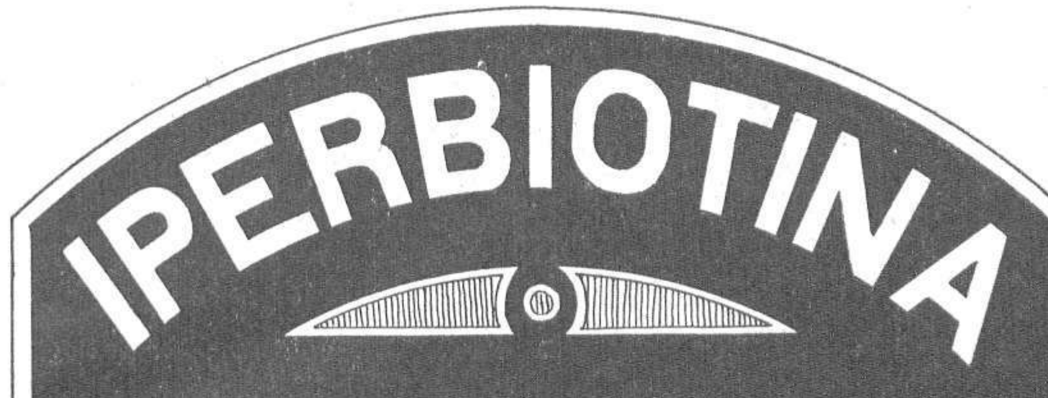


EL DEBUT DE UN GALLO



Parte de los asistentes a la gran velada artística y danzante que en el amplio salón "Mariano Moreno" celebró la Sociedad Pro Escuelas, en el Ayuntamiento de Rivadumia (Pontevedra), conmemorando el primer aniversario de su fundación.

El salón-teatro "Ramón L. Falcón" durante el gran concierto que seguido de un baile familiar dieron los alumnos del Conservatorio Dingreville.



MALESCI

Reparador auxiliar

PARA LAS

FUERZAS AGOTADAS
SANGRE IMPURA

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico
Dr. MALESCI - Firenze (Italia)

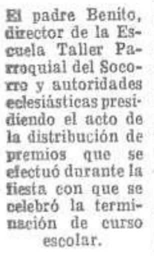
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 — BUENOS AIRES

Fiesta escolar



El padre Benito, director de la Escuela Taller Parroquial del Socorro y autoridades eclesiásticas presidiendo el acto de la distribución de premios que se efectuó durante la fiesta con que se celebró la terminación de curso escolar.



"Los Cocineros". Quinto número del selecto programa ejecutado por los alumnos de la institución, y que fué muy aplaudido.



Con suavidad

Con mucha suavidad, melosamente,
se expresa así Sabino:
— Mansamente
las ingeniosas diosas
consiguen de los dioses muchas cosas,
igual que a los esposos, suavemente,
dominan las esposas.
Todo está en la blandura,
en lo enterciopelado, en la finura.
Elías del Aliso, hombre de seso,
si ve a su prima Aurelia,
la saluda con una contumelia
que más parece un beso.
Ella no pide auxilio
y goza de la dicha de un idilio,
apacible, adorable,
sereno y envidiable.
Suelen los seductores peligrosos
ser exquisitamente cariñosos,
sensibles, soñadores,
tiernos, arrulladores,
dulces y cautelosos.
Reptiles ponzoñosos
que a rubias y morenas
engañan siempre, ¡porque son tan buenas!
Con un clavel obsequio o una dalia
a la gentil Eulalia,
la elogio por lo linda o por lo blonda
¡y la niña se pone tan oronda!
La comparo, en voz baja, con el ave
cuyo gorjeo suave
semeja el canto del cristal sonoro,
me arrodillo a sus pies como un esclavo,
y ella dice: — ¡Qué pavo!
Pero piensa: — ¡Te adoro!
Melifluo, susurrante,
edulcorado, tímido, galante,
afectuoso, indeciso,
balbuciente, sumiso,
trémulo e insinuante,
he logrado decir, sin consecuencias,
un montón de insolencias.
Murmuraban, procaces y violentos,
dos caudillos muy pillos,
contra ciertos nefandos elementos.
«El dulce lamentar de dos caudillos»,
comenté y me miraron muy contentos.
Cuando a una dama obesa
le aseguro que vale lo que pesa,
no ve en ello ni insulto ni ironía
y se pone más gruesa todavía.
Una sutil inglesa,
sutil por lo delgada,
de mí quedó prendada
oyéndome afirmar el otro día:
— Es la mujer-tasajo
lo mejor de este mundo vil y bajo.
El amable eufemismo,
la vaguedad simpática,
la calumnia aromática
y el velado cinismo
debeis usar ahora
con una suavidad encantadora.
Sabed que lo viscoso con sordina
es una insuperable medicina.
No me la niegues, ¡por favor, Dios mío!
Vaselina verbal, en ti confío.



EL PERICON DE "MARTIN FIERRO"

CANAVESIO: G. CASTILLO

ARREGLO DE

A. DE BASSI

POR LA ORQUESTA

R. FIRPO

CANTADO POR I. CORSINI

DISCO Nº 18410

Un cariño pá consuelo, y un pañuelo color cielo para hacer el pabellón...	Que lo mesmo que en la vida, sin bandera y quien nos quiera no se baila el pericón...

DISCOS DOBLES "NACIONAL" = ULTIMAS NOVEDADES

DUO GARDEL-RAZZANO.

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.25

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. (Solo Gardel). González Castillo-Piana.
Desengaño. Tango. (Solo Gardel). Caruso-Canaro.

18085 { **La Tacuarita.** Zamba. (Dúo). Peñaloza-Filiberto.
Mentias. Tango. (Solo Gardel). Mugica-Filiberto.

IGNACIO CORSINI.

(Con acompañamiento de orquesta ROBERTO FIRPO)

18410 { **EL PERICON DE MARTIN FIERRO.** Cantado con acompañamiento de orquesta. González Castillo-Canavesio.
Metejón. Tango. Acomp. de guitarra. Goyeneche-Chiarello.

RAQUEL MELLER. (Con acompañamiento de orquesta)

10481 { **Lo que Ellas Dicen.** Cuplet. Bertrán-Reyna-Ramanche.
Margaritina. Canción. M. Abadez.

LA ARGENTINITA. (Con acompañamiento de orquesta)
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.50

18503 { **La Negra Lucumy.** Rumbo. Aguirre-Alvarez.
El Gualicho. Numa Córdoba-Padilla.

ROBERTO FIRPO.

Orquesta Típica y Jazz-Band
Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6224 { **Desdichas.** Tango. Típica. A. Gentile.
Flor del Mal. Shimmy. Jazz-Band. F. Wolter.

6226 { **¡Calavera!...** Tango. Típica. Farini-Romero.
Barranca Abajo. Tango. Típica. A. Bardi.

6230 { **Muchachita.** Tango. Típica. E. Delfino.
Midnight Rose. Fox Trot. Jazz-Band. L. Pallack.

FRANCISCO CANARO.

Orquesta Típica y Jazz-Band

6945 { **Rechiflao.** Tango. Típica. A. Danesi.
Olinda. Shimmy. Jazz-Band. L. Chameck.

6947 { **Sacate la Caretita.** Tango. Típica. Cosenza-Schumaker.
China. Tango. Típica. J. Canaro.

ELEUTERIO YRIBARREN.

American Jazz-Band

8010 { **Sangre Mora.** Pasodoble flamenco. Ramón Coll.
Lolita. Shimmy. Ramón Coll.

8011 { **Shouting.** (Gritando). Shimmy. Elio Rietti.
Au Pays du Lotus D'Or. Shimmy. R. Bound.



Alumnas de la Escuela Normal N.º 8, división A, egresadas con el título de maestras en el curso 1923.

De Avellaneda

El Gobernador de la provincia, doctor Cantilo, *con* el Ministro de Hacienda, doctor Viale, autoridades locales y distinguidas personalidades en el acto de la inauguración de la Biblioteca Municipal.

Festival artístico celebrado a beneficio del Hospital Fiorito bajo el patrocinio de la comisión de damas pro bomberos voluntarios.



TRES INSTANTES DE SARMIENTO



EN mi época de estudiante, Sarmiento no era para el público de Buenos Aires un grande hombre, sino simplemente «el loco Sarmiento», el Sarmiento de las caricaturas y de las anécdotas que lo pintaban como un maniático de las vanidades.

La gran epopeya civil formada por sus libros y por su acción de luchador, publicista y estadista, no era bastante conocida, o era poco apreciada por la colectividad. A ésta interesábale en él entonces solamente los toques grotescos con que su personalidad aparecía desfigurada.

En ese tiempo Mitre gozaba su perpetua popularidad de admiración y afecto, y Sarmiento adolecía de la popularidad del ridículo.

Pero ya desde entonces había un núcleo que tenía por él la merecida veneración, según pude comprobarlo por una casualidad que me ofreció a la vez la ocasión de verlo y escucharlo.

Una noche, caminando por una calle central de la ciudad, encontré un grupo como de 50 ó 60 personas, la mayoría de aspecto distinguido, algunas de figuración política a quienes conocía de vista. Entre ellos estaba el doctor Aristóbulo del Valle. Por curiosidad me incorporé al grupo y lo seguí sin preguntar adónde iba.

La pequeña manifestación se detuvo frente a una casa de la antigua calle Cuyo; era la casa de Sarmiento; aquel día era el de su cumpleaños. Por uno de los concurrentes a quien interrogué supe que todos los años, en su onomástico, un número de devotos se congregaban para ir a saludarlo.

Avisado de la demostración él esperaba en la puerta. Cuando penetramos en el espacioso patio, vi una mesa arrimada a una pared bajo un pico de gas. Sin preámbulos, Sarmiento, que tenía en la mano un rollo de papel, subió desde una silla a la mesa y leyó el largo discurso que tenía preparado para ese acto.

En esa pieza de oratoria, como en la mayoría de las suyas, Sarmiento hablaba mucho de sí mismo.

Esta particularidad, materia de constantes censuras, lo es solamente por juicios superficiales. Un examen imparcial demostraría que más que vanidad hay exceso de franqueza en las apreciaciones favorables que Sarmiento formula sobre sus producciones y sus actos. Otros hubo entre sus rivales que tenían de sí propios una opinión exageradamente optimista, pero que no la manifestaban en forma espontánea, sino picados por una crítica o una contradicción.

Sarmiento se elogiaba siempre, pero nunca con exageración. Sus famosos autobombos eran generalmente proporcionados a sus merecimientos. Su diferencia con los demás vanidosos es que el se hacía justicia, y para ello no usaba circunloquios ni formas hipócritas.

Si eso constituye un defecto, estaba atenuado por la virtud de que sabía hacer justicia a los demás, aun a sus antagonistas.

Otra circunstancia que no ha sido observada y que es de equidad tomar en cuenta cuando se trata del egotismo sarmientesco, es que por lo común las referencias que hace en sus escritos a su labor de acción y de pensamiento, se vinculan a la vida del país en alguna de las manifestaciones de su naturaleza, de sus costumbres o de su historia. Muchas páginas que parecen personales son de psicología nacional; y cuando menos, traducen hondas realidades humanas. Así los cuadros emocionantes de «Recuerdos de Provincia».

En el discurso de aquella noche, que leyó admirablemente, sin declamación, pero con ademanes y tonos de voz impresionantes, Sarmiento estuvo formidablemente sarmientesco. Allí, más que en ninguna de las otras piezas que yo recuerdo, su poderoso individualismo tenía proyecciones abarcadoras de conceptos generales.

La audición de ese discurso me sirvió para alumbrarme un fenómeno mental que ha sido enseñador para mí durante toda mi vida. Desde esa ocasión aprendí a juzgar a los hombres y los libros con un criterio que aplico involuntariamente en todas mis lecturas y mis intercambios de ideas con las personas de todas las condiciones sociales y en todas las esferas de actividad.

Ese criterio es de clasificación de valores por lo que dejan en mi espíritu las conversaciones y las lecturas. Hay gentes cuya charla me entretiene y algunas que me cautivan con el encanto de su palabra, pero que después de oírlas no recuerdo lo que han dicho. Otras en cambio que carecen de atractivos verbales, me dan un punto de vista, me causan una emoción o me abren un vasto horizonte intelectual con una frase, con una observación, a veces con un gesto.

He oído cientos de discursos que me han gustado, algunos que me han entusiasmado y a los que he aplaudido con sinceridad, por la impresión del momento, pero de los que no ha quedado en mi memoria una idea, una imagen. Han sido como trozos de música que conmueven, pero que no se graban con la reminiscencia de un tono o de una nota.

Lo mismo me pasa con mis lecturas. Muchos libros, tal vez la mayoría de los libros amenos que conozco, me han divertido, me han agradado o me han interesado, pero sin sugerirme un pensamiento, sin despertar en mí ninguna fuerza espiritual latente, sin acrecentar mi yo con una visión nueva de la vida.

En cambio, ciertas lecturas, ya sean o no fáciles y agradables, o ya pesadas, y hechas por necesidad o disciplina, provocan inesperados despertares de mi inteligencia o de mis energías subsconscientes; me alumbran cono relámpagos en zonas obscuras de mi yo, o depositan en mí gérmenes de vida espiritual que después florecen o fructifican.

Estas experiencias de introspección tuvieron por punto de partida aquel discurso. Las impresiones que me produjo y los conceptos que de él recuerdo, me enseñaron a estimar en lo sucesivo las obras de pensamiento por su poder de fecundación. No me interesa lo que no me semilla mental o afectivamente.

En la pieza oratoria a que aludo, me llamó la atención, y se fijó en mi memoria, una frase profunda consignada allí de paso: «Somos parte integrante del imperio romano». Este concepto audaz y novedoso que yo mencioné accidentalmente en una publicación, fué recogido allí por Lugones y comentado, asignándole todo su valor histórico y sociológico.

Pero lo que causó una visible emoción en los oyentes de la disertación incoherente, o por lo menos inmetódica, pero substanciosa, que leyó el gran anciano, fueron algunos párrafos de terrible ironía mezclada con palpitaciones de honda sensibilidad patriótica.

Refiriéndose al molesto espionaje a que estaba sujeto, expresó, con tono de agria sátira, que después de cincuenta años de servir al país estaba obligado a solicitar permiso de la policía para vivir...

Y luego, comentando las burlas sobre su ancianidad, de algunos periódicos, que lo declaraban caduco, hizo una magnífica evocación de los longevos contemporáneos, gloriosos en las ciencias, en las artes, la literatura y el gobierno. Con tal motivo avanzó una afirmación que, como muchas de sus intuiciones, empieza a ser científicamente demostrada: dijo en contra del prejuicio vulgar de los que creen que las tareas del pensamiento aniquilan: «la experiencia demuestra que por lo general viven más los que viven pensando»... Y este concepto fué subrayado con un ademán de la mano sobre la frente, que parecía iluminada con las vislumbres del Sinaí. Luego añadió: «yo agradezco a la Providencia que me haya concedido, como a los viejos patriarcas, la gloria de vivir luengos años sobre la tierra prometida». Y había tanta unción en su voz al decir estas palabras; que se comunicó un estremecimiento emocional entre la concurrencia. Vi a un viejo que a mi lado se enjugaba los ojos: se sintió seguramente interpretado en el orgullo inconsciente que da el largo vivir, semejante al del viajero que ha recorrido muchas tierras o al navegante que ha cruzado y recruzado los mares.

Lo que yo sentí fué más que la simple impresión que puede causar una frase tocante; fué el efecto subyugador de una visión interna; la escena, el gesto, la profundidad del verbo manifestado en el tono enternecido con que calificó a nuestra tierra argentina de «tierra prometida» fueron para mí, y creo que para todos los que recogimos el sentido íntimo de aquella profecía, una palpitante evocación de la patria. Se me representó completa con su trágico pasado de luchas y tragedias, como travesías por el desierto, y su porvenir de «tierra prometida» predestinada a manar leche y miel de la naturaleza y el espíritu.

Yo también, muchacho de 21 años, lagrimeé como mi viejo vecino; pero no sólo entonces; no sé porqué, y no podría explicarlo, cada vez que he relatado esa escena, se me quiebra la voz y se humedecen mis ojos al citar las palabras: ...«vivir largos años sobre la tierra prometida».



II

Un año después lo vi y oí en otro escenario, y se manifestó bajo otro aspecto distinto, pero igualmente típico de su personalidad que desconcertaba con sus múltiples facetas.

El literato italiano argentinizado señor Scotto dió una recepción en su casa en honor de su compatriota el poeta dramático Marenco. Entre los invitados había hombres de letras; viejos y jóvenes. Estaba Sarmiento, que, naturalmente, tenía el sitio de preferencia junto al obsequiado. Se recitaron poesías, entre ellas la composición muy en boga entonces: «La mujer», de Olegario Andrade. El ilustre huésped no hablaba español, pero demostró entenderlo, porque repitió en italiano algunos endecasílabos de la mencionada composición que resultaban también endecasílabos traducidos literal-

mente; así el verso final quedaba perfecto vertido en esta forma: «La figlia d'una lacrima de Dio».

Sarmiento habló con gravedad tratando el tema de la poesía americana, de la que hizo una breve síntesis. Remató con un elogio muy parsimonioso, y con muchas reservas, del lirismo objetivo de Andrade, que él calificó de poesía sociológica, interpretativa del nuevo espíritu que se diseña en el Nuevo Mundo.

Después pasamos al comedor, donde la concurrencia se fraccionó en diversos grupos. El de la gente más seria se formó alrededor del poeta italiano; otro estaba pendiente de la palabra vivaz, en disertación erudita sobre literatura, del doctor Luis F. Varela. La mayoría rodeó la mesa, y Sarmiento se quedó allí con los muchachos; y allí pudimos observarlo y sentirlo en sus desbordes de humanidad exuberante y casi brutal. Tomaba a dos manos de la fuente las masas y alfajores, y a dos manos las metía en la boca, con actitudes de Pantagruel, deliberadamente ostentadas, según me pareció, con el objeto de dar la impresión de fuerza y de vitalidad poderosa. Esta presunción se confirma por la concordancia que él hacía resaltar entre su glotonería de ogro con la disertación, relampagueante de apóstrofes, que hizo allí contra la juventud, a propósito precisamente de la diversa manera de atacar el ambigú. Los jóvenes lo hicimos guardando medida, y él en forma deliberadamente excesiva.

Mientras masticaba y bebía de un modo casi escenográfico, nos ametralló con sátiras de grueso calibre a los jóvenes, haciendo la comparación entre él y nosotros, en términos de una formidable y áspera elocuencia. Nos dijo muchas verdades a las que entonces yo no di ninguna importancia. Mis compañeros y yo las imputamos al inciso inacabable de lo que en esa época se llamaba «las cosas de Sarmiento».

Más tarde, recordándolas a propósito de hechos y circunstancias a que resultaban rigurosamente aplicables, me convencí que aquellas cosas del loco Sarmiento son las más cuerdas y sabias de todas las que he oído en mi vida.

Aquello fué durante media hora un torbellino de burlas y de interrogaciones a las que no esperaba respuesta, y que él mismo se las respondía entre risotadas, interpretando a su modo lo que suponía que los jóvenes podían contestarle en excusa a la debilidad y fallas que nos señalaba, y todo entremezclado con reflexiones de profunda filosofía práctica, que entre salidas criollas hacían pensar que nos hablaba el espíritu de Juvenal y de Marco Aurelio, por boca del Viejo Vizcacha.

Diríase que en esa media hora la generación a que pertenecíamos los jóvenes allí presentes, y las sucesivas, incluyendo las actuales, habían sido llamadas a una imprevista absolución de posiciones ante un juez burlón, pero justiciero, que nos procesaba y condenaba a la pena de reconocer que colectivamente merecíamos la crueldad de sus invectivas.

— Ustedes — nos decía — son refinados; toman las masas con las puntas de los dedos o con tenacitas y beben el champagne por gorgoritos; además son delicados de estómago; no pueden comer ahora que son las doce de la noche, porque todavía no han digerido la cena de las ocho; no pueden beber más que una copita de vino sin marearse; todos ustedes tienen cara y cuerpo de nerviosos; son blancos y rosaditos como niñas; saben vestirse bien y los más aptos componen lindos versos. Pero, ¿cuántos de ustedes saben andar a caballo? ¿Cuántos han cruzado cincuenta leguas del desierto? ¿Cuántos conocen siquiera la mitad del país? ¿Cuántos han aprendido la geografía argentina igual que la europea? ¿Cuántos saben historia nacional? ¿Qué han leído ustedes de Sarmiento?

Y aquí un magnífico examen de sus principales libros, clasificados a vuelo de águila. Y luego, en contraposición a nuestra vida artificial, a nuestros sibaritismos intelectuales, nos presentó el ejemplo de su existencia batida sobre todos los yunques del trabajo, golpeada por todas las corrientes de la vida, asada como un buen matambre en fogones de campaña, dorada por el sol desde el alba hasta el cenit; y agregó:

— Yo estoy siempre en el cenit; mi madurez es más joven que vuestra mocedad. Y nos demostró la realidad de tal afirmación confrontando nuestra mínima labor de estudiantes con sus faenas de coloso.

Extendiéndose sobre ese tema, y a modo de resumen, nos refirió la conocida incidencia parlamentaria con el Dr. Quintana, a quien comparó con el vaso de agua limpia y clara asentado en su pupitre, mientras él era como el torrente de la montaña, y repitió más o menos la soberbia descripción de su vida accidentada y fecunda como los ríos que pasan fertilizando la tierra...

III

La última vez que lo vi fué la primera en que hablé con él directamente. Entre 1886 y 1887, no recuerdo con exactitud la fecha, la epidemia del cólera hacía estragos en algunas provincias, principalmente en Salta.

Con este motivo los salteños residentes en Buenos Aires nos reunimos para constituír un centro de la juventud a fin de reunir fondos y mandar auxilios a las autoridades de nuestra provincia, en la que escaseaban los medios más necesarios para combatir el flagelo. Yo fuí nombrado presidente del Centro, que alcanzó un relativo éxito; pudimos juntar en pocos días y girar una buena suma de dinero, primera cooperación que se recibió de fuera.

Pero hacían falta otros elementos que no estaban a nuestro alcance, y fuimos a solicitarlos de la Comisión Nacional de Auxilios, cuyo presidente era el general Sarmiento. Se había estrenado en sus funciones con una de esas inspiraciones certeras, que resolvían una situación, y a las que no llegan por lo general los profesionales del criterio positivo, que desdeñan a las inteligencias superiores, creyéndolas desprovistas de lo que llaman ellos sentido práctico.

Cuando la epidemia arreció en Mendoza, las autoridades sanitarias indicaban la necesidad, en primer término, de que los lazaretos y la población tuviesen medios para que sólo se bebiese agua hervida. Se propuso enviar de aquí algunos miles de pavas.

Sarmiento dijo: No sean pavos, lo que hay que hacer es usar los grandes tachos desocupados de las bodegas para hervir agua en gran cantidad y repartirla entre las clases pobres. Con esa resolución adelantó considerablemente la campaña sanitaria.

En Salta se necesitaban médicos, medicamentos, ropas y alimentos. Fuimos, con otro miembro de la comisión directiva de nuestro centro, a tratar el asunto con el presidente de la Comisión Nacional.

Se nos hizo pasar hasta el segundo patio de la casa, donde había una enorme pajarera, con una variedad de aves que revoloteaban sin cesar, y con sus cantos hacían un ruido insoportable para todo el que no fuese sordo como el dueño de casa. Este

nos recibió con exquisita cortesía. Estaba sentado en un gran sillón de mimbre, bajo una fresca galería, en traje de verano. Leía un libro.

Atendió con toda deferencia nuestras indicaciones y nos prometió facilitar para Salta la mayor parte de los auxilios que le solicitamos como urgentes. Y cumplió su palabra; poco tiempo después salió para el norte la expedición sanitaria que presidió el Dr. Benjamín Araoz, más tarde gobernador de Tucumán.

Después que en breves manifestaciones nos dejó satisfechos en lo relativo a nuestra misión, enarboló en alto el libro que tenía en la mano, y nos preguntó:

— ¿Han leído Vds. este libro? Es la Democracia triunfante, de Andrew Carnegie. Es la historia de la vida institucional de los Estados Unidos y contiene la más elocuente apoteosis del gobierno de la libertad.

Avergonzado por no conocer una obra que en ese tiempo tuvo gran repercusión, le contesté la verdad. Sonriendo benévolamente, nos dijo:

— Ya lo sabía. Los jóvenes de ahora no leen libros serios. ¿Qué han leído Vds. fuera de la literatura corriente?

Y para esperar nuestra respuesta se puso sobre el oído la corneta auditiva. Yo contesté:

— «Conflictos y armonías de las razas de América». Además de «Facundo», «Recuerdos de Provincia» y el «Libro de viajes», que han sido mis primeras lecturas.

El gran anciano sonrió satisfecho. Y para no aparecer que mi manifestación era de pura galantería me referí a otros libros de autores argentinos, y mi compañero, un buen estudiante de Derecho, mencionó sus lecturas de Derecho Público de Tiffani, Story, Maschal y Adam Smith.

Variando repentinamente el tema nos preguntó en qué partido político militábamos. Le respondimos que en *ninguno*, porque no había más que restos de partidos desorganizados y núcleos personalistas.

De pronto se irguió, y dejando el libro sobre el sillón se puso a pasear por la galería con las manos cruzadas atrás, que accionaban nerviosamente al compás de su palabra....

Describió el estado político del país en esa hora, haciendo una disección despiadada de cada uno de los hombres públicos que en ese período dirigían fracciones de opinión. Recuerdo sus juicios, pero me abstengo de mencionarlos en esta oportunidad; algunos eran contrarios a mis convicciones y afectos; pero otros, lapidarios y proféticos, merecen incorporarse a la historia.

Omito lo que expresó en condenación de los viejos, pero recordaré en otro instante sus reprensiones a los jóvenes.

No fueron de sátira como las que le oímos sin protesta cinco o seis años antes.

Esta vez no se mostró burlón, sino fulgurante. Hubiera parecido olímpico sin la sombra de áspera tristeza y de misteriosa gravedad que irradiaba su figura como aureola de fúnebre presagio. Murió al año siguiente.







Malta
PALERMO

De Avellaneda



El señor Roque Dagna, presidente del "Círculo Italiano" rodeado por un destacado núcleo de asociados que se reunieron en un banquete de camaradería con el fin de estrechar vínculos de amistad.



El tiempo resbala insensiblemente

sin dejar huellas ni arrugas sobre el cutis de toda mujer que usa el

Jabón Heno de Pravia



Es jabón puro, muy espumoso, de intenso y exquisito perfume. Estimula la cohesión de los tejidos, dando a la piel tersura, suavidad y fragancia.

DE VENTA EN LOS PRINCIPALES ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA

REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY,
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES

Perfumería Gal
MADRID

D E S P E R T A R



Como vírgenes tristes que ocultaran sus duelos,
morían las estrellas en lenta consunción
y bajaban cantando los claros arroyuelos,
como niños pastores una vieja canción.

Los cóndores ritmaban la audacia de sus vuelos,
por el espacio abierto, midiendo la extensión;
y desde las profundas entrañas de los cielos
la luz se derramaba como una bendición.

Mecían los ramajes la gloria de los nidos
y llenaba el encanto de los valles floridos
un vaho de la tierra magnífica y feraz.

Poblábanse los campos de alados serafines,
templaban los jilgueros sus mágicos violines
y en los lejanos montes cantaba la torcaz.



L E O P O L D O   V E L A S C O

La copa llena

Igual al niño aquél del cuento, cuando
su copa de cristal llenó de arena,
en un sordo cristal estoy golpeando;
ni una música suena...

Corazón, que antes dabas la serena
música que tu ritmo iba formando:
Hoy estás sordo, como copa llena,
de realidad amarga rebosando.

Al niño aquél lo consoló un jazmín,
y, en la copa, la flor, por el jardín,
paseó triunfal bajo las frondas cálidas.

¡Ah, no poder llevarte, corazón,
por un jardín, en triunfo, con las pálidas
azucenas de la resignación!...

Mario Lassaga

El último idilio

Una noche de rítmica verbena
teniendo por testigo el plenilunio,
olvidé por completo mi infortunio
¡porque sólo tu amor mató mi pena!

Jamás te vi más linda ni más buena,
semejando, esa noche en pleno junio,
tus ojos, un negrísimo interlunio;
tu alma, la virtud de la azucena.

En tu cuerpo anhelante de cariño,
fluctuaban en gracioso desaliño
las gasas y las cintas de moaré.

... Y pensando que acaso le brindabas
unos labios de fresa que llevabas,
¡con los míos febriles, los besé!

Ricardo H. Aramburu

P U E N T E   A L S I N A



Festoneado por sauces graves y dormilones
su cauce abre entre juncos, dispersos y torcidos,
y en el agua arrugada, sucios, descoloridos
cabecean taimados los caducos lanchones.

Exhala el puente, ásperas agrias crepitaciones
bajo los anchos carros de cargas excedidos;
surcan el cielo pardo celajes diluídos
de impuros y deformes carminados manchones.

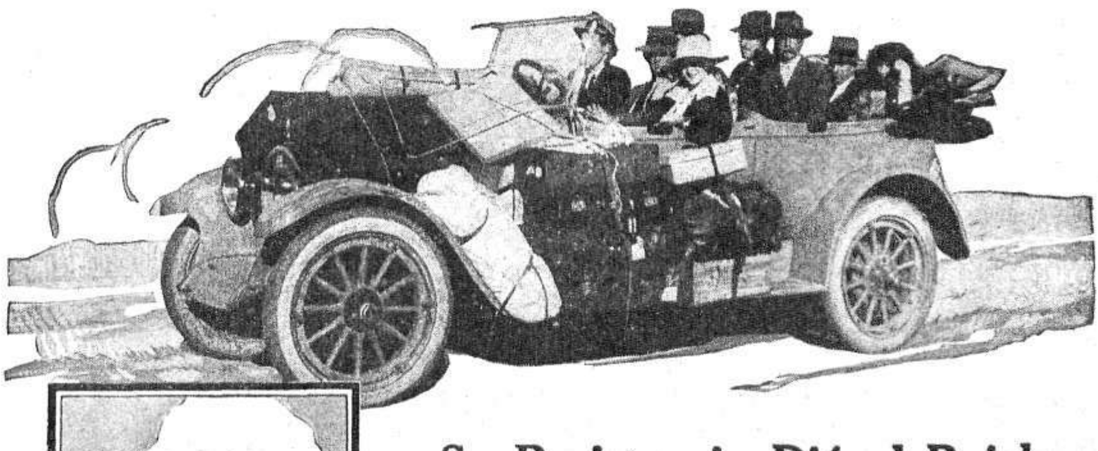
El río se parece a un largo claroscuro
nervioso como el trazo de un pincel inseguro
y en sus recodos se inflan las zumbonas mareas.

Y allá en el fondo, se alza la usina sorda y negra
con la estructura incierta de una deforme piedra,
mientras vomitan chispas y hollín las chimeneas...

N .   R E I N A F E

De Isla Maciel

Fiesta campestre organizada por la Comisión Directiva del "Club de Regatas América" en obsequio de los remeros de la institución que participaron en las últimas regatas internacionales e interprovinciales.





Donde no hay ferrocarriles, donde el terreno es difícil—allí se encuentra el Buick. El grabado de arriba muestra un Buick en Australia al partir para un viaje de 1.600 kilómetros, con ocho pasajeros y centenares de kilogramos de equipaje. El de abajo representa parte de una caravana de Buicks cruzando el desierto de Gobi.



Su Resistencia Dió al Buick Prestigio Mundial

BUICK ha sido durante veinte años sinónimo de *seguridad* y *resistencia* en todos los países del mundo.

Su elegancia ha valido al Buick puesto sobresaliente en los paseos de las grandes ciudades. Su resistencia lo ha hecho el favorito de cuantos tienen que emprender largos viajes por malos caminos y en mal tiempo.

Siempre a la vanguardia, el Buick fué el primero que atravesó el desierto de Gobi sin interrupción según itinerario, y el primero que tramontó los Andes. Recientemente, un gran explorador lo escogió para internarse en Afganistán.

Aún después que la carrocería del Buick ha sucumbido, tras largo tiempo de buen servicio, los famosos motores Buick, con las válvulas sobre la culata, continúan sirviendo durante muchos años más, ora en los aserraderos, ora en los molinos, y a veces en los coches de tranvía.

Se han vendido más de un millón de Buicks. La fábrica principal mide más de 2½ kilómetros de largo. Además, la casa Buick cuenta con vastos recursos pecuniarios y mecánicos, y con técnicos escogidos entre los mejores.

Nada de esto es sorprendente; pues Buick es una de las compañías de la General Motors, que se compone de muchas grandes empresas fabricantes de automóviles superiores y sus accesorios. La General Motors comunica su reputación y su poder a cada una de las compañías que la forman, y ello aumenta la confianza que siempre se ha tenido en la excelencia del Buick.

Para más detalles relativos a la General Motors, escríbase a General Motors Export Company, Casilla de Correo 745, Buenos Aires

GENERAL MOTORS

FABRICANTES DE AUTOMÓVILES, CAMIONES, EQUIPOS Y ACCESORIOS

BUICK . CADILLAC . CHEVROLET . OAKLAND . OLDSMOBILE . CAMIONES GMC

Nueva York . Londres . París . Copenhague . Soerabaia . Bombay . Calcuta . Shangai . Yokohama . Honolulu
Sydney . Melbourne . Wéllington . Constantinopla . Johannesburgo . México . Río de Janeiro . Buenos Aires

De San Isidro y Martínez



SAN ISIDRO. — Miembros de la Sociedad Protectora de la Escuela N.° 1, reunidos con el fin de nombrar una nueva Comisión Directiva.

MARTINEZ. — Alumnos de la Escuela N.° 4 que dirige la señora María L. T. de Scarini, que tomaron parte en la fiesta escolar realizada al finalizar los cursos.


Señora: Una sola visita a la
CASA IZQUIERDO
490-CARLOS PELLEGRINI-490
especialista en CORSES y FAJAS de calidad, dará a Vd. la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.
Nuestro Regalo
Este precioso molde de kimono
GRATIS
A toda señora que nos envie $ 1.— le mandaremos un ejemplar denuestra revista de modas y literatura "PICTORIAL REVIEW" (edición de lujo en colores) del mes de Enero de 1924 y como regalo el molde de este precioso kimono en la medida que nos indique.
FAJA
Mod. "AIDA" muy cómoda y elegante. Especial para sostener y reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado, elástico de seda en la parte delantera y 4 ligas también de seda.
$ 25.-
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
490 - CARLOS PELLEGRINI - 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA 38, MAYO 0313.
SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO

DE ELECCIONES

Día electoral aquí es día de grandes emociones. Cuantos actúan en él, hombres, niños, viejos, rengos, tuertos y hasta los muertos — porque a veces ni éstos permanecen ajenos a la política — la noche anterior no duermen, ocupados como están en dar la última mano a la patriada. En caso de acostarse, apenas hay tiempo para un primer sueño; con el alba es forzoso dejar las pilchas, ensillar, revisar las armas. Todavía no asoma el sol y ya van las comisiones en marcha hacia Albardón, Angaco, Caucete, hacia todos los puntos donde se ha de librar la jornada comicial. El aire fresco de la mañana dilata los pulmones y no falta quien sienta ganas de cantar:

Que te quedas triste,
Vidalitá.

Tampoco falta alguno que antes de partir se ha encomendado a la Santísima Virgen. Otros han echado media docena de ajos y cebollas al trasponer el umbral, pues las mujeres de la casa se empeñaban en cerrarles el paso. Y el caso no es para menos, pues ellas saben bien cómo suele terminar la fiesta. A lo mejor le da al comisario por echar el caballo encima a tal o cual elector y entonces no hay más remedio que apelar al cuchillo; o se le antoja a un matón profesional ensartar a Fulano con el que brilla o disparar sus *libes* sobre Zutano. Y la misma condición del acto, preñado de peligros, hace que por lo general se le desee con mayor afán: no son muy raros los ejemplares de tipos de la escuela del Chacho que, llamados a optar entre la agricultura y la guerra, dicen que «peliar es más mejor».

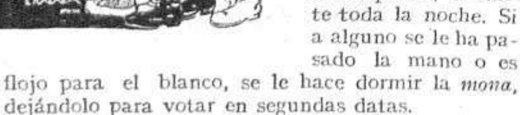


Los diputados se hallan en su elemento en el comité, en medio de la peonada bullanguera, corriendo de un lado a otro, dando o llevando órdenes, recogiendo impresiones, haciendo conjeturas. A pocas cuadras funciona el otro comité, el del «partido contrario», y nunca falta quien se atreva a metérseles adentro a recontarles la gente. «Estamos bien. No es tan overo el tigre. Tenemos con qué ganar». Es la voz de un torito gubernista, veterano en la materia. Y cada bando sigue en su cancha. En el patio arden las fogatas para los grandes asados con cuero: un costillar de novillo, media res también, irreemplazable imán de la multitud. Tampoco faltan las grandes cestas de empanadas picantes y jugosas, y su complemento, el vino, en unas cuantas bordelesas.

Si es el comité de los opositores, se imponen las vibrantes arengas, los clásicos discursos de barricada, llamando rapaz y salvaje al gobierno, apostrofando a las policías mazorqueras y haciendo de cuatro trazos, de este bodrio que es la provincia, una república de Platón. El paisanaje aplaude estruendosamente y se desgañita dando vivas y mueras. En el comité del gobierno también hay discursos en los que los oradores se despachan a su gusto, menudeando las amenazas y las promesas, según se trate de enemigos o de amigos. En lo demás, las cosas resultan cortadas por la misma tijera. Llega el momento de echar unos tiritos a la taba y el hueso va y viene en medio de grande algarabía. Sigue en aumento la masa con el arribo de los camaradas de puntos distantes, que, aunque tardíos como el sol en invierno, son seguros como el mismo sol. En la calle y en la plaza la actividad es realmente extraordinaria, por más que las pulperías, por mandato de la ley, estén cerradas. La mesa receptora de votos se ha instalado en el atrio de la iglesia, o en la casa del juzgado de paz, o en todo caso en la escuela, con media hora de atraso por la parte baja. El fiscal opositor protesta por esta demora que le hace presumir el propósito de practicar *chimicos*; pero no hay protesta que valga; el presidente se ha sentado sobre la ley y ha dicho: «La ley soy yo». Y de ahí resultan siempre los contratiempos con la policía, que se traducen en el campo opositor en cabezas enfundadas en vendas y en brazos entablillados, porque como dijo Martín Fierro:

La ley es como el cuchillo:
no hiere a quien lo maneja.

Cuando la cosa se pone brava, ya no basta atenerse a la palabra de los votantes, sino que hay que salir el día anterior a recolectar los elementos para formar el *cantón*. Al anochecer del sábado, víspera de la elección, está toda la turba opositora en su colmenar. La casa es grande, con amplio patio y corredores o ramadas. Allí se *churrasquea*, se bebe a pierna suelta, se canta a contrapunto, durante toda la noche. Si a alguno se le ha pasado la mano o es flojo para el blanco, se le hace dormir la *mona*, dejándolo para votar en segundas datas.



Mil habilidades exhiben los paisanos a lo largo de la noche, noche que, por lo demás, no es tan larga porque siempre las elecciones se realizan en verano. No faltan algunas damiselas del barrio — capítulo muy tenido en cuenta por los caudillos, — y se baila que es un gusto. Otros, los más viejos, forman sus grupos aislados para pegarle al aguardiente, la bebida nacional, como la llaman, y que tiene la virtud de animar la fantasía a punto que una vez desatada la lengua no hay Dios que detenga el torrente verbal. El gobierno no hace cantón. Su gente es gente segura; lo que sí hace es espiar a la pueblada, «no sea que quiera hacer revolución», y cuando puede le escamotea votos; cuando puede, porque la oposición ha establecido en el cantón sus propios centinelas.

— Buen revolcón el que le vamos a dar esta vez a los de la casa gris. Y se lo merecen, claro, porque cuando no es que el gobernador lleva a sus hijos de menistros, es que los menistros ponen impuestos hasta a los huevos de gallina. Va a llegarles su San Martín, caballeros.

— Aquí no vengan con palabras mayores, chey gallito con espuelas de bronce.

— Se las vamos a dar chanta...

— ¿Y a qué tanto escarbarle a la vaina? ¡Mirá que es asunto!

— ¡Ah, pollo!... si me han contao que eres hombre de armas llevar y... de chichones traer.

— Cuando menos dicen que pa la visteada no tengo compañero. Y el que quiera valearse pa la cancha, derecho viejo no más.

— Buscándole tres pies al gato te vas a llevar un poste; y al freir será el reir.

— Salí d'ahí, pergenio. Yo soy de los de Santa Rosa, la grande. Mirá si te conviene el partido.

— ¡Aijuna! En Santa Rosa no hubo pelea, yo lo sé bien, cuasi como presencial, así como en Pavón y casi, casi en Caseros, no fué más que la parada. Yo estuve en Punta del Monte, donde la cosa fué de veras, y fuí de los que pasaron el canal por el atajo de muertos. Conque, ya ves.

— Bueno, hombre, si todo es ansina, en juguete, por darle gusto a la sin hueso. Alzá no más el gallo y a tomar otra cachada.

— Por mi parte, también enrollo el lazo, y si vos me convidaste a los sopapos, yo te envito al truco.

Y aquellos que así hablaban con voz ajustada al diapasón de la naturaleza agreste, eran dos electores, de bandos contrarios y de lo mejorcito de aquellos tiempos en el barrio de Las Cuevas.

Es esta la nota característica de los comicios de antaño, que aquí todos hemos vivido: el fraude, que durante varias décadas de nuestra existencia como nación fué el medio para que ciertos hombres se perpetuaran en el poder, constituyendo una clase burocrática de irrompible hermetismo. Invariablemente triunfaba el gobierno, merced a un despliegue interminable de tretas, fruto del ingenio del *matufiero* de profesión. Con cuatro pobres diablos que el comisario recogía y a los cuales se les hacía efectiva, eso sí, la *paradita*, agregados a las cuadrillas de peones municipales y a los milicos que para votar se disfrazaban de paisanos, el gobierno ganada elecciones en que se presentaban a votar en contra suya — «en contra suya,» repito, porque el gobierno era parte en el negocio, en que se presentaban a votar miles de ciudadanos. Era de presenciarse aquello. De antemano se tenía la lista de los fallecidos desde cinco años atrás, y como figuraban todavía en el padrón electoral, se les hacía votar. No hay que decir que con los ausentes ocurría igual cosa. Si con estas tramoyas todavía el gobierno se quedaba corto, se recurría a procedimientos aun más descarados; porque sí no más se le acusaba a uno de presentarse con libreta de otro o se le culpaba de pretender votar dos veces, mandándole arrestado. La cuestión era matar tiempo, cerrar el acto sin que hubiese sufragado la tercera parte del padrón, lo que estaba siempre en ventaja del gobierno, como bien se comprende. Se dió el caso de impedir el voto de los contrarios obligándoles a situarse a una cierta distancia de la mesa. Para llegar a ésta había que pasar un ancho canal cuyo puente se había quitado sustituyéndolo por un angosto tablón. Se necesitaba ser equilibrista para pasar por allí, y casi todos los votantes perdían pie y se zambullían en el agua. «Es que estos pícaros vienen entre San Juan y Mendoza», decía muy suelto de cuerpo el presidente de la mesa. Era en aquellos tiempos en que los gobernadores y ministros tampoco tenían reparo en echar mano de Guayama, que tenía siempre listos a sus bandoleros para saldar sus cuentas con la autoridad.



Alguna vez se dió el caso de que, a pesar de todas estas argucias, la oposición logró hacer votar su gente; pero entonces un matón oficial se presentaba antes de clausurar el acto, arrebatando de la mesa la urna con los votos, como quien dijera el santo y la limosna. Y aquí era la de San Quintín. Total: que se anulaba la elección, la única en que los opositores iban ganando. Así, pues, se explica que para cambiar situaciones no hubiese más camino que el de la revolución armada.

Es cierto que desaparecn ya estas peculiaridades del comicio de antaño. Una ley reciente mejora hoy el ejercicio del voto, impidiendo la exteriorización de aquellas falacias. Asimismo, sin embargo, quedan resabios de aquellos tiempos.

En ciertas elecciones de Trinidad se produjo un caso sumamente curioso. Una semana antes de la elección llegó a oídos de los opositores que los oficialistas se preparaban para darles un golpe, cambiándoles la urna cuando ya hubieran votado casi todos los electores. No fué puesto en saco roto el aviso, y llegado el día de la elección los opositores enviaron como representantes suyos a la referida mesa, dos expertos caudillos para prevenirse contra toda sorpresa. El comicio funcionaba en un cuarto, el que, además de su entrada, tenía una puerta bien cerrada. Para mayor seguridad, se le ocurrió a uno de los fiscales opositores hacer con el cortaplumas una raya, imperceptible a simple vista, a la urna, para reconocerla en caso de que se produjera el *cambiazo*. El acto proseguía sin tropiezo y eran ya las cinco de la tarde cuando penetró en la pieza un caudillo oficialista que venía enfurecido a increpar a uno de los fiscales.

— ¿Vos has dicho que me vas a matar? ¡Salí a la calle si sos hombre!

Todos se levantaron para contener aquél energúmeno, que parecía resuelto a emprenderla a puñaladas contra todo el mundo. No sin trabajo se consiguió sacarlo afuera, donde el hombre, ¡cosa rara!, se calmó al poco rato.

— ¡La urna! — gritaron entonces los fiscales opositores, asaltados por súbita sospecha. Volvieron corriendo a la mesa, y allí estaba la urna un momento abandonada, en su mismo sitio, con los votos adentro, y hasta con la rayita de reconocimiento. — ¡Qué suerte, che, es la misma — decía el fiscal restregándose las manos. En el escrutinio fué la sorpresa: la habían cambiado por otra urna idéntica, con igual número de votos y lo que queda dicho.

Alguien que espiaba detrás de la puerta había realizado la hazaña.

Los políticos, cuando hacen la vaina, hacen el cuchillo. ¡Y tanto que costó hacer esta ley!

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

De San Fernando

El doctor J. Alsina acompañado de la Comisión de señoritas que tuvo a su cargo la organización de la fiesta literaria y musical, realizada con el loable fin de allegar fondos para el Hospital Petrona Villegas de Cordero.



Grupo de niñas y señoritas que prestaron su valioso concurso para la fiesta antedicha, la que dado los fines benéfico que la guiaban, alcanzó un brillante éxito.



Banquete dado en el Balneario en demostración de simpatía al campeón sudamericano Firpo, en su visita a esta localidad.

APOLOGÍA DEL DOLOR

Cuando la vida está en flor, cuando la salud y la felicidad nos embriagan, el pensamiento de la muerte espanta... Pero la soledad, la meditación, la tristeza, la enfermedad y la vejez, nos inclinan hacia la tierra pensativos y cansados; nos familiarizamos con la muerte y llegamos a esperarla sin terror. Hay un momento en que se siente la pesadumbre de vivir: una fatiga física, un cansancio espiritual, una sensación de invencible dejadez nos invade, la voluntad se anula, el deseo se evapora, huye el espíritu como una burbuja, y queda sólo el animal enfermo, la carne amiga de la tierra... Antaño, en la noche, cuando escuchaba el golpe acompasado de mi corazón, me estremecía al pensar que de pronto pudiera pararse este motor de mi vida... Hoy ya no siento esos terrores. Cuando la enfermedad se apodera de un órgano, cuando la carne viva empieza a podrirse, cuando el cuerpo empieza a morir a pedazos, no hay mayor consuelo que acostarse, abandonarse, dejarse morir...

En el profundo silencio de la noche se escuchaban sollozos lejanos. Un viejo reloj cantaba la hora con timbre grave; imperturbable, sereno, con su voz sorda, como la voz de un anciano, dejaba caer gota a gota las horas con el tic tac de su péndulo de cobre. Aquel viejo confidente familiar, aquel compañero de las tristes soledades, seguía su marcha perpetua, su monótono ritmo de siempre, como la pulsación del tiempo en la eternidad.—RICARDO LEÓN.



Las hojas de papel, de un blanco inmaculado, tan indiferentes al parecer, esperan sobre mi carpeta que me decida a reanudar estas horas de íntima expansión en las que me es dado expresar libremente ideas y sentimientos, en las que suelo hacer también gala de la más perfecta indiscreción.

Y hoy, al contemplar esas carillas que esperan pacientemente los obscuros garabatos que han de cubrirlas grabando *negro sobre blanco* las primeras impresiones del año que se inicia — una jornada más... — sobrecoge mi espíritu un vago temor: el de no poder expresar fielmente ese íntimo anhelo de progreso espiritual que me ha sugerido más de una vez una observación o una censura, cuando trato de reflejar brevemente algunas de las fases de nuestro agitado vivir...

¡Aprender a vivir! lectoras amigas, éste es sin duda el problema más hondo de la vida nuestra: Anhelamos conservarla y no somos capaces de hallar su verdadera orientación... tal vez no nos esforzamos lo bastante para dirigirla y derrochamos sus horas con desatinada prodigalidad... Sin embargo, confío en que hemos de afrontar todas esta nueva jornada de vida que se inicia, con sereno y amplio optimismo; si las pequeñas preocupaciones, si el dolor mismo nos acecha, elevemos el corazón, y sigamos adelante, con el íntimo convencimiento de que el bien o el mal que puedan surgir en nuestro camino, encarnan la lógica consecuencia de la vida que hemos llevado, sea por los actos que se transforman en destellos de luz, sea por los errores cometidos inconscientemente.

Pero veo que los obscuros garabatos van cubriendo las carillas de papel sin tener en cuenta que, hoy como ayer, esta crónica mía debe anotar los acontecimientos grandes, las nimiedades más pequeñas de la vida diaria: y como el ritmo prodigioso que nos lleva adelante ha de renovar siempre esos acontecimientos, esas futilezas, henos aquí, al iniciar la jornada nueva, ante las mismas observaciones, los mismos comentarios que acompañan ese ritmo con su constante vibrar... ¿Alguna nota vibra acaso más alto o con mayor intensidad? Entonces se hace un breve paréntesis para que *la sociedad* pueda analizar largamente el tema que domina...

Se escucha por consiguiente una interesantísima controversia; ¿debe imperar sobre el espíritu de la gran dama argentina la sumisión filial ante las indicaciones emanadas de la Santa Iglesia Romana, o debe demostrar con sus actos una perfecta solidaridad con el Superior Gobierno de la Nación en las actuales circunstancias?

Se repite en algunos círculos mundanos que la mujer argentina ha dado siempre — para gloria suya — alto ejemplo de civismo... En otros, que la caridad cristiana la impone dar siempre *de sus bienes, de su persona,* sin detenerse en consideraciones que amengüen todo sentimiento de misericordia...

Pero se asegura al mismo tiempo que no obstante el reconocido altruismo y la abnegación, puestos a prueba tantas veces, dentro del mundo oficial femenino, ha predominado en ese círculo una resolución unánime: *la de abstenerse,* a pesar del llamado que se transmitió desde la Eterna y Santa Ciudad...

Se dice además que se constituyó oportunamente una junta superior de Presidentas de Asociaciones, entre la que se anotaron los nombres de las personalidades femeninas más eminentes del país, pero que algunas de esas destacadas figuras manifestaron con plena sinceridad, que no consideraban oportuno el mensaje por el que se las imponía tan grande esfuerzo, tan grande responsabilidad, en favor de una situación tan delicada, pero que *debe* y *puede* hallar inmediato remedio, exigiendo ese esfuerzo a los magnates que han derrochado sumas considerables para celebrar la Nochebuena en la ciudad en que hay barrios tan necesitados; para los magnates que con descuidado egoísmo han celebrado la fiesta del Niño Divino, sin pensar que a su lado se agota y se marchita la sonrisa de esas pobres criaturas que acecha la necesidad.

En otros círculos, es la nota sentimental la que interesa... y se juzga con cierta severidad el atolondramiento con que algunas deliciosas figuras juveniles aceptan homenajes, y llegan hasta resolver su destino sin detenerse a analizar sus sentimientos. Así deciden concertar su matrimonio — el acto más transcendental de la vida — con gran ligereza... *¡Creyeron que querían!* Se dejaron impresionar por el sutil encanto de una frase henchida de cariño verdadero, y sonrieron sus ojos y sus labios con el reflejo del amor ajeno, sin que se percibiera esa luz del propio sentimiento que brilla en la mirada y palpita en la sonrisa...

Fué allá lejos, en el extranjero, donde se prometiera — ¡para siempre al parecer! — el ambicionado don de una fina y aristocrática mano de porteña, de porteña que lleva el mismo nombre de una hermosa soberana que ha sabido amar con ejemplar constancia al compañero de su vida... en el extranjero se les vió vivir las horas del divino hechizo, que parece haberse deshecho al llegar ella al hogar tradicional de los suyos.

Pero ella *¡creyó querer!* y sólo aquí pudo analizar serenamente sus sentimientos...

La dama duende.

Buenos Aires, enero de 1924.

RAÚL FRANCISCO OJAM GACHE



Muy lamentado ha sido el fallecimiento de este inteligente joven, vinculado a varias estimables familias de nuestra sociedad. Sus buenas cualidades, así intelectuales como de carácter, le habían conquistado el afecto general, y su prematura desaparición ha venido a tronchar una existencia que tan buenas esperanzas prometía, pues apenas contaba 16 años de edad.

PERFUME Excelsior de Griet

De pureza inalterable.

El delicado y exquisito
POLVO DE TOCADOR

CHELA

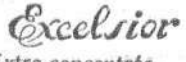
se distingue de todo producto similar por su rara finura y singular delicadeza.

Precio de la caja $ **1.90**

Se prepara en los tonos
Blanco, Rosa,
Rachel y Ocre.



COLONIA



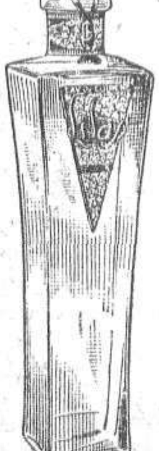
Extra concentrée.



COLONIA

CHELA

El perfume de moda.



COLONIA



Excelsior.



remitimos muestras a quienes las soliciten por carta.



LAVALLE, 717 - Buenos Aires.

De Rivera



Miembros del Magisterio local, que celebraron con un lunch la clausura del año escolar.

EL HOMBRE EN LA FAMILIA ACRECIENTA SU SER

La familia es el complemento de la personalidad humana, de la vida individual; el padre, la mujer y el hijo forman, a pesar de ser tres personas, misteriosa unidad por el amor que los confunde y los anima. Pero el hombre no vive solo en su familia; la lengua que habla, el carácter que le distingue, la religión que profesa, la ley social bajo que vive, ese amor eterno al suelo en que ha nacido, a esa tierra patria, donde le parece que ha de ser más dulce y tranquilo el sueño de la muerte; la historia misma, que le comunica, perpetuamente con los que ya no son, los recuerdos de la infancia; todas esas ideas, todos esos sentimientos que son grandes leyes incontrastables de su vida, engendran en su individuo otro individuo superior que se llama patria, espíritu nacional. La verdad es, que así como el cuerpo del hombre no puede vivir fuera del aire que le rodea, el alma del hombre no puede vivir fuera de la sociedad. La nación, pues, será siempre un individuo análogo al hombre y en misteriosa armonía con el hombre. — EMILIO CASTELAR.

“CASA PALMA”

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 — SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 185
En gun metal color
» » negro
liso o picado.

$ 14.90

MODELO N.° 186
Botín gun metal, color, caña de gabardina marrón, beige claro, beige oscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90



$ 14.90



MODELO N.° 183
En gun metal color — En cabritilla charol.
» » » negro — » » negra.

$ 14.90



MODELO N.° 190
En gun metal color — En gun metal negro liso o picado.

$ 14.90



MODELO N.° 157
En gamuza blanca, gris, marrón y negra. En cabritilla negra, marrón, charolada y bronceada.

$ 14.90



MODELO N.° 169
En gamuza blanca, gris, marrón y negra. En cabritilla negra, blanca, gris aceituna, marrón, charolada y bronceada.

$ 14.90



MODELO N.° 121
En cabritilla negra, color sangre, gris aceituna, gris, africana, charolada y bronceada. En gamuza negra y marrón.

$ 14.90



MODELO N.° 158
En gamuza blanca, gris, marrón y negra. En cabritilla negra, color sangre, marrón, charolada y bronceada.

Para pedir cualquiera de los modelos expuestos en esta página, no es necesario cortar el dibujo: basta con indicar el número del modelo. Sírvase solicitar nuestro catálogo número 17 A, que contiene 80 modelos distintos.



Señorita María Esther Benedetti Acuña, directora de la Escuela Normal Popular de Lobos, con el señor Faustino F. Berrondo, director de la Escuela Normal local, rodeados por un grupo de alumnas últimamente egresadas.

EL CLAMOR DE LA CAMPANA

Himno de la naturaleza y de la humanidad, himno sin cesar repetido por todos los ecos, himno que desde las alturas desciende hasta el abismo, y que desde las profundidades del armonioso precipicio se remonta hasta el cielo. Cántico que se oye en los montes y en las llanuras, y que se desliza sobre las aguas en el río y hace estremecer al bosque. Himno que la mañana evapora en las aguas y que la noche adormece en el nido de los pájaros; palabra que dice la campana a las otras campanas que suenan, y que el alma revela a las almas consoladas; salmo inmenso y sin fin, que son incapaces de traducir las lenguas de los hombres, y que expresan por completo estas dos frases supremas: «¡rezo y amo!» — VÍCTOR HUGO.

——

El testomonio de la buena conciencia hace la verdadera alegría del hombre de bien.

——

No te alegres sino cuando hicieres algún bien.

——

Los malos jamás conocen la alegría verdadera ni sienten la paz interior.

——

Es efímera la gloria que los hombres puedan dar.



Un "LINDO CRIMEN"

No crean ustedes — observó maître Van Wintham, exjuez de instrucción — que voy a contarles una historia a lo Poe, a lo Gaboriau o a lo Conan Doyle. Al decir «lindo crimen» sólo pienso en las situaciones realmente dramáticas y asaz románticas surgidas de un hecho vulgar, o que, por lo menos, se debate con frecuencia en las Cours de Assises.

Iniciaba yo mi carrera de juez de instrucción en Amberes, cuando fuí invitado a las bodas de mi amigo Luis Delandsheere con la señorita Amelia van Moerdick, preciosa rubia perteneciente a una de nuestras más viejas y ricas familias flamencas. Estaban muy enamorados uno de otro, y parecían destinados a la felicidad más completa. Luis era joven, buen mozo, instruído, caballeresco; Amelia era toda una belleza, elegante y fina, muy bondadosa y recta, lo que no la impedía tener un carácter enérgico, arrebatado en ciertas ocasiones.

Después de las fiestas, que fueron brillantísimas, y del inevitable viaje de bodas, seguí frecuentando a los Delandsheere-Moerdick, cuyo palacete de la Plaza Verde era el punto de reunión de la alta burguesía amberense. Los jóvenes esposos tenían una verdadera corte: todos los hombres, solteros o no, cortejaban a Amelia, todas las mujeres se disputaban a Luis. Pero ningún nublado empañaba su dicha porque se querían — y se quisieron siempre — muy de veras.

Desgraciadamente — para abreviar — si Madama Delandsheere era lo que suele decirse una fortaleza inexpugnable, su marido, todavía demasiado próximo a un celibato cuajado de aventuras amorosas, de «buenas fortunas», no atribuía grande importancia a un navajazo dado por él y de pasada, al contrato matrimonial. Y lo dió. Indújole a ello, con sus coqueterías y provocaciones, la linda viuda Elena Van Emelghem, en cuyas venas debía de correr mucha sangre española, a juzgar por su hermosura de morena y por el ardor de sus pasiones. Y lo peor es que, entusiasmados con el jueguito, Luis multiplicó los tajos a la partida de casamiento aunque siguiera tan enamorado como antes de su rubia esposa que nada sospechaba todavía.

□□

El 20 de diciembre a las cinco de la tarde — ya era completamente de noche — fuí llamado con urgencia por la policía a una quintita del suburbio, donde acababa de cometerse un crimen. La casa situada sobre el camino de Malinas era pequeña, y la rodeaba un jardinillo, despojado ya por el invierno. Sólo había luz en una habitación del piso bajo, una de cuyas puertas-ventanas estaba abierta a pesar del frío.

Los agentes, de guardia a la entrada del edificio, me condujeron a dicha habitación, donde aguardaba el comisario...

Me quedé helado en el umbral, pues de una sola mirada había visto a Luis Delandsheere desplomado en una silla, y a Elena Van Emelghem, semidesnuda en el lecho revuelto y lleno de sangre... En el suelo, junto a la ventana abierta, se veía una pistola Browing.

— Señor Juez... — comenzó a explicar el comisario.

Pero yo ya estaba junto a Delandsheere que alzó la cabeza y me miró con ojos extraviados.

— ¡Qué fatalidad! — tartamudeó. — Un arrebato... un rapto de locura... ¡Y la he asesinado!

Examiné de una ojeada la habitación, el arma, la posición del cadáver, la puerta abierta...

— El mismo fué a entregarse en la Permanencia de Policía — dijo el comisario. — Parecía desesperado por lo que ha hecho.

— Señor — le repliqué. — La estrecha amistad que me une al señor Delandsheere me obliga a no entender en este asunto. Avise usted a mi colega Van Niewenhuyse; él verá, tan claro como lo veo yo, que el señor Delandsheere no es el asesino.

— ¡Desgraciado! — murmuró Luis con acento de dolor y de queja. — ¡No diga usted eso, por amor de Dios! ¡Yo, sólo yo, soy el culpable!...

— Sin embargo... — traté de insistir.

— ¡Si es usted mi amigo no diga una palabra más! — suplicó, enérgico, mirándome a los ojos, como si quisiera sugestionarme. — ¡Es justo que pague mi culpa... mi crimen quiero decir!...

Al retirarme lancé otra mirada a la habitación. El cadáver de Elena yacía a la orilla del lecho, precisamente del lado de la puerta abierta, en cuya cerradura se veía una llave por la parte exterior. La herida en la sien que la había dado muerte se hallaba del mismo lado. En la nieve que cubría ligeramente el jardín había huellas de pasos...

Tomé el carruaje y me precipité a casa de mi colega Van Niewenhuyse, condiscípulo y amigo mío.

— Delandsheere — le dije — quieres cargar con el crimen de otro... con el crimen de... no me atrevo a decírtelo... tú verás...

Es un caso delicadísimo, un caso de conciencia... Arréglatelas lo mejor posible para salvar a ese desgraciado que, indudablemente, no es culpable.

Y le comuniqué mis observaciones... hasta mis sospechas.

□□

Ustedes ya han adivinado esas sospechas, adivinando al propio tiempo la verdad; sí: la «esposa ultrajada», Amelia Delandsheere, había dado muerte a su rival, Elena Van Emelghem, sorprendida en el lecho. En su corte de adoradores no faltaban los hábiles que le denunciarían la infidelidad proponiéndole dulce desquite, y en las filas de sus émulas abundaban las «almas piadosas» que le revelaron su desgracia para poder llorarla con ella. Amelia enfurecida sobre todo por lo que llamaba «la hipocresía de Luis», amante siempre, decidida a perder a su esposo antes que compartir su amor con otra, no tardó en averiguar dónde eran las citas, visitó la casa con un pretexto, consiguió una llave falsa del jardín haciendo copiar la que substrajo por unas horas a Delandsheere, se armó de una pistola y... lo demás no hay para qué contarlo.

Mientras mi colega Van



Niewenhuyse instruía el sumario, y Delandsheere estaba, naturalmente, incomunicado, Amelia permaneció encerrada en su «hotelito» de la Plaza Verde, sin recibir a nadie, ni parientes ni amigos. Yo traté de verla varias veces, la escribí, encareciéndole la utilidad de hablar conmigo — todo fué inútil. Era como si ella también hubiese muerto.

Van Niewenhuyse, que me hacía sus confidencias, estaba desesperado. Convencido como yo de que la culpable era Amelia, había dicho a Delandsheere que, en tal caso, nada debía temer por ella, pues, habiéndolos sorprendido *infraganti*, el jurado la absolvería por unanimidad. El pobre Luis negó con más empecinamiento y violencia que nunca. Y cuando el juez le habló de las huellas en la nieve:

— Eran los pasos de mi amante — replicó.

— Pero la Browing... ¡Esa Browing la compró su esposa en una armería de la plaza de Meir!

— Yo le pedí que la comprara, pretextando que iba a salir de viaje... ¡Nada tiene que ver mi esposa en este asunto! Demasiado sufre la desdichada por mi culpa. ¡Déjenla ustedes en paz, por Dios!

— ¿Pero qué móvil lo ha impulsado al crimen? ¡Diga, hable usted!

— ¿Para qué repetirlo? Yo mismo no lo sé... Un acceso de locura erótica... de sadismo.

— Un acceso preparado de antemano, ¿premeditado?

— Lo que usted quiera.

El informe de los médicos psiquíatras le declaró en pleno goce de sus facultades mentales, llamando la atención sobre su serenidad y su lucidez. Esto lo probó cuando la reconstrucción de la escena, en la que no dejó detalle sin explicar ni duda por desvanecer: la había estudiado bien a fondo en la soledad de su celda, más a fondo de lo que hubiese estudiado sus coartadas un astuto criminal.

—¡Para qué tanto investigar — decía con helada ironía — cuando yo mismo me confieso culpable!...

□□

Cerrado el sumario y pasado a la Cámara de Acusaciones, levantóse la incomunicación a Delandsheere. El mismo día Amelia pidió permiso para visitarle, y naturalmente lo obtuvo. La vi entrar en la cárcel, pálida, enflaquecida, con ojos que las grandes y hondas ojeras azules hacían más brillantes. Estaba más hermosa que nunca y evocaba, con su porte altivo, a la María Antonieta yendo al cadalso de los cuadros y estampas realistas. Pidió que la dejaran sola con su marido, que la miraba, sin decir palabra, con ojos de dolor y de reproche, — según la opinión no muy fehaciente del carcelero que me lo contó. Este hombre no pudo ver ni oir lo que pasó entre los esposos, pero imaginé una escena poco trivial por cierto, una de esas escenas de amor y de dolor que nos empañan los ojos en el teatro y que luego tachamos de inverosímiles. El hecho es que cuando el defensor de Luis, advertido de la visita, se presentó en el calabozo tratando de aprovechar la coyuntura para salvar a su cliente, halló a la joven de pie, con los brazos cruzados, en actitud inexorable, y a su marido, lejos de ella, como anonadado bajo el peso de sus acusaciones.

Amelia Delandsheere no volvió más a la cárcel. Abreviando: la Cámara de Acusaciones resolvió que la causa se debatiese en la próxima Cour de Assises y pasó el sumario al Procurador del Rey maître De Boeck, quien requirió, en una vibrante acta de acusación, la pena de muerte contra Luis Delandsheere, culpable de asesinato premeditado y alevoso. Aunque la pena de muerte está abolida de hecho en Bélgica, la noticia conmovió profundamente a la burguesía y el pueblo de Amberes.



□□

Las sesiones de la Cour de Assises son, en general, solemnes, pero las de aquel año resultaron majestuosas.

Asistía a ellas todo el Amberes notorio y rico, pero la sala del tribunal no se convirtió por eso, como suele suceder, en bullicioso sitio de reunión mundana. La sociedad, sobrecogida, parecía respirar un ambiente trágico de angustia y de misterio. La vehemente requisitoria del Procurador del Rey, maître De Boeck, fulminando sin piedad a Delandsheere en nombre de la moral social y exigiendo contra él la última pena, produjo, a pesar de su elocuencia, una impresión penosa y provocó en el público vagas manifestaciones de desaprobación. Más feliz fué, en su exposición, el juez de instrucción Van Niewenhuyse, sobre todo porque, desde las primeras palabras sugirió la idea de misterio aunque el crimen pareciese tan vulgar y tan claro. Había en los hechos — declaró — algo de ilógico, algo que sólo podría explicarse si se tratara de un demente, y Delandsheere, a todas luces, no lo era. El joven abogado de la «parte civil» — deudos de Elena Van Emelghem que la heredaban y querían agradecerle de algún modo la inesperada ganga — provocó más de una sonrisa burlona con sus encomios desmedidos a las cualidades de la pobre muerta. Yo, citado como testigo de cargo, lo mismo que el comisario de policía, hablé más o menos como mi colega Van Niewenhuyse, insistiendo sobre la posición del cadáver, las huellas del jardín, el carácter caballeresco y bondadoso del acusado, y con mis palabras aumenté, si cabe, la sugestión de misterio que ya reinaba en el público. «No lo creo culpable», dije. Pero el jurado, compuesto de viejos comerciantes amberenses poco amigos de novelas y de sentimentalismo, se mantenía impasible, casi hostil desde el primer momento: no le gustaban los dramas domésticos rematados en sangre. El fastidioso desfile de los testigos de cargo y de descargo — que, naturalmente, nada sabían del drama, — hizo bostezar al público y pareció agravar la malevolencia del jurado. Cuando llegó el turno al armero de la plaza de Meir, un alemán llamado Schum, éste declaró que, al comprarle la pistola Browing, Madama Delandsheere le dijo: «Quiero dar una sorpresa a mi marido... aunque digan que regalar armas trae desgracia: yo no creo en esas paparruchas...»

— No era mala sorpresa — añadió el alemán.

— Mal pudo decirlo — gritó indignado Delandsheere,—porque yo acababa de encargarle la compra de la pistola.

— Es cierto — apoyó Amelia, citada, también, como testigo, — él me la había encargado.

No pude reprimir un movimiento de indignación...

Amelia no fué molestada, ni casi interrogada sino *pro forma*: se respetaba su dolor. En cambio, Delandsheere se vió sometido a durísima prueba, por más que se encerrara en la eterna afirmativa, como otros acusados en la negativa eterna.

— Teníamos con Madama Van Emelghem continuas y a veces terribles disputas— declaró. — Pretendía que yo amaba demasiado a mi esposa, y exigía que me separara de ella. No creo insultar su memoria diciendo que sólo me unía a Elena una aberración de los sentidos, y que



mi amor estaba — y está — en otra parte. Pero ella no quería comprenderlo así, y se me hacía tan importuna, tan exigente, que un día no pude más y... la maté. Eso es todo.

No pudo sacársele de ahí. Ni objeciones irrefutables, ni preguntas más o menos capciosas — que la ley repudia, pero que la práctica utiliza — lograron conmoverlo ni turbarlo. El, sólo él, había asesinado a Elena Van Emelghem... porque sí.

La «parte civil» y el Procurador del Rey volvieron a la carga con ímpetu arrollador, aprovechando el terreno tan bien preparado para la más implacable «vindicta pública». El defensor de Delandsheere, maître Conrardt, estuvo admirable, y en su peroración conmovió al jurado, diciendo que no debía ni podía condenar a un inocente mientras el culpable reía disimulando en la sombra — y al decirlo miró a Amelia, perdida entre los demás testigos, demacrada, muda e inmóvil, como una muerta.

El jurado se retiró a deliberar, y media hora después su presidente leyó el veredicto condenatorio, que ni siquiera admitía circunstancias atenuantes...

□□

Me precipité a la puerta de la sala para esperar a Amelia; tenía necesidad de penetrar en el alma de esa mujer. Salió erguida, impasible al parecer, pero rígida como un autómata. Muchas señoras y otros tantos caballeros la rodeaban, presentándole sus molestas condolencias. En cuanto me vió se asió de mi brazo.

— ¡Líbreme usted de importunos! — exclamó bien alto, para que todos la oyeran.

La acompañé hasta su carruaje, que aguardaba a la puerta del Palacio de Justicia. No me había hablado palabra, pero al despedirse dijo:

— Venga a verme dentro de un mes: tengo que pedirle consejo.

Fuí puntual por compasión hacia Luis, por una como malsana simpatía hacia Amelia, y también — quizá sobre todo ¡Dios me perdone! — por curiosidad. ¿Qué iba a decirme Madama Delandsheere? ¿Qué consejo esperaba de mí?

— Yo he asesinado a Elena Van Emelghem — me confesó *ex-abrupto* en cuanto estuvimos solos.

— Ya lo sabía — repliqué.

Se quedó mirándome, atónita, luego bajó los ojos y trató de explicarme, con voz profunda y velada, su amor, sus celos, su desesperación, su vida malbaratada para siempre, su locura vengativa.

— Iba resuelta a matarlo junto con ella, pero me faltó valor. Después, cuando se entregó a la justicia acusándose él mismo, se me ofreció la manera de completar mi venganza haciéndole sufrir la cárcel y el escarnio, pero sin perdonarme tampoco. Así, cuando pude verlo en la cárcel, le dicté nuestra sentencia: «Tengo, como lo sabes, tu absolución en la mano — le dije. — Con una palabra mía quedarías inmediatamente en libertad. Diré esa palabra. No, no protestes, mi resolución es irrevocable. Pero no pienso pronunciarla todavía. Quiero que sufras, quiero que pagues cuanto me has hecho sufrir. Quiero que te abrume la doble vergüenza de verte condenar primero y de ver condenar en seguida a la mujer que lleva tu nombre!...» ¡Oh, señor Van Wintham! no crea usted que me arrepiento porque yo también... ¡yo también he muerto, asesinada por Elena y por él!...

Respeté largo rato su silencio, y luego la pregunté con severidad:

— ¿Y qué consejo aguarda usted de mí, señora? ¿Todavía la anima el deseo de vengarse?

— ¡Oh! mi venganza no está completa — contestó febrilmente. — Es preciso que yo ocupe el lugar de Luis; es preciso que «él» me vea arrastrada ante un tribunal, encerrada en una cárcel! ¿Cómo puede hacerse la revisión del proceso, anular la sentencia? ¿A quién debo revelar la verdad, toda la verdad? Ese es el consejo que aguardo de usted.

Yo no debía ni quería aparecer a sus ojos como colaborador de su venganza; pero ésta y la justicia se confundían en la emergencia. Condené, pues, su extravío, su rencor implacable — exceso de amor, — pero le indiqué el procedimiento que había de seguir para libertar a su marido inocente. Y, para no desalentarla, callé mi convicción de que resultaría absuelta. Yo mismo me encargué de presentar ante la Corte de Casación de Bruselas, el «hecho nuevo» de la confesión de la verdadera culpable. Amelia Delandsheere, corroborada por la declaración del cerrajero que le hizo la llave falsa y por otras pruebas de menor cuantía. La tramitación fué larga porque a la justicia no le gusta equivocarse, o, mejor dicho, convenir en que se ha equivocado. Pero al fin se revocó la sentencia condenatoria de Amberes y el proceso pasó a la Cour de Assises de Bruselas.

Comparecieron Amelia y Luis, pero trocados los papeles: Amelia como acusada, Luis como testigo y presunto cómplice. Entre los muchos llamados a declarar figurábamos, también, Van Niewenhuyse y yo. Fortalecido por la confesión plena de madama Delandsheere contribuí eficazmente a restablecer los hechos tal como los había sospechado en un principio y tal como eran en realidad, pero logré demostrar que, ciega de celos, la esposa ultrajada había obedecido a explicable pasión convirtiéndose en homicida al sorprender *infraganti* a sus ofensores. Van Niewenhuyse abundó en el mismo sentido y el abogado defensor, maître Edmundo Picard, hizo lo demás con su reconocida elocuencia y eficacia.

Era difícil que el jurado respondiese «no» a la primera pregunta: «¿Ha habido homicidio?», en cuyo caso Mma. Delandsheere no escaparía al presidio, más o menos largo. Era difícil, también, porque a los jurados, hombres al fin, no les agrada que las esposas maten a sus maridos o a las amantes de éstos, sobre todo desde que se puede divorciar. Pero la actitud de Amelia, análoga a la de Luis en el proceso anterior, el cuadro que, en pocas palabras sencillas y conmovidas, hizo de su amor, sus celos y su desesperación, le captaron universales simpatías. Tanto que, después de deliberar dos horas largas, el jurado que había discutido acaloradamente, volvió con un veredicto absolutorio, por unanimidad, salvo una disidencia que establecía el homicidio, pero admitía las circunstancias atenuantes.

□□

Y maître Van Wintham cerró su relato diciendo:

— Una vez en libertad los esposos Delandsheere-Van Moerdick volvieron a unirse. Pero la misma pasión de Amelia se había extinguido: fué demasiado lejos. Han acabado de separarse de mutuo acuerdo, y ahora ni se ven. Tal es mi historia. La habré contado mal, pero confiésenme ustedes que el crimen es «un lindo crimen».

ROBERTO J. PAYRÓ




PRODUCTOS
SUPREMA
SUPREMA
La lozanía del rostro, la delicada blancura y la suavidad aterciopelada del cutis, son encantos que toda mujer reune cuando usa diariamente los afamados productos
SUPREMA
POLVO GRASOSO
De gran adherencia y delicioso perfume.
AGUA COLONIA
De exquisito, fino y persistente aroma.
De venta en todas partes
Sociedad General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía. - Bolívar, 1725
BUENOS AIRES
GRATIS remitimos una muestra del
co polvo GRASOSO SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
SUPREMA


Pida el
"Five O'Clock"
(Te Sol · calidad extra)
El mejor desayuno para el verano, es el te con leche a la inglesa.
Haga usted que en su casa se tome, por las mañanas, te con leche a la inglesa, con tostadas y dulce de frutas. Es un desayuno excelente y liviano a la vez.
Te servido a la inglesa:
déjese reposar el te en la tetera de 5 a 7 minutos, para que adquiera rico gusto. Viértase en la taza casi hasta llenarla, y agréguele medio dedo de leche cruda y el azúcar.
OBSEQUIAMOS
con el famoso calendario de bolsillo "TE SOL" 1924.
Pidalo a Walker Hnos. Ltda.; calle Tucumán, 345, Buenos Aires.
TE SOL
(FIVE O'CLOCK)

BUENOS AIRES, 12 DE ENERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1319

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



CENTENARIO DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

SU SOLEMNE CONMEMORACIÓN

MIEMBROS del Poder Ejecutivo, el Intendente Municipal, representantes de nuestros círculos científicos y familias que asistieron a la ceremonia con que se conmemoró el primer Centenario de la importante institución. — El profesor don Martín Doello Jurado, a quien en dicho acto se le confirió el cargo de director, leyó su discurso ante el escogido público y poniendo de manifiesto, en sus documentados párrafos, la meritoria obra cultural que significa para el país la honrosa tradición del Museo.

FOTO DE ARROYO.

LAS TRADICIONALES
EN EL TIGRE CLUB



Damas y caballeros en la escalinata del Club durante la brillante velada.

Familias de Crousse, Facien, Keen y Carrey que concurrieron al festival.

Familias de Leguizamón, Andino Escudero, Lassaga, Vidal y Jiménez.

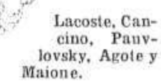
Grupo de distinguidos asistentes en uno de los salones de la institución.

El Intendente Municipal, doctor Noel, ocupando la cabecera de la mesa en compañía de algunas señoras.

Una destacada dama luciendo el airoso y clásico mantón bordado.

FIESTAS DE FIN DE AÑO
EN EL CLUB BELGRANO

Señoritas Rodríguez, Román, Cabrera y Onetto y señores Lacoste, Cancino, Pauvlovsky, Agote y Maione.





Familias de Roca, Costa, Bolaño, Richen, Barrionuevo y Romero.



Señoras de Aybar Augier y Sobrecasas y Srtas. Kracht y Molas Terán.



Un núcleo de señoritas escuchando los números musicales del programa.



En un extremo de los jardines la concurrencia presencia el lucido baile.



Dos conocidas parejas que dieron realce al hermoso festival.

EN EL CLUB SOCIAL DE COLEGIALES

Precioso y animado conjunto que despidió al año viejo y festejó la entrada del nuevo.

EN EL PLAZA HOTEL



Comensales a la hora de los postres escuchando las notas de la orquesta.



Aspecto que presentaba el baile en las horas de su mayor animación.



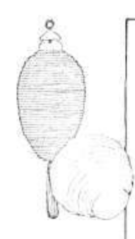
Después de brindar para que el todavía enmascarado año entrante sea pródigo en felicidades.

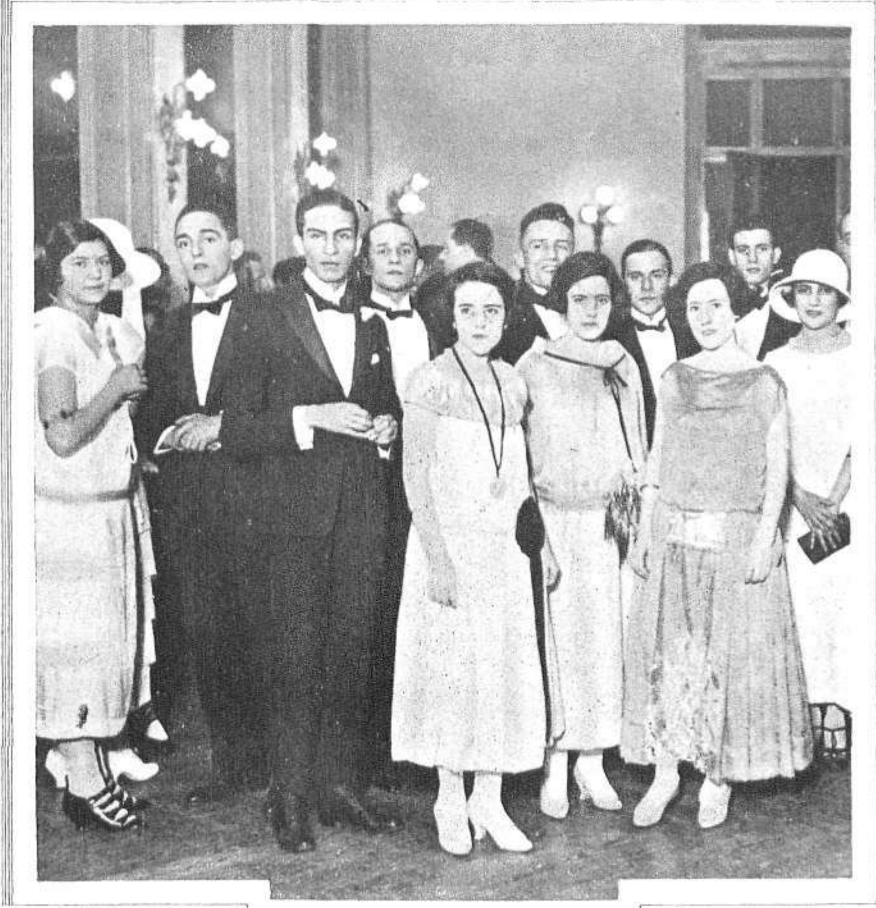


Vista de uno de los grandes salones-comedores donde se celebraron las alegres cenas.



Haciendo optimistas vaticinios acerca de las gratas prosperidades y sorpresas que nos deparará el año 1924.





EN YACHT

EL CLUB

Señoritas y jóvenes que fueron invitados al festival.

En el Buenos Aires Lawn Tennis Club



Con las copas colmadas, haciendo votos para un futuro venturoso.



Alrededor de una mesa, mientras se espera que sea destapado el champaña.



El presidente de la aristocrática entidad y destacadas familias, cenando.



Juveniles y bulliciosos grupos en la terraza del edificio, a las 12 de la noche.



Departiendo amigablemente en tanto el tiempo pasa y el año viejo agoniza.

FOTOS DE ARROYO Y BELL



BUENOS AIRES, 5 DE ENERO DE 1924
AÑO XXVII — CARAS Y CARETAS — N.º 1318
JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

Luz y sombra en el Valle de los Reyes. La última curva del camino que conduce a los turistas a las maravillosas tumbas reales que recientemente fueron descubiertas.

POR CONVENIO ESPECIAL CONCERTADO CON EL GRAN DIARIO LONDINENSE «THE TIMES», CARAS Y CARETAS OFRECERÁ A SUS LECTORES, A PARTIR DE ESTA FECHA Y ADEMÁS DE LOS NUMEROSOS SERVICIOS GRÁFICOS CON QUE CUENTA EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DEL MUNDO, ESTE OTRO DE LA GRAN PUBLICACIÓN BRITÁNICA, QUE TIENE EL CARÁCTER DE EXCLUSIVO PARA AMÉRICA DEL SUR Y DEL QUE DAMOS AHORA LAS PRIMICIAS CON DOS PÁGINAS QUE REPRODUCEN INTERESANTÍSIMOS DETALLES DE LOS NUEVOS TRABAJOS LLEVADOS A CABO EN LUXOR POR MÍSTER CARTER, EL SUCESOR TESTAMENTARIO DEL INFORTUNADO EGIPTÓLOGO LORD CARNARVON, DESCUBRIDOR DE LA FAMOSA TUMBA DEL REY TUTANKHAMON.

Un detallado dibujo representando una batalla en campos asiáticos. Escena bélica en miniatura pintada en uno de los costados de una urna sepulcral en la que aparece el Rey atacando personalmente al enemigo.

El Mamur de Luxor (extrema izquierda), Hakindar Halin, Bey Khalifa, y el Mudir de Keneh (derecha) preparándose a descender a la tumba. En el centro está Mr. Carter, el testamentario de Lord Carnarvon.

De nuevo la Europa científica, ávida de curiosidad, dirige su atención hacia las milenarias y misteriosas tierras en que las dinastías faraónicas dominaron. Las excavaciones posteriores a la muerte de Lord Carnarvon han dado brillantes resultados, y los hallazgos arqueológicos últimos han sido tan ricos en enseñanzas históricas como en el mérito de los objetos descubiertos, algunos de los cuales — urnas preciosas, sarcófagos, pinturas, etc. — son de un valor incalculable.

Mr. Howard Carter jugando con su canario-mascota en su casita a la entrada del Valle de los Reyes. — En su anterior viaje a Egipto, entonces en compañía de su amigo Lord Carnarvon, se le murió otro que también le servía de cota.

Una vista interior del taller de trabajo establecido en la tumba del Rey Seti II. — Mr. Carter vigilando a los obreros indígenas que se hallan preparando pequeñas cajas de cartón para guardar en ellas los objetos preciosos de escaso tamaño

Una de las dos espléndidas estatuas del Rey Tutankhamon en los momentos de ser acarreada fuera de la regia tumba.

Ambas formaban la pareja de guardia a la puerta de la sellada y sorprendente antecámara mortuoria de la muralla Norte.



Señorita Raquel Gallucci con el ingeniero Atilio Monti, en la residencia de la novia.



Señorita Lola Lugastí con el doctor Juan Muzzio, en la residencia de la novia, en Rosario.

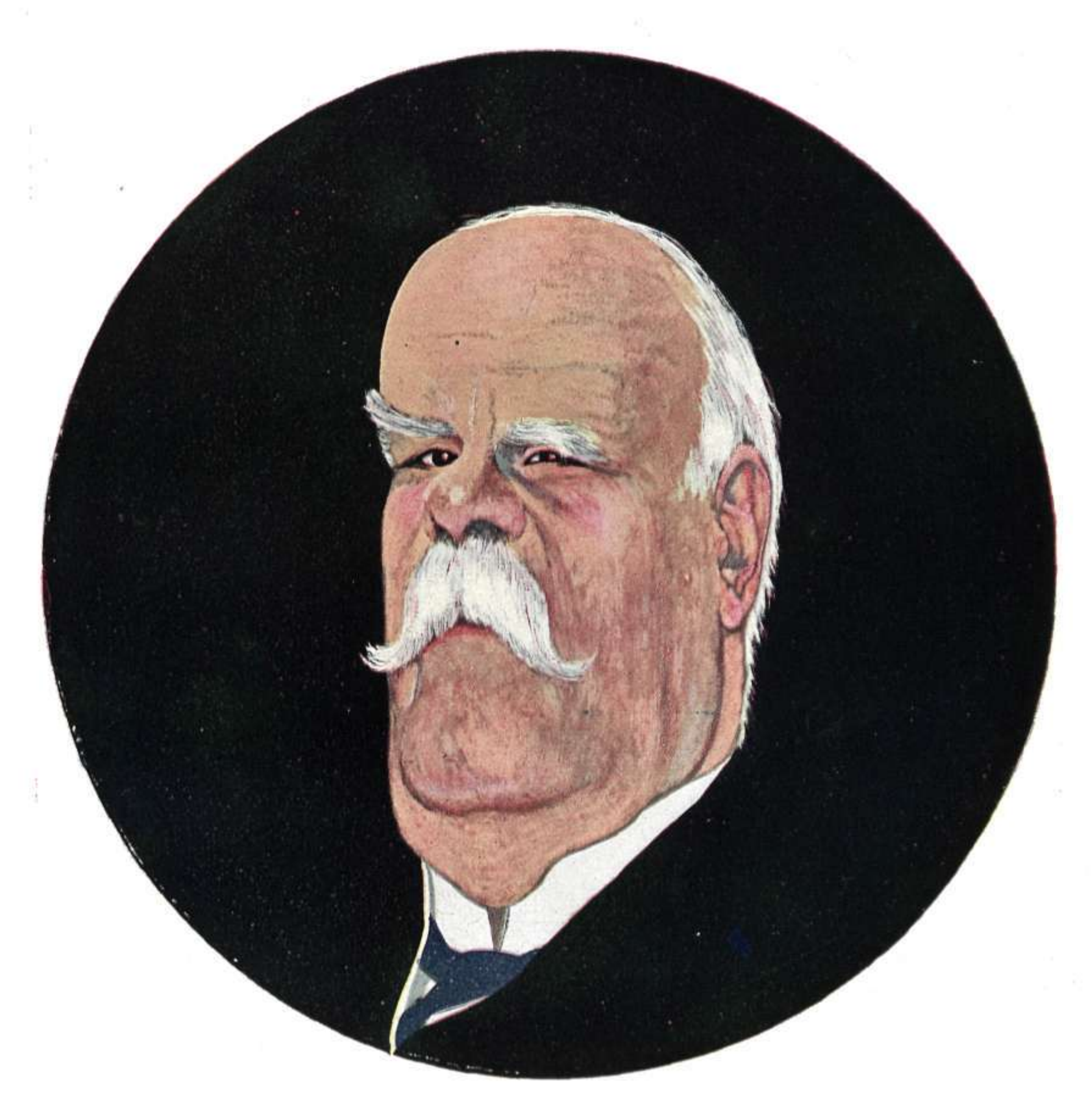
Enlaces



Señorita Margarita Ansaldi con el señor Humberto Mancini, en la residencia de la novia.



Señorita Alicia Ducombs con el señor Alejandro Perrone, en la residencia de la novia.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

ALBERTO I. GACHE

CÓNSUL GENERAL ARGENTINO EN BARCELONA

POR SIRIO

Si grande es la simpatía y el cariño de que goza el «Cónsul Gache», como familiarmente se le llama en Barcelona a nuestro ilustre representante consular, no menos afectuosa es la que la sociedad argentina le dispensa cuando, como en esta ocasión, llega a la patria, para recordarla aun más intensamente, sintiéndose feliz por sus progresos constantes.



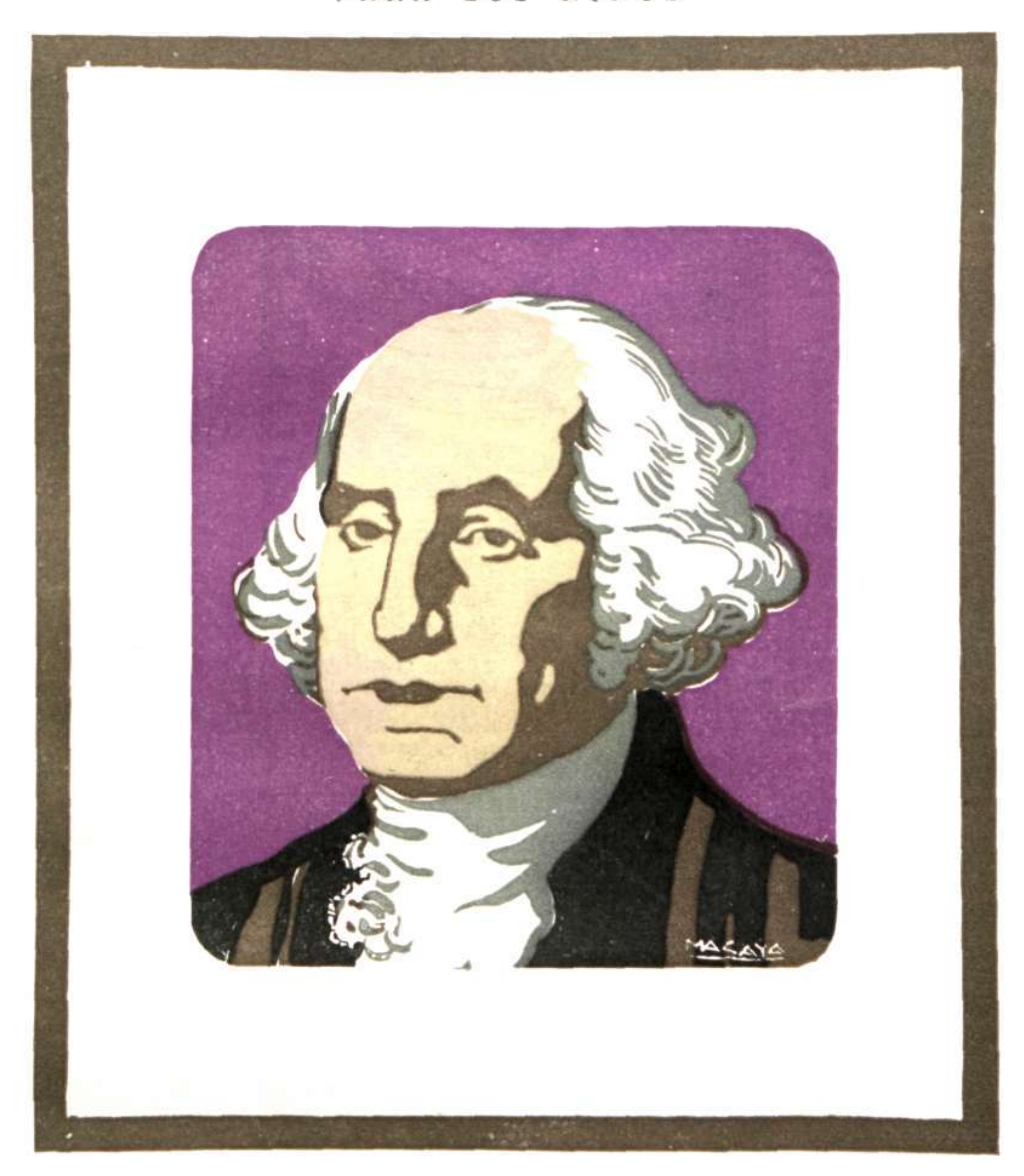
Dos nuevos modelos para el baño en la actual temporada.

Otras dos creaciones tan sencillas como elegantes.

Miss Anny Evera luciendo un rico "manteau" de baño.

Ultimas novedades de la Moda

FOTOS DE NUESTRO CORRESPONSAL EN VIENA.



HOMBRES CÉLEBRES

WASHINGTON

Libertador y primer presidente de Estados Unidos de Norte América: esto es, un San Martín y un Rivadavia.

Nació en Bridges-Creek (Virginia) el 22 de febrero de 1732. Descendía de una aristocrática familia inglesa. Su tatarabuelo emigró, constituyendo la rama norteamericana, la cual tuvo más fe en el trabajo que en los pergaminos nobiliarios.

Huérfano de padre a la edad de once años, Jorge, apenas terminados sus estudios escolares, se dedicó a la agricultura. A los diez y seis, dirigía admirablemente el cultivo y la administración de los terrenos que heredó. Además era un diestrísimo jinete, un sportman consumado y un gran agrimensor. Antes de libertar a su patria supo cultivarla y medirla.

Un rico propietario encargóle que trazara el plano de los grandes terrenos que aquél poseía cerca de las montañas Azules. Wáshington no solamente cumplió el encargo, sino que decidió al dueño

a vivir en aquel remoto territorio para cultivarlo. El dedicóse durante tres años a la agrimensura. Muy pronto conocía al dedillo toda la extensa comarca de Virginia.

En 1751, cuando corrieron rumores de que los franceses la iban a invadir, Jorge fué nombrado jefe de un distrito militar. Realizó una arriesgada expedición de reconocimiento y ganóse el cariño de los indios. Después de varios combates, en 1754 fué vencido por un destacamento francés teniendo que capitular. Entonces dimitió su grado de teniente coronel y se retiró a sus posesiones de Mont Vernon. Al año siguiente acompañaba al general inglés Bradock como ayudante. Por no seguir los consejos que le diera a este jefe, la columna sufrió un desastre en el Monangahela. Como había demostrado grandes condiciones militares se le dió el mando de las milicias virginianas que habían de combatir con los franceses. Durante dos años luchó encarnizadamente logrando proteger el territorio.



En 1758 se casó con Marta Curtis y fué elegido diputado a la Cámara de ciudadanos de Virginia, donde propuso útiles proyectos. Al principio no intervino en las luchas políticas que precedieron a la guerra de la independencia. Cuando los comerciantes norteamericanos acordaron no importar las mercaderías que los ingleses gravaron con impuestos especiales, Wáshington dió su aprobación. La Asamblea de Virginia fué clausurada por haber protestado contra el cierre del puerto de Boston. Wáshington propuso crear y sostener un ejército de 20.000 hombres que fuése en auxilio de Boston. El 5 de septiembre de 1774, al hacer el Congreso General de Filadelfia su célebre Declaración de Derechos, representaba como diputado a Virginia. Esta declaración equivale al 25 de mayo argentino.

Al año siguiente comenzó la lucha contra las tropas inglesas. Los patriotas sitiaron a Boston y ya iban a fracasar por carecer de armas, municiones y dinero cuando el Congreso nombró a Wáshington para dirigir la campaña. Dedicóse a sostener el bloqueo, mientras organizaba y proveía a sus tropas. Esta conducta prudente no agradaba a muchos, por lo cual Wáshington organizó una expedición al Canadá. Calmada así la impaciencia, preparó sus tropas que en marzo de 1776 obligaron a los ingleses a evacuar la plaza.

Declarada la independencia, un ejército inglés de 30.000 hombres desembarcó frente a Nueva York. Wáshington, que solamente tenía 20.000 tuvo que evacuar la ciudad realizando una retirada magnífica.

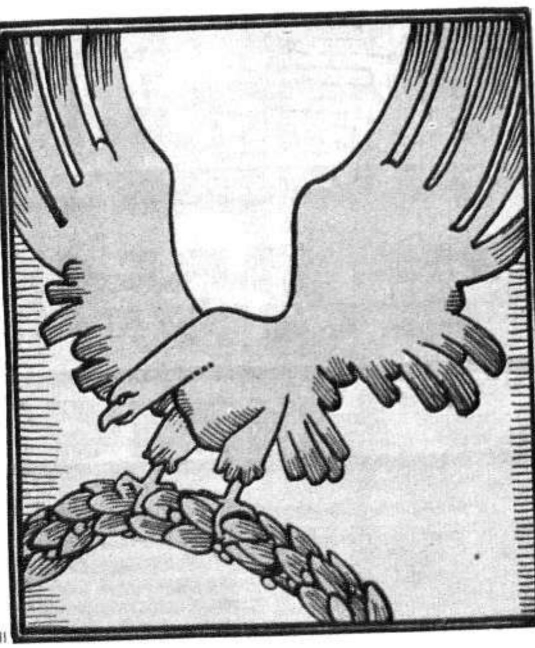
Rechazado hasta más allá del Delaware, aprovecha un descuido de los ingleses, pasa dicho río, y al frente de 5.000 patriotas derrota a los británicos en Trenton y Princeton, haciéndoles muchos prisioneros y reconquistando en diez días casi todo el territorio perdido.

Entre los voluntarios venidos de Europa para ayudar a los norteamericanos estaba el general francés Lafayette que prestó grandes servicios a la generosa causa. El principio de la campaña de 1777 no fué afortunado para la emancipación. Wáshington perdió una batalla, los ingleses ocuparon a Filadelfia; pero después logró que en Saratoga capitulase el ejército de Burgoyne.

En 1778 Francia reconocía la independencia y se aliaba con los Estados Unidos.

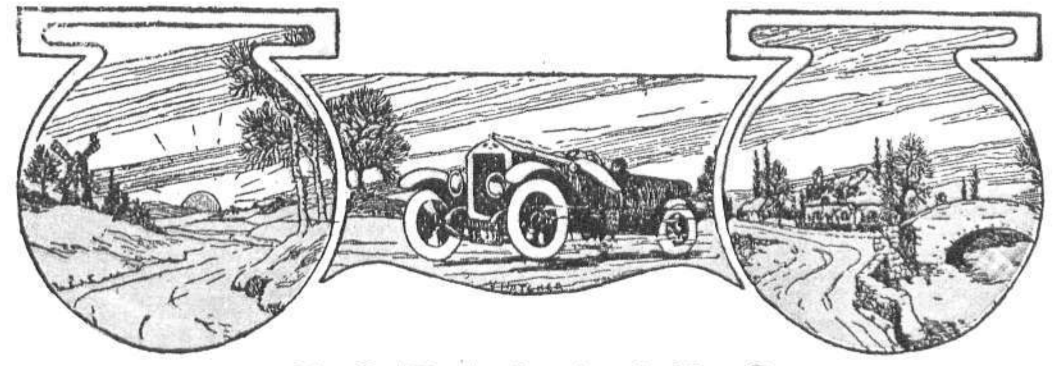
Después de muchas alternativas, el 19 de septiembre de 1781 se rindió el general Cronwallis con 7.000 ingleses, quedando terminada así la guerra. Hechas las negociaciones de paz, en noviembre de 1783, los ingleses evacuaron Nueva York. Un año antes varios oficiales entusiastas quisieron proclamar rey a Wáshington. Este se opuso enérgicamente. Dedicóse a disolver el ejército vencedor y calmar a los exaltados. El 25 de mayo de 1787 fué elegido presidente. Fué un mandatario modelo. Se le reeligió el 4 de marzo de 1793 y no quiso ser presidente por tercera vez.

Murió el 14 de diciembre de 1799.



EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



¡ESTALLIDO!

Este caballero, James Blad, fué uno de los muchos inofensivos hombre de ciencia que había producido nuestro sistema de experimentación. En otro país, o quizás en otra época, esta gente hubiera sido confinada en un área determinada, provistos con los aparatos que les eran indispensables, bajo la absoluta prohibición de ultrapasar los límites fijados de antemano, a no ser acompañados de competentes guardianes.

Actualmente se les encuentra generalmente en todas partes, viviendo encerrados en sus casas, pero llamando a veces la atención de los vecinos, en formas catastróficas, como lo hizo Mr. Nathaniel Vokes, exterminándose él mismo, las casas de la vecindad y todos los granjeros y ganados en cinco millas a la redonda de Bleddingham.

No es que me proponga insinuar que James era peligroso en ese sentido. El había estudiado las posibilidades del sonido, y había realizado experimentos en acústica, pero los altos explosivos de Vokes lo hubieran puesto de ánimo malhumorado. Aunque sus principios eran idénticos, a pesar de sus inofensivas finalidades.

Como se ha dicho, era un acústico agudo. Cuando la New London County Hall se rehusó funcionar como debía, cuando los consejeros gritaban con toda las fuerzas de sus pulmones y notaron que éstos eran poco sonoros para los miembros de la prensa que allí estaban presentes, es cuando algunos pensaron en poner fin a semejante estado de cosas. Y al finalizar la reunión, fué él, James, quien por un ingenioso arreglo de alambres, mesas lustradas y otras combinaciones, transformó el lugar en forma que se podían oir los sordos juramentos del miembro B..., quien sufría constantemente de gota.

Esto prueba que James era un hombre de singular competencia en la ciencia de sus predilecciones, pero él consideraba sus trabajos como mero juego de niños. El tenía un espíritu muy superior a estas nimiedades; aunque quien lo oyera hablar lo tomaría por uno de los tantos maniáticos que andan por el mundo, si iniciábais una conversación con él, pronto os abrumaría con sus conocimientos sobre las ondas de los sonidos, con lo cual se persuadía a él mismo no ya de la posibilidad de lo que decía, sino de su grande probabilidad.

— «El sonido es la más grande fuerza en el mundo» — diría — «prácticamente no sabemos aun nada sobre su poder». Yo conozco un poco al respecto, y conoceré algo más dentro de un tiempo. Os digo que, tarde o temprano, encontraréis que las ondas de los sonidos serán empleadas en lugar de metralla, en vez de bombas; las preferirán a los gases asfixiantes. Las guerras del futuro dependerán de los sonidos; grandes buques serán desmantelados y hundidos, los aeroplanos caerán indefensos desde las alturas y las ciudades serán sacudidas y demolidas como por los terremotos, todo por el perfeccionamiento en el uso de los sonidos, que por ahora sólo sirven para descomponer los tímpanos, para llamar a los perros o asustar a los niños».

Por cierto que esto era pura retórica. Cuando se le urgía a dar algún ejemplo preciso sobre lo que pronosticaba, James convertíase en un hombre extremadamente vago en sus declaraciones. Charlaba absurdamente sobre la fuerza y la desintegración de la materia... pero a pesar de esto, atrincherábase en el campo de las hipótesis sobre las energías del átomo, concluyendo por dejar en el interlocutor la impresión de que James Blad era un loco de «toda la cabeza».

El único que tenía paciencia para escucharlo era Henry Caradew, su vecino, gran aficionado al motorismo, cuando las cotizaciones de la bolsa y los precios del ganado no llamaban su atención.

Es indispensable saber que James vivía en la vecindad de Horley, lo que viene casi a quedar en mitad del camino de Londres a Brighton. Caradew inició sus relaciones con James, con ocasión de un accidente de bicicleta en que éste pudo ser útil a su vecino con sus conocimientos de mecánica. Así mismo él conocía una cantidad de cosas prácticas.

Lo malo que tenía, es que amaba infinitamente más lo teórico.

Iniciado el conocimiento de los dos vecinos, pronto trocóse en fuerte amistad. Todos los días paseaban juntos una o dos horas. Ante cualquier auditorio en que James explicaba sus teorías y experiencias, con un público entre aburrido y hostil, Caradew ocupaba asiento poniendo gran atención a las palabras de James.

— «Pero os digo que sabéis que es verdad lo que os digo — exclamaba al finalizar su perorata — mientras examinaba los elementos probatorios de sus teorías, que casi siempre consistían en una caja llena de fibras de madera.

— ¿Ustedes dicen que esto se debe a que las ondas tienen la misma extensión que las fibras? — volvía a insistir, creyendo adivinar el pensamiento de sus oyentes.

— No creo eso — replicaba Caradew que era el único que participaba en sus exposiciones científicas — sino que las ondas chocan en un principio con los átomos de las fibras de madera, lo que impide que las ondas se expandan fuera de las fibras. La prueba que habéis hecho es suficiente para comprobar vuestras aserciones en teoría, aunque no lo es tanto, debido a las dificultades que existen para dirigir los elementos.

—¡Dios mío! — murmuraba Caradew, hablando a su amigo con afectada admiración, — todo lo que habéis dicho me parece una gran verdad simple,

pero esas ondas ¿producirán el mismo efecto en hierro o acero?

— Aunque fuere en las rocas o en cualquier otra substancia — respondió James. — Si yo pudiera tan solo proveerme de ciertos objetos y elementos de concentración de ondas, podría caer sobre Londres. Y convertirlo en polvo, con un solo grito.

— ¡Por la gracia de Dios, no hagáis eso! — exclamó Caradew realmente alarmado, a quien el poderío de James sobre las ondas de la voz le parecía un poco prematuro aunque no tan irracional.

Caradew sólo entendía un poco sobre motorismo, lo demás que le explicaba James lo dejaba en la niebla. Dentro de esta niebla sólo alcanzaba a entrever espantosas posibilidades.

¡Gran Señor! El se sentía embargado por emociones terribles. El había acertado en alguna parte frágil de la ciencia. Habría que dejarlo solo. Ya existían bastantes horrores en el mundo, sin contar con el que James se proponía poner en práctica. ¡Sólo faltaba suponer que es lo que ocurriría en el mundo si lo que estaba dentro de la caja empezara a funcionar bajo la dirección de James!

— Bien, bien; necesito unos chanchitos de Guinea — decía James — para continuar mis experimentos. Antes de comprobar mis teorías en otras cosas, quiero hacerlo con esos animalitos.

Casi siempre los chanchitos de Guinea son el material favorito de este género de hombres de ciencia.

Se supone que esto es debido a que son pequeños, de poco costo y fácilmente conducibles, o por otras razones que escapan al talento de los profanos. De todas maneras, era hacia los chanchitos de Guinea donde iban los pensamientos de James. Pero se interpuso a ellos Caradew, que era un sentimental.

— No, viejo amigo — gritó lleno de verdadera emoción — eso no es digno de usted. Piense solamente en lo que podría ocurrir, si a alguno de esos muchachos del ejército se le diera por seguir su ejemplo. Son éstos, por lo general, gente simpática, verdaderos deportistas y otras cosas encomiables; pero están siempre a la expectativa de algo que mate a las gentes por más de centenares a la vez. Ellos desearán que desarrolléis vuestras teorías y experiencias hasta el límite de sus posibilidades. Ellos engrosarán vuestros seguidores, y posiblemente formarán un cuerpo especial para ayudaros.

— Sería realmente interesante probarlo en grande escala — repuso James con un tono de voz lleno de sangre fría.

En realidad, nuestro hombre no era un monstruo sediento de sangre, sino un hombre interesado en los principios científicos.

El lado científico es el que seguía arrastrándolo, irremisiblemente.

— De hacerlo, quizás otra nación lo haga también, — empezó a hablar Caradew con gran acento de prevención — y quizás lo hagan más perfecto. La próxima guerra exterminará a toda la civilización.

— De cualquier manera ocurrirá así — repúsole James, con propósito de conformarle. — «Puedo asegurarle que ocurrirá así». Toda la población que no está envenenada, perecerá de hambre, estoy seguro.

— Entonces, dadles ocasión a que perezcan de hambre — rogóle Caradew. — Probablemente hagan otros desperfectos aún más terribles, pero si ellos conocen vuestras investigaciones y descubrimientos, la catástrofe se produciría en el acto.

— Exactamente — asintió James, gravemente. Creo que eso se producirá debido al efecto de las ondas, usadas en enorme volumen y por una gran fuerza productora. En este caso, como usted lo ha observado, yo sólo he usado una imitación de la dulzaina. Ahora bien; con un sistema de poderosas sirenas a vapor... *sí, no creo que quedaran muchos infortunados dentro de la esfera de influencia.* Se desintegrarán completamente. Una verdadera fragmentación total. Usted me entiende.

— No sigáis — imploró Caradew. — No, eso es inhumano.

— ¿Es inhumano? — preguntó James quitándose los anteojos de *armazón de hueso*, que le daba a su rostro el aspecto de Minerva. — Nunca me he detenido a considerar esa faz de la cuestión. Pero quizás estéis en lo cierto. Nosotros, los hombres de ciencia, hemos sido explotados por los elementos militares, como usted me hace notar tan acertadamente. Pero aún así, me apena abandonar mis experimentos precisamente cuando comienzan a dar sus frutos.

— No los abandonéis. Dadles otra aplicación. Eso es todo, — sugirióle Caradew. — ¿No podríais hacerlo en forma que las ondas trabajaran en alguna cosa relacionada con el motorismo, por ejemplo? En vez de pagar fabulosamente por el petróleo, un muchacho sentado con un pito en la boca... ¿eh?

— Hay algo que hacer en lo que usted dice — murmuró James. — Se requeriría un aislador... y... Aquí se abismó en tecnicismos, ante los cuales el bueno de Caradew no era el menos impresionado.

— Yo sé que usted lo hará, si lo intenta — aseveró él. «Pues a ello, hombre». Es mejor eso que deshacer el mundo.

— Sí, sí, bastante cierto — dijo James — y cayó en un mundo de abstracciones.

Caradew marchóse. Estaba acostumbrado a las cosas de James, por eso no se extrañó mayormente cuando éste apenas le respondió al adiós.

¡Santo Dios! Era un hombre capaz de desbaratar todo nuestro planeta, al solo objeto de asegurarse a sí mismo la exactitud de una de sus premisas científicas. Y a pesar de ello, no era capaz de tomar venganza ni contra una rata molesta. Hay gente incomprensible en este mundo.

Pensando en cosas tan incontrovertibles, encaminóse a su casa. James permanecía abismado en sus meditaciones, moviendo fantasmas dentro de su cabeza. Continuó meditando durante muchos días y tomando alimentos solamente cuando el ama de la casa se lo exigía en forma imperativa. Ella era una persona capaz y debía serlo. A veces era bastante estólida y cordial, pero no podía ser de otra manera.

Si ella hubiera sido nerviosa, nuestro James la hubiera vuelto loca.

Como en realidad era, ella lo tenía por un cortés y amable lunático, a quien había que alegrar, convencer y obligar igual que a un niño.

Su estado de abstracción duróle a James cinco días, después de los cuales empezó a manifestarse en forma activa. Se oían ruidos extraños desde la habitación que le servía de taller-laboratorio, que había edificado en el jardín, una especie de cacofonía producida por una corneta descompuesta o cosa parecida, y de vez en cuando los sonidos de una flauta, martillazos, el uso de un taladro, el de la sierra circular, y constantemente el ruido de un motor que funcionaba a dínamo.

— El está fuera de nuevo, pobre querido mío — se dijo a sí misma la señora Jonas mientras miraba si el pollo para la cena de su amado estaba suficientemente sazonado con tocino y otros condimentos de suculencia nacional.

James *estaba fuera*. Para un hombre de su físico, su trabajo parecía el de un diablo, supliendo con los nervios la cantidad de energía que suele gastarse con los músculos. Siempre que se encontraba en ese estado solía cantar a ratos, aunque era difícil saber lo que cantaba, pero Caradew llamaba a todas sus canciones «cantos y baladas de tempestad».

Por espacio de veintisiete días sus alegres cantos cesaron cuando dijo una mañana a la señora Jonas:

— Necesito alguna cosa con ruedas.

— Ahí está mi bicicleta — respondióle la señora en tono dudoso; — pero es una buena bicicleta, y no es seguro que sobrevivirá a los «delicados» tratamientos y experiencias a que ha de someterla su señor.

— No me sirve. Necesito algo con cuatro ruedas — lamentóse James.

— ¿Le serviría un coche-cuna? — preguntó la señora Jonas, señora de cinco ramas de oliva,— Usted puede obtener uno de esos cochecitos en el pueblo.

— Bueno, entonces vaya y consígame uno — díjole casi con voz de mando James. — Uno suficientemente grande, como para que yo quepa en él.

Estaba bien que fuera la señora Jonas a buscarlo. Nadie más indicado para ello. Una persona menos instruída en el asunto iría seguramente a llamar en la primera puerta donde hubiera un médico, pidiendo un certificado de demencia, pero ella limitóse a sonreír vagamente y mover la cabeza.

— En seguida voy — le contestó; — y rápidamente recorrió el pueblo.

En menos de una hora estaba de regreso, conduciendo un cochecito de los fabricados especialmente para llevar a las parejas de mellizos pesados.

James la esperaba. Sin una palabra de explicación tomó el objeto y lo condujo a su taller.

— ¿Ahora qué ocurrirá en el mundo? — preguntó la señora Jonas al cielo, que ese día era bien azul. El cielo mantúvose reservado ante semejante pregunta, pero del taller se oían sonoros martillazos. «Es de confiar que lo convertirá en pedazos para inventar un nuevo género de reloj», presumió la señora Jonas, llena de esperanza, y volvió a sus quehaceres.

Durante el resto del día, y ya entrada la noche, James continuó su misteriosa labor. Hasta las ocho de la noche, la insistente señora Jonas no pudo hacerle comprender que estaba hambriento, no sin antes haberle golpeado varias veces la puerta del «taller» donde se había encerrado. James se comió un pollo y regresó a su tarea.

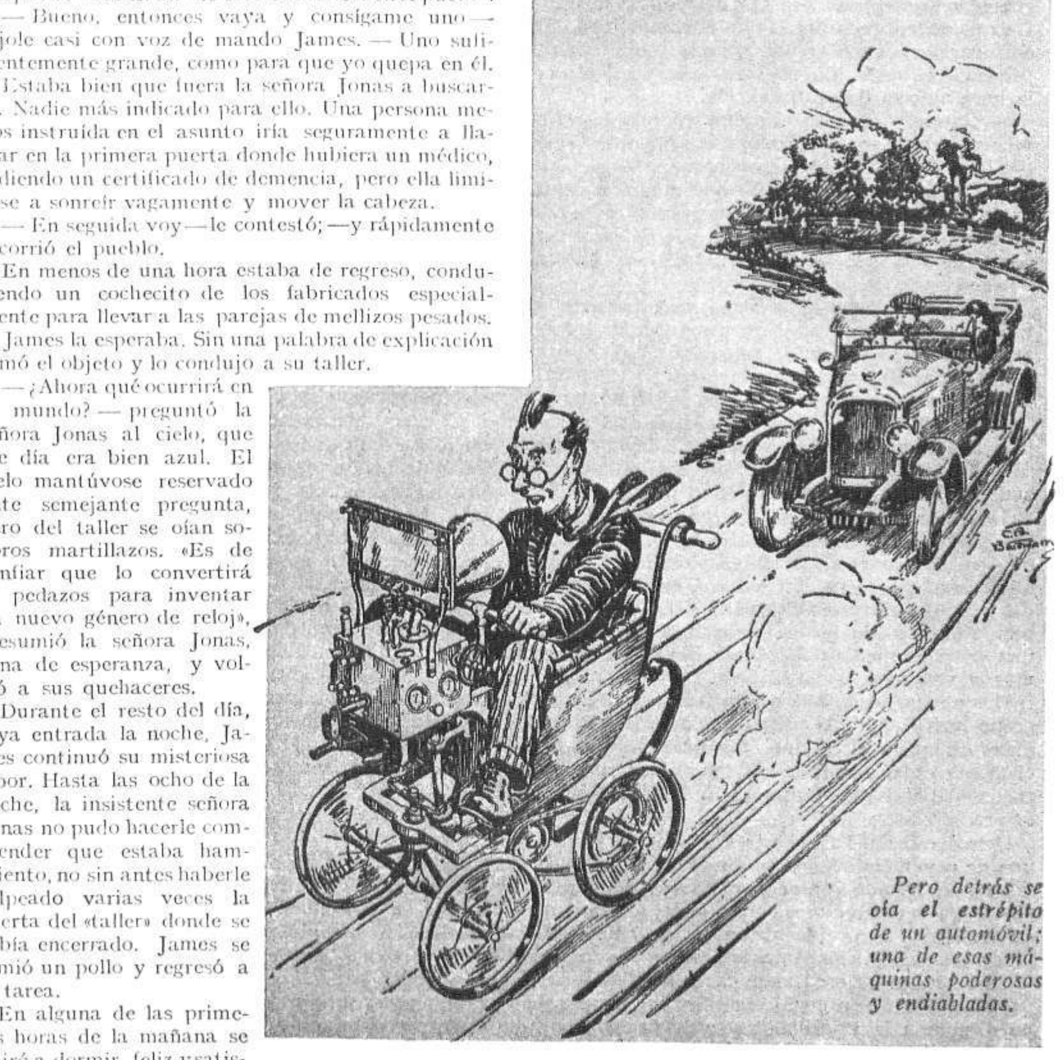
En alguna de las primeras horas de la mañana se retiró a dormir, feliz y satisfecho de haber finalizado su trabajo, o, por lo menos, de haber realizado el modelo de su imaginación.

Durmió un poco tarde. Se sentía bien a las diez de la mañana, hora en que abrió nuevamente la puerta de su taller. Un minuto después rodaba sentado en la última invención, pasando rápidamente por el portón principal y produciendo al mismo tiempo una tormenta de sonidos.

La parte bella de su invención no existía, simplemente. Las manijas originales no habían perdido nada de su gracia, pero las cosas que había hecho James no habían contribuído a la mayor estética del coche cuna. Habíale quitado ciertas cosas de la parte delantera, arregló las ruedas de esa parte para que pudieran correr sin dirección fija ninguna y que le permitía manejarlo a su antojo, apretando un pedal con un pie; quitó la capota que servía a los pequeñuelos para protegerlos de las brusquedades atmosféricas, y obedeciendo a una obscura idea sobre el carácter revolucionario que debería tener su invento, lo pintó con esmalte color escarlata

Al frente colocó una caja de complicadas combinaciones, toda de metal, añadido a lo cual agrególe ciertas piezas pequeñas, cuya descripción escapa a nuestra suficiencia técnica. De la caja metálica sobresalía una bocina.

James fabricó esta monstruosidad con el amor



Pero detrás se oía el estrépito de un automóvil; una de esas máquinas poderosas y endiabladas.

y la dedicación de un padre. Se había sentado en la parte trasera del pequeño carruaje, en forma nada cómoda para él y nada segura para el cochecito. Pero éste era de buenos materiales y James era de peso pluma. La señora Jonas apareció en la puerta y contempló la escena con notoria aprensión.

— ¿Qué váis a hacer, señor? — inquirióle temblando y haciendo un esfuerzo para hacerse oir en medio de la estupefacción que la embargaba.

— Solamente intento probar este pequeño aparato, señora Jonas — repuso James. — Quisiera invitaros a dar un paseo en él, pero temo...

Mientras hablaba rompióse una de las manijas del vehículo y comenzó a sonar en forma que parecía que iba a quedar hecho escombros de un momento a otro.

El motor no daba señales de funcionamiento; sólo se movía el carruaje, aunque, según todas las apariencias, debido a sus propias voliciones. Y ol-

vidando a su ama de casa, James estalló en una gritería infernal.

Algunas veces habréis notado, con interés sin duda, y hasta con sorpresa, que hombres de tamaño pequeño tienen voces mayores que las que proporcionadamente les corresponderían por su estatura. Esto es lo que ocurría con James. Un toro de Bashan, quizás, podría comparársele.

Y, maravilla de maravillas, el carruaje se movía. A una excelente cantidad de nudos por hora marchaba velozmente el aparato de nuestro inventor. Un automóvil que apareció en el camino tuvo que esquivarlo para evitar una colisión. Caradew, que presenció el hecho, dió un brinco de su asiento con la boca abierta de estupefacción.

— ¡James! — musitó Caradew cuando la maravilla pasó ante sus ojos como una ráfaga de viento. — ¡James! ¿Qué volcán llevas ahí?

— «Nadie puede estar allí» — comenzó a cantar James, la segunda parte de sus «cantos y baladas de tempestad». — «Es una cosa que debes sugerir cómo debe hacerse» — etc. etc., todo esto en tono de fuerza motriz.

Luego hizo sonar la bocina incesantemente en forma suficiente para abatir con sus sonidos al árbol más corpulento y jamás presenciada bajo el sol o la luna. Caradew restregóse los ojos.

—«El pequeño diablo», calificólo hablando para sí. Tocaba la bocina en forma única. ¡Bendito vehículo! ¡Oh, Señor, mejor sería seguirlo! El llegará a apesadumbrarse de su hazaña. No podrá el cochecito aguantar su peso por mucho tiempo. ¡Asno bendito!

James corría en su aparato a una velocidad cada vez mayor. El camino era excelente, y él sentía que su asiento producía fuertes crujidos, lo que, añadido a sus gritos, parecía aumentar la rapidez del vehículo. El terminó de cantar sus «baladas de tempestad», y sin hacer pausa la emprendió con una «vida en medio del océano», para acelerar aun más la velocidad de su invento.

Dos niñeras, cada una conduciendo su respectivo coche-cuna, dejáronlo pasar, con la faz aterrada, antes de cruzar el camino. Un mensajero en bicicleta, que cruzó a su lado, casi se cae bajo las cuatro ruedas del coche de James, tal fué el asombro que le produjo.

Pero detrás de él oía el estrépito de un automóvil, una de esas máquinas poderosas y endiabladas que salvan en seguida cualquier distancia que puedan alcanzar sus conductores con la vista, aun a riesgo de homicidio. Los ruidos de su bocina y de su trepidación apagaban los cantares estridentes de James.

Cesó de cantar, intentando dar paso al monstruo, pero, a pesar de su genio científico, el coche-cuna no disminuía la velocidad ni se detenía como esperaba. Esto no servía, claramente, para pacificar su espíritu.

«El carro del diablo» ya estaba casi encima de él, produciendo un ruido indescriptible para que James se notificara de ello. Sin duda el conductor del temible auto se sentía en inminencia de lanzar por los aires al huésped de la señora Jonas, sin responder completamente de lo que pudiere ocurrirle después de volver a tierra, pero no por ello creía del caso acortar su velocidad, ni quedarse atrás.

Pero no lo hacía por momentos. En cierto modo, que sólo James podía explicarse, las maniobras que hacía el carruaje que le seguía, parecía..le las más apropiadas para embestirle. Su velocidad aumentaba y mareaba. Corría en forma que sólo podría alegrar el corazón de su fabricante. A James, sin aliento que perder, sólo le quedaba el recurso de quedarse donde estaba.

La salvaje carrera duró unos cincuenta segundos, durante los cuales ambos conductores entrevieron a un «policeman» con motocicleta, pero dada la velocidad que llevaban no pudieron cerciorarse acabadamente de lo que veían. El exclamó algo rajante y viró con su máquina hacia un lado del camino, con el afán de salvar su vida. Instantes después pasó haciendo su estrépito inevitable el automóvil. La velocidad que llevaba James disminuyó en el acto. Miró hacia atrás con propósitos de dar vuelta y regresar a su casa. Por primera vez en su vida se le ocurrió que éste era un objetivo digno de realizarse.

Pero cuando miró hacia atrás, vió al policía en una poderosa motocicleta, que trataba de alcanzarle. Este también producía con su aparato un ruido nada apagado, y cuando la motocicleta estuvo cerca del coche-cuna, el guardián del orden lo intimidó con un grito:

— ¡Pare! ¿Dónde está el número de su chapa?

— ¿Eh? — repuso preguntando James, quien no estaba muy informado sobre reglas de tráfico. — ¿Qué es esto?

— ¡Pare!— repitió el «policeman» enronqueciendo.

— No puedo — repúsole James. — Usted hace mucho ruido. Pare usted y podré parar yo también. Me olvidé de colocar un paño en el diafragma coordinador.

Mientras el bravo representante de la autoridad estaba a punto de palpar el invento, James consiguió dar la vuelta, y salió disparando para su casa.

El no se daba cuenta claramente de que había incurrido en un delito, pero en su rostro sonrojado había la huella propia de quien acaba de cometer una inconveniencia. Se atrevió a mirar a quien dejaba atrás, y pudo ver que su perseguidor había caído en una alcantarilla, pero ya se levantaba, y sería cuestión de un minuto, para que nuevamente lo tuviere cerca.

El miedo se apoderó de nuestro pequeño grande hombre, no el miedo a un posible dolor o a una pena, sino a la inevitable publicidad de las cortes policiales. Sentía horror por cualquier cosa en que participaba la multitud de algún modo. ¡Oh, noble aparato! Era el mejor momento para las medidas más enérgicas... lo que equivale a decir para el más sonoro de sus cantos.

«¡Hola! ¡Hola! ¿Dónde está su señora amiga?», inició James su griterío con lo más estentóreo de sus pulmones.

No sabía más de este canto, pero su repetición le servía lo mismo. El coche-cuna adquiría nuevamente su velocidad. Estalló nuevamente en sus alaridos. Al dar vuelta el camino, James aventuró otra mirada sobre sus hombros. El policía estaba, al parecer, bailando un «cake-walk» en mitad del camino; por lo menos, no le perseguía ya más. Dió vuelta sobre la curva y allí estaba Caradew en su gran carruaje.

— ¡No puedo parar! ¡Deseo volver! ¡El policía me persigue! — gritó, mientras pasaba con rapidez. — ¡Seguidme! «¡Hola! ¡Hola! ¿Dónde está su señora amiga?»

— ¿Yo estoy loco, o lo está él? — se preguntó Caradew — y se puso a seguirle en la dirección que llevaba.

El camino estaba libre y James marchaba a toda velocidad. Detrás venía Caradew, dudando si un chaleco de fuerza no sería un final digno de lo que estaba viendo.

Adelantándose en su carrera divisó a alguien vestido de azul, quien estaba conversando, recostado contra una verja, con otra persona.

Si James hubiera sido una persona con sentido práctico, hubiera comprendido la conveniencia de no caer en la animadversión de otro «policeman», aunque éste no usaba motocicleta. Gritó inconscientemente al pasar a su lado, mientras el uniformado conversaba con una dama:

—«¡Hola! ¡Hola! ¿Dónde está su señora amiga?» —y siguió corriendo con una velocidad acrecida por sus gritos y repitiendo la misma exclamación y pregunta durante rato.

La cara de Roberto, el policía, se congestionó de sangre. Palabras malintencionadas acababa de oir, que le llenaban al fondo de su alma, y sus labios contenían una cantidad de frases que le fluían de la boca, nada académicas por cierto. Como el leopardo se lanza detrás del antílope, así corrió Roberto detrás del coche-cuna, con la velocidad de un bólido.

James empezó a gritar un poco más fuerte. Era el traje azul que había visto correr en su persecución, y, como él sabía, los colores de ese uniforme significaban toda suerte de dolores, penas y una publicidad insospechada.

Ahora ya estaba cerca de la puerta de su casa. Ni un pensamiento le pasó por su mente a fin de evitarse su captura por la autoridad. Se sentía algo así como un ave cazada cuyo deseo es dar con el suelo cuanto antes. Por un pequeño milagro pudo salvarse de ser llevado por delante por el auto de uno de los vecinos, que paseaba plácidamente, mientras Caradew le seguía con toda la velocidad de su automóvil.

—«¡Hola! ¡Hola! ¿Dónde está su señora amiga?» —vociferaba James, y por primera vez sus locas exclamaciones tuvieron un efecto cuerdo. El cochecuna disminuyó su velocidad y paróse finalmente cerca de la cocina de su casa.

La puerta de ésta abrióse repentinamente cuando entró el policía corriendo.

—Sólo vengo a importunarle... —comenzó a decir, mientras apareció la señora Jonas.

Creo que habréis descubierto que la señora Jonas era una mujer extraordinariamente capaz. Pareció darse cuenta de lo que ocurría con una sola mirada. Sonrió con una sonrisa nada prometedora para el policía, que parecía totalmente apabullado.

—¡Oh! ¿Está buscando un pretexto para un ascenso, señor John Higgins? —preguntóle ella con esa agria amabilidad que sólo saben usar las mujeres. —¿Qué estáis haciendo por aquí?

—Es que este motor no tiene ningún número ni licencia en la parte visible que dispone la ley... y yo deseaba verla...

John Higgins comenzó a disminuír el registro de su voz, perdiendo el aliento antes de terminar de hablar.

—¡Oh! ¿Este es un motor? —gritó la señora Jonas con un acento de fina burla. —¿Un motor de coche-cuna? ¿Eh? Supongo que ahora os habéis convertido en inspector de esos carruajes de bebé. ¿Y es usted el que se ha comprometido con miss Mary?

—Estaba hablando cerca de ella, en la verja de «Los mirtos», cuando este caballero pasó a toda velocidad, preguntándome dónde estaba mi señora amiga, y...

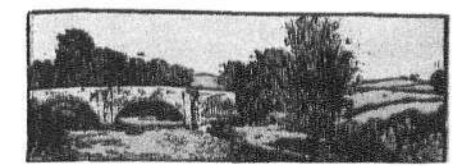
Y nuevamente a nuestro policía le faltó aliento para continuar.

—¿Y quién tiene más derecho a ello? ¿Quien estaba albergado en su casa o el necio que venía a importunarla debido a que un caballero le había dado una broma inofensiva?

—Pero yo tengo que cumplir con mi deber —habló Higgins.—El aparato tenía todo el aspecto de un coche-cuna, pero llevaba motor y no tenía número, y...

Una vez más el pobre hombre quedó cortado.

C O U T T S
B R I S B A U E



Caradew creyó llegado el momento de darle una manita.

—¡Un motor! —exclamó. —¡Pero echadle una mirada! ¿Habéis visto jamás un automóvil sin radiador ni carburador? ¡Mirad las ruedas! ¡No parecen tales!

Después de esto, James pareció salir de su letargo de pavor. La señora Jonas apartóse algo, murmurando sobre la familia que le tocaba en suerte.

Caradew también apartóse un poco para examinar mejor el vehículo, que había sido llevado hasta la puerta del taller. Higgins habíase ablandado bastante, y guardóse la libreta de apuntes.

—Usted no debe realizar travesuras como ésta, señor, —murmuró en tono de reproche. —Puede encontrarse con alguien que no le comprenda. Pero viendo que se trata de una broma, no me queda ningún resentimiento contra usted. Muchas gracias, señor.

Mientras el policía se marchaba a la cocina, en busca de alguna mano amiga, James entró resueltamente en su taller. Abrió la puerta y empujó su invento dentro. Caradew siguióle transpirando. ¡Lo habéis hecho vos, viejo amigo! ¡Todas las congratulaciones!

James no respondía. Había enmudecido fieramente. La salvaje y ex-hilarante carrera habíale extenuado.

Al fin su demostración había sido definitiva. Había realizado su esfuerzo.

Por fin pudo mascullar unas palabras:

—Lo he demostrado.

—*Lo habéis, lo habéis* hecho, viejo amigo —le dijo Caradew, pasándole su mano enorme por sus espaldas. —¡Es un milagro santo!

Todavía James no lo oía. Con una mirada de alucinado en sus ojos alzó las manos hacia un estante, y bajó un instrumento de bronce, casi tan grande como él mismo, algo que músicos ocasionales solían utilizar en ciertas fechas, en la plaza pública, cuando les tocaba ejecutar la marcha «1812».

En una distracción acercó sus labios a la boca del instrumento, y comenzó a soplar... y estalló un verdadero huracán.

Caradew nunca estuvo menos seguro de lo que habíale ocurrido. Sólo sabía que había estallado una furia de sonido, que lo arrojó al medio del jardín. El era un hombre fuerte y pudo levantarse en el acto, completamente molido, con los oídos campanilleando y su boca pronunciando maldiciones. Pero lo que vió hízole enmudecer. El aparato estaba completamente deshecho, y James Blad, su infortunado inventor, que tanto había hecho por el manejo de los elementos, que tan mal entendía, estaba hecho fragmentos. Caradew dirigió una mirada a su amigo. Otra era innecesaria, por completo. El terrible estampido había consumado su obra. Sencillamente, habíale separado la cabeza del resto del cuerpo a James.

—¡Buen Dios! —gritaba Caradew. —¡Buen Dios! ¡Pobre viejo poroto! —Estuvo parado un rato, hasta que fluyeron las lágrimas de sus ojos. Como se sabe, él era un hombre de sentimientos. «Pero probablemente lo ocurrido era lo mejor que pudo ocurrir, después de todo.» «El no se hubiera contenido hasta hacer volar toda la corteza terrestre», decíase para sí Caradew.

—¡Buen Dios! —seguía clamando entre lágrimas.

Pero luego el vendedor de coronas fúnebres habló muy sentidamente de la pérdida que acababa de sufrir el mundo.



LOS NIÑOS DEL DÍA

Escenas demasiado modernas.

PERSONAJES

MARICHU, siete años. BOBY, hermano de la anterior, un año. JULITO, ocho años. UNA MISS, edad dudosa.

(*En un rincón de la* nursery *la institutriz duerme el sueño del aburrimiento con un libro de Gloria de la Prada entre las manos. Los lentes, cansados de cabalgar sobre la borbónica nariz de la inglesa, han caído al suelo sin estrépito.*

Boby, hermano de Marichu, runrunea cautivo en una silla misteriosa, encubridora de cosas horribles. Boby, que solía profanar la inmaculada nitidez de la alfombra, ha sido sometido al yugo de una silla perversa, desde donde parece escuchar la conversación de su hermana y del vecinito que suele venir a jugar con ambos.)

MARICHU. — Mira, Julio, cómo duerme la *miss*.

JULITO. — ¡Hum! Se hace la dormida para espiarnos.

MARICHU. — Tú siempre tan desconfiado.

JULITO. — No es desconfianza. Te digo que esa *gachí* «es de cuidado». ¿No se lo has oído decir a la doncella? Todo se puede esperar de una mujer que cuando habla con el novio cierra los ojos.

MARICHU. — ¡Ah! ¿Pero tiene novio?

JULITO. — Naturalmente. ¿Tú comprendes alguna *miss* sin novio?

MARICHU. — ¡Nunca la he visto con un hombre!

JULITO. — ¡Qué poca experiencia tenéis las mujeres! ¡A mí me lo ha dicho nuestro criado Nicolás!

MARICHU. — (*Suspirando.*) ¡Ay, qué agradable debe de ser tener novio!

(*Boby impaciente, trata de emanciparse de la tutela de la silla mágica que oculta sus maldades. Marichu, sumisamente, libra a su hermanito de la opresión de la silla diabólica y después de besarle se sienta con él en un rincón para dormirlo con tiernos arrullos.*)

MARICHU. — ¡Qué agradable debe de ser tener un niño!

JULITO. — ¡Más agradable debe de ser tener siete, como tu mamá!...

MARICHU. — No lo creas. Mamá no cesa de rabiar con tanto chiquillo.

JULITO. — Pues, chica, no le disgustarán tanto cuando ha encargado otro a París.

MARICHU. — No sé nada. Esas son cosas de papá. Además de que con esto de los submarinos es muy posible que ya no lo traigan.

JULITO. — Por cierto que a tu mamá le harán rebaja en la fábrica. ¡Cada año un nene!

MARICHU. — ¡Anda! ¿No gastas tú un traje todos los años?

(*Pausa prudencial.*)

MARICHU. — Estoy temiendo que se despierte la *miss*, porque nos tiene prohibido coger al pequeño. Y como se lo diga a papá, me dará unos azotes. ¡Luego no podría sentarme a gusto en ocho días!

JULITO. — Pero, ¿tu papá os pega?

MARICHU. — Sí; pero nada más que cuando somos malos.

JULITO. ¡Qué ordinario! ¡Bien que pegase a tu mamá como hace el mío; pero a vosotros!

MARICHU. — Sí, sí... ¡Pensarás que se puede pegar a mamá tan fácilmente! Si papá lo intentase, sería ella capaz de comérselo vivo.

JULITO. — ¡Qué genio!

MARICHU. — Como que con ella no tenemos miedo a los ladrones. En cambio, mi tía Guadalupe es una asustadiza. Debe de temerlo todo de la gente, porque lleva el corsé forrado de algodones como coraza.

JULITO. — No te fíes. A lo mejor es para que le abulten las caderas.

(*Otra pausa discrecional.*)

JULITO. — (*En voz muy baja.*) Oye: ¿has pensado eso?

MARICHU. — (*Bajando los ojos.*) Sí. Bueno. Seré tu novia. ¡Si vienes con buen fin... y eres hombre formal!

JULITO. — (¡Ya lo sabía yo! Todas las gachís son iguales.) Gracias, morucha.

MARICHU. — ¡Morucha! ¿Qué quiere decir eso?

JULITO. — No sé. Quizá algo muy bueno, porque ayer se lo decía Nicolás muy entusiasmado a tu cocinera.

MARICHU. — Oye, Julio. Cuando nos casemos, ¿tendremos siete niños como mi mamá?

JULITO. — ¿Siete nada más? Me parecen muy pocos.

(*El idilio es interrumpido por la* miss, *que se despierta y recoge al pequeñuelo de brazos de Marichu.*)

LA MISS. — ¿Qué hacéis aquí con Boby? ¡siempre lo dejaréis caer al suelo! ¡Vamos! ¡Pues no se ha dormido!

(*Marichu, libre de su hermano, se acerca a la ventana con Julio. Sale la* miss *para acostar a Boby, y la pareja queda sola.*)

JULITO. — (*Pasándose la mano por la frente.*) Digan lo que digan los termómetros, ¡que hermoso es el amor!...

ALVARO RETANA

Página Infantil

Isidoro Jesús y Marco Alberto Peña y Gil



Julia Esther Sammarelli



Dorita Filós Royo



"LA SANTERA"
ÓLEO DE
ORTIZ ECHAGÜE





Los tres primeros pibes que "estrenaron" la fresca y saludable lluvia del baño popular instalado al aire libre, en la plaza Matheu, por la Universidad de la Boca y a iniciativa del ministro de Agricultura.— El doctor Le Breton, rodeado de tropa menuda, se dirige a presenciar la gritería que sin duda han de armar al bañarse aquellos pequeños y por consiguiente traviesos vecinos.



Este compacto núcleo infantil ha logrado, no sin esfuerzo, reprimir las bulliciosas vehemencias de su temperamento y posar ante la cámara fotográfica como si fueran personas mayores, claro está que después de recibir un lindo juguete de los miembros de la Junta de Gobierno del Hogar Gallego, donde se celebró una animada kermese pro edificio propio y fondo de beneficencia.





También hubo para los niños inmigrantes, merced a una humanísima y plausible disposición del ministerio de Agricultura, abundantes juguetes y pan dulce juntamente con frases de cariñosa protección. He aquí niños y grandes que no por hallarse lejos de la patria han olvidado sus sonrisas de Año Nuevo, gracias a las delicadas atenciones que recibieron de todo el personal del Hotel de Inmigrantes.

FOTOS DE VARGAS

Conmemoración del Centenario del general Emilio Mitre

E. general F. Medina leyendo su brillante discurso ante la tumba del insigne militar, homenaje que revistió caracteres de un verdadero tributo nacional.

El presidente de la República, los ministros del Interior y de Guerra, el general Martínez y otras personalidades entrando a la Recoleta

Inauguración de una nueva rotativa de la Editorial Atlántida



El director de la próspera empresa periodística, don Constancio C. Vigil, a cuyo talento y actividad se deben los adelantos de la misma.



Personal de la casa e invitados que asistieron, en los amplios talleres de nuestro colega, al acto inaugural de una nueva y moderna máquina rotativa, construida especialmente para las revistas "Atlántida", "El Gráfico", "Para Ti" y "Billiken", que con tanta aceptación popular se editan en dicha progresiva Editorial.

En honor de la Dra. Sara Justo



Grupo de damas que le testimoniaron su adhesión con motivo de su reciente doctorado, obsequiándola con una comida. Le ofreció la afectuosa demostración el doctor Eliseo Cantón.

Demostración al Dr. Américo Castro



Comensales al banquete dado por la Facultad de Humanidades de La Plata al notable filólogo, que partió para Nueva York, desde donde enviará artículos para "Caras y Caretas".

Acto inaugural de la Mansión Popular

Vista parcial de un grupo de casas edificadas por la Unión Popular Católica Argentina con fondos de la Gran Colecta Nacional, situadas en las calles Gavilán, Yerbal y Caracas.

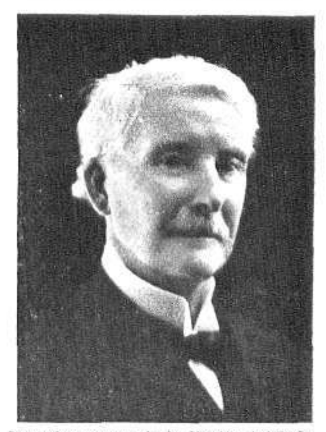
Monseñor Bernabé Piedrabuena, obispo de Tucumán, en la ceremonia de la bendición a la que concurrieron distinguidas familias, actuando de padrinos el doctor Alvear y su esposa.

Homenaje a Fray Cayetano José Rodríguez



El presidente de la Liga Patriótica, doctor Carlés, pronunciando un discurso alusivo ante numeroso público desde el atrio de la iglesia de San Francisco en cuyo claustro se colocó una placa conmemorativa del centenario del preclaro franciscano.

Sr. Alberto A. Hansen



Contador mayor de la Nación jubilado después de 45 años de ininterrumpidos y valiosos servicios.

En memoria del canónigo Guillermo Etchevertz



Conocidas familias y sacerdotes que asistieron a la inauguración del monumento que perpetuará la memoria del educador y apóstol y que fué colocado en el vestíbulo del Colegio que lleva su nombre.



Público que se congregó en el instituto para presenciar el acto.

FOTOS DE BELL Y VARGAS

Francia



El Presidente del Consejo de Ministros, M. Poincaré, pronunciando uno de sus más recientes y resonantes discursos políticos.



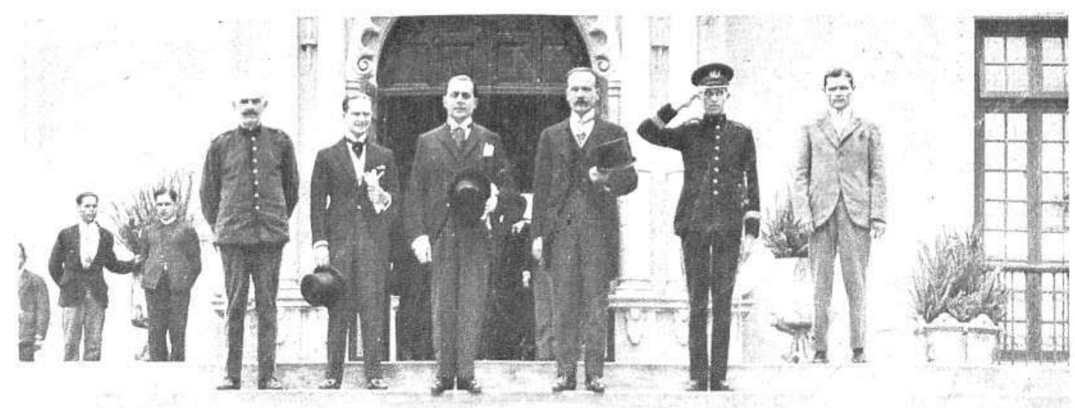
Miembros pertenecientes a la Liga de las Naciones celebrando una sesión plenaria en el Hotel de Ville, donde se discutieron los últimos acontecimientos internacionales y se tomaron diversos acuerdos.

Ilustres personalidades que en el Hotel Ritz dieron una fiesta en honor del gran filántropo norteamericano Mr. William Nelson Crómwell.



Un simpático grupo de lindas y traviesas "catalinas" parisienses celebrando, con el regocijante y tradicional entusiasmo, la festividad de Santa Catalina, patrona de las solteras con esperanzas.

Costa Rica



El señor Atilio Daniel Barilari, nuestro representante en Costa Rica, acompañado del Introductor de Embajadores y del Secretario de la Legación Argentina, llegando a la Casa Amarilla para presentar sus credenciales al Presidente de aquella república hermana.

España



MADRID. — El somatén de Madrid, por grupos, desfila ante los monarcas, aclamándolos a su paso mientras el público los aplaude como a "guerrillas civiles" defensoras del orden.





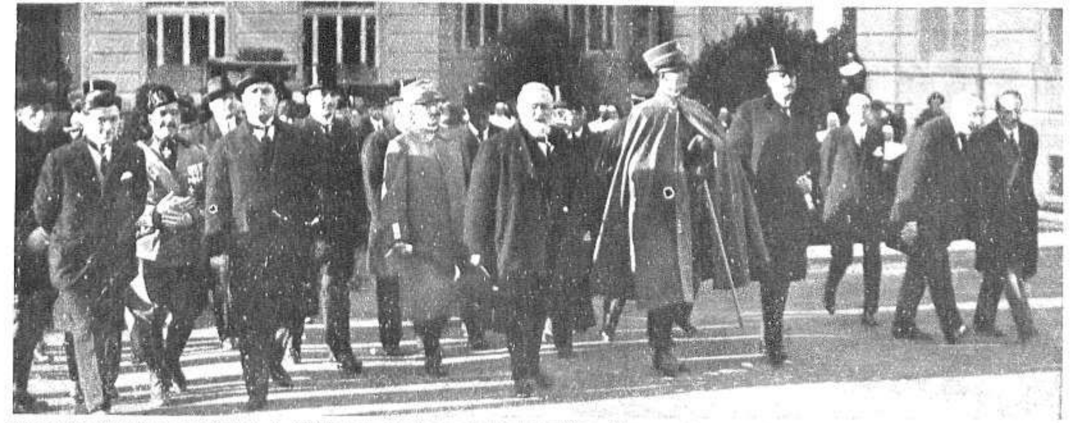
El marqués de Estella, presidente del Directorio Militar, cruzando las avenidas de la ciudad condal en su carroza rodeado por los "camisas azules".

BARCELONA. — Interesante instantánea que sorprende a don Alfonso XIII abrazando cordialmente a un viejo cabo del somatén, que le condecoró.



MADRID. S. A. R. la Infanta doña Isabel con el Embajador de la Argentina, doctor de Estrada, y otras notables personas que asistieron al acto de la clausura de la Exposición de paisajes españoles que con tanto éxito exhibió el pintor argentino Soto Acebal.

Italia



El príncipe heredero dirigiéndose a visitar los pabellones del hospital San Martino, de Génova, que acababa de inaugurar, siendo escoltado por el personal facultativo del establecimiento.

NOTA GRAFICA DE ROSARIO


El doctor Francisco Elizalde presidiendo la mesa directiva donde fueron electos los convencionales para la fórmula radical oficialista.


El doctor Manuel Menchaca y el señor Alcides Greca y Fernández, candidatos para la fórmula opositora, reunidos con miembros de la junta reorganizadora del Sur.


Abogados de Rosario congregados en cordial demostración para estrechar vínculos profesionales entre el gremio, después de celebrar un banquete en la terraza del Jockey Club presididos por el doctor Ortiz.


La directora de Artes aplicadas y decorativas para niñas, señora Isabel de Soniaces con varias de sus alumnas, en el Salón Municipal donde se efectuó la artística exposición.


La señorita Margarita Ansaldi y un grupo de amigas que formaron su cortejo, poco antes de contraer matrimonio con el señor Mauricio Mancini.


Algunos de los vencedores y parte de la concurrencia que presenció la distribución de premios en el Club Gimnasia y Esgrima con motivo del animado campeonato de lawn tennis que con tan buen éxito se llevó a cabo.

Lilian G. Harrison recibe las recompensas por su proeza



La arriesgada y hábil nadadora, a quien le fueron entregados los tan merecidos premios ganados con su no superada travesía del río de La Plata, rodeada por el doctor Alvear y su señora, los ministros del Interior e Instrucción Pública y socios de Club Náutico San Isidro donde se verificó la amable e interesante fiesta celebrada con dicho motivo.

Concursos Hípicos y Polo de Picadero



Mayores José Sierra y Rómulo Betnaza y teniente Ricardo Schweizer ganadores de la "Gran Copa de Plata del Gobernador de la provincia de Buenos Aires".



Teniente coronel E. Sánchez Reynafé y capitanes Jacobo Parker y Julio Gras, que fueron derrotados en el match de polo de picadero disputado por aquella Copa.



Amazonas y jinetes que tomaron parte en las pruebas hípicas efectuadas en el local de la Exposición Rural Argentina bajo el patrocinio de la Federación de Empleados y Obreros civiles nacionales.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

Cronica Policial

Grave colision entre un omnibus y un automovil



José M. Aróstegui, conductor y propietario del ómnibus.



Estado en que quedó el ómnibus después del choque.



Manuel Sanjurjo Romero, conductor del automóvil.



Teresa Machi, herida en la cabeza y hombro derecho.



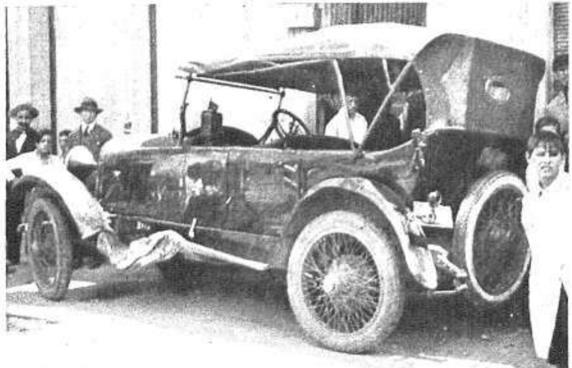
Como consecuencia de la congestión del tráfico y también, en muchos casos, por temeridad de los conductores, están registrándose frecuentes accidentes en la vía pública, revistiendo mayor importancia últimamente el choque ocurrido entre el ómnibus N.° 9812, que iba lleno de gente, y un automóvil de alquiler con cuatro personas; colisión que se produjo en la intersección de las calles Directorio y San Pedrito, ocasionando una muerte y 15 heridos y sembrando la alarma en aquel vecindario por el estrépito causado.



María Moreno, con fractura de la pierna.



Arturo Misito, herido en la región frontal.



El automóvil después del choque contra el ómnibus y contra la pared donde fué a estrellarse.

Ernesto De Simone, con heridas cortantes.



Pedro Pepe, herido de gravedad.



Juliana Martínez, con lesiones en el rostro.



León De Benedetti, muerto en el accidente.



Justo Díaz, lesionado en la cabeza.



Ricardo N. De Simone, con la nariz fracturada.



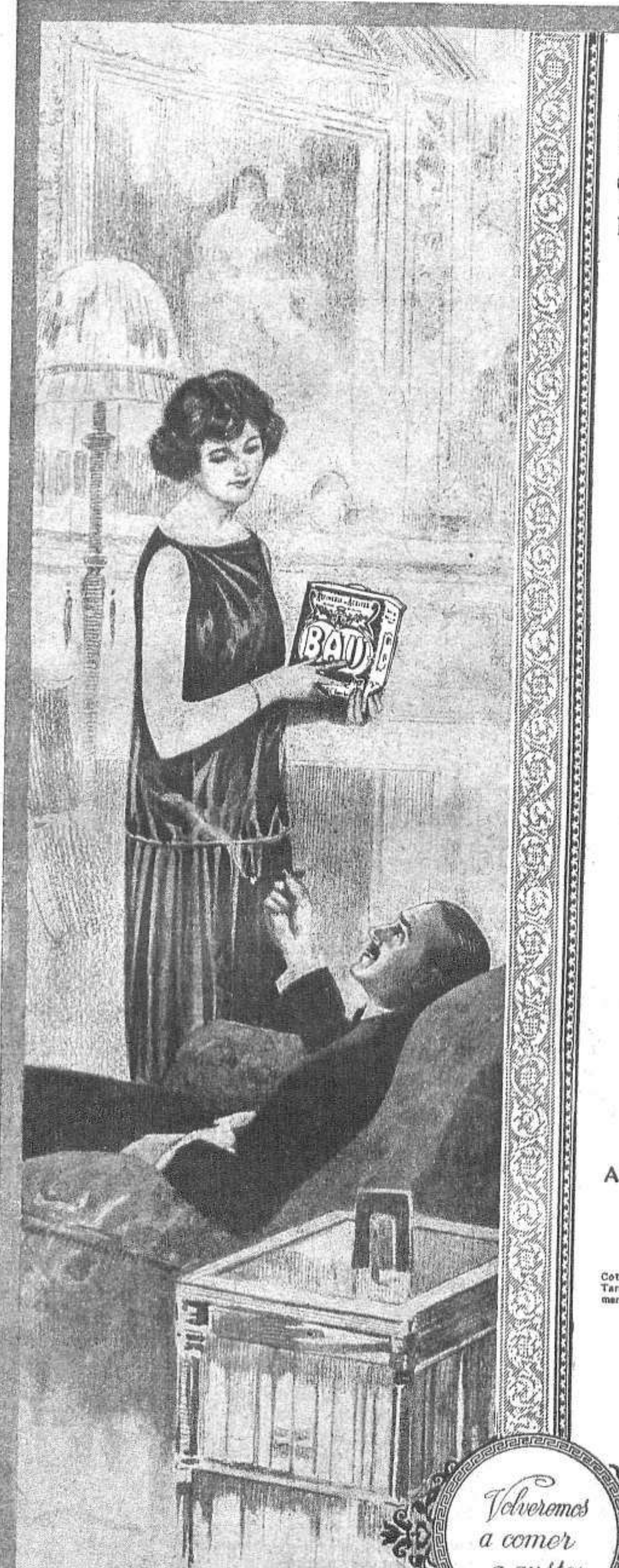
Antonio Levele, con magulladuras en la espalda.



León De Benedetti (hijo), herido en el frontal izquierdo.



Antonio Carrañes, con heridas en la región glútea.



ESTO ES LO QUE QUIERE EL PÚBLICO:

QUE NO LE DEN UNA COSA POR OTRA DENTRO DE LA LATA.

LA MARCA BAU VENDE MIENTRAS HAY LA MISMA CLASE DE ACEITE Y DEJA DE VENDER CUANDO FALTA. NO DA UNA COSA POR OTRA.

POR ESTO EL PÚBLICO NO QUIERE SABER NADA CON OTRAS MARCAS TAN PRONTO VUELVE A ENCONTRAR ACEITE BAU.

PRECIOS DE
ACEITES PUROS DE OLIVA
EN EUROPA

	Calidad Bau	26 Ptas. los 15 kilos
Cotizaciones en Tarragona "El Comercial" 9-XI-23	Frutado	22 a 24 Ptas. los 15 kilos
	Corriente ...	20 a 21 " " 15 kilos
	Seco	18 a 19 " " 15 kilos

10 % MAS CUESTA LA CALIDAD BAU.

LOS LIBROS

LA QUE NO PERDONÓ

POR HUGO WAST

El autor de este libro es, sin duda, el más popular de los novelistas nacionales, y, a la verdad, esa popularidad es merecida, porque sus novelas poseen todas las condiciones necesarias para ser gustadas por todas las clases intelectuales, por decirlo así, del público. Hugo Wast sabe dar a sus fantasías novelescas el ambiente necesario, y a sus personajes, por insignificante que sea su acción, el relieve conveniente para que, durante la lectura, no se esfumen en la memoria del lector. El caso de la protagonista de «La que no perdonó» es muy doloroso, y su importancia ética queda establecida cuando se recuerda que ella misma reconoce la falta iniciadora de todas sus desgracias, al hacer labrar en uno de los arcos de la nave de una iglesia en construcción el mandato evangélico: «Misericordia quiero y no sacrificios». Pero nos parece que Merceditas olvida su verdadera falta primera, de la cual dejó constancia en la carta de despedida que escribió a su marido, al decirle que su único pecado era haberle querido como a un dios. Es peligroso que las mujeres quieran a sus maridos como a dioses, porque basta con que los quieran como a maridos nada más. Los dioses son vanidosos y como tales rencorosos y vengativos, y por eso castigaron el sacrilegio de Merceditas en forma cruel, hasta en su inocente hija. Y nos inclinamos a creer que fueron los dioses y no Dios los que castigaron a Merceditas, porque se nos ocurre que Dios, de acuerdo con el precepto que sirve como de espiritual muelle real a la novela, habría tenido misericordia de ella y la habría perdonado sin hacerla sufrir tanto. Mas esos son tiquismiquis que a nada conducen cuando se trata de una novela como ésta, en la cual hay tantas cosas que aplaudir.

CABEZAS DE MUJERES

POR HERMINIA C. BRUMANA

La autora de esta obra pertenece al número de las que dan grande importancia a la educación científica de la mujer como uno de los elementos primordiales para le felicidad conyugal, y, sobre todo, para el cumplimiento de sus deberes maternales. La conveniencia de tal importancia es innegable; pero nos parece que la distinguida autora olvida el hecho de que para el buen desempeño de su papel de esposa y madre no es absolutamente necesario — y si lo fuera ya la humanidad se habría extinguido — que las mujeres aprendan ciertas cosas en los libros, porque la naturaleza, que no es tan zonza como se imaginan algunos, les enseña mucho, y con la inapreciable ventaja de que las mujeres no se dan cuenta de ello, que es uno de los factores primordiales para la eficacia de la enseñanza; y a ello debe agregarse lo que enseña la experiencia, que no es poco. Si no recordamos mal, hay una ciencia llamada Eugenia o Eugénica, que pretende hacer del matrimonio una especie de laboratorio para la fabricación de ejemplares humanos sanos y bellos. En materia de caballos, por ejemplo, parece que la Eugenia ha dado buenos resultados, especialmente cuando se trata de caballos de carrera, que han llegado a ser más veloces que nunca precisamente cuando ya no sirven sino para que la gente pierda su dinero en los hipódromos, pues en estos tiempos de vehículos rapidísimos y hasta de aeroplanos, no se ve para qué le ha de servir a un caballo batir el record de velocidad en las pistas; mas cuando se trata de hombres y mujeres, los feos y enfermizos sabios que se desvelen por formar una humanidad sana y bella, descuidan una circunstancia casi insignificante pero de consecuencias incalculables: que entre el amor y la biología hay un abismo que ninguna enseñanza científica es capaz de salvar. Se va a la pobreza, al deshonor, a la muerte, por amor, y no se va a ir por el temor de tener hijos incapaces, por feúchos y canijos, de servir de reclamo a las panaceas a base de agua de la canilla... La autora de este libro es muy inteligente, y seguramente no dice en serio algunas de las cosas que en él hemos leído; mas, aparte esas cosas, queda el hecho de que, además de ser muy inteligente, tiene, a pesar de su ciencia, un espíritu risueño y hasta irónico que da a muchas de sus páginas singular encanto. No oculta, antes insiste en ellos, los defectos de sus semejantes femeninos: pero aun cuando más severamente las censura por preferir el amor a la ciencia, hace la impresión de que en el fondo de su corazón hay un diablillo alado que con unas flechillas afiladas lo pincha diciéndole: «Todo eso está muy bien, pero no te olvides de que aquí estoy yo». Porque si fuese cierto que la autora cree tan a pie firme en la química inorgánica y en la higiene doméstica como base de la felicidad conyugal, no habría escrito, seguramente, este tan ameno, risueño y agradable libro.

PEDRÍN

POR FÉLIX LIMA

En alguna parte hemos leído que el señor Lima es uno de nuestros más acertados escritores satíricos. Disentimos de esa opinión, pues a nuestro juicio no hay en los artículos del señor Lima sátira alguna, en el recto significado del término. El señor Lima no critica, no condena, no satiriza, no entiende aplicar a sus semejantes código de moral alguno; es, sencillamente, un inteligente y agudo observador de la vida de cierta clase de gentes, y pone en el papel sus observaciones, siempre con la sonrisa en los labios, bien que de cuando en cuando, como en el caso, precisamente, del relato que ha dado nombre a este volumen, la sonrisa tenga cierto dejo de amargura. El señor Lima es demasiado bueno para ser escritor satírico. Su mirada clara y penetrante ve todo lo que hay de ridículo, de lastimosamente ridículo en muchos de sus personajes; pero su bondad y su inagotable optimismo le impiden deleitarse contándolo a un público que sabe ávido de motivos para lanzar la carcajada grosera y cruel ante el infortunio — porque el ridículo es un infortunio — y se satisface (el autor), con provocar la sonrisa amable, humana, cariñosa, de quien nunca pierde de vista el hecho, no sin importancia, de que se trata de seres humanos. La gracia peculiar del señor Lima encuentra, pues, con facilidad el camino de los buenos corazones porque no hay en ella intento malévolo alguno; es la gracia de un temperamento fino y caritativo (en el sentido etimológico del término), tan distante del refinadamente agrio «humour» de los ingleses como de la despiadada befa de los chistosos de café, que también suelen escribir libros, o por lo menos artículos. Además, el señor Lima posee en alto grado la facultad tan poco frecuente de establecer una situación, caracterizar un personaje, indicar un estado de ánimo con rasgos breves y precisos, que hacen recordar, cuando se le lee, la facultad similar de los dibujantes japoneses. Nada de «grandes pinceladas», nada de psicologías abstrusas que se desarrollan en páginas interminables y fatigosas. La gracia de verdad, la que siempre hace sonreír y a las veces reir discretamente, no requiere semejante indumentaria, tanto, que su síntesis universal está en la anécdota, y los artículos del señor Lima son casi siempre anécdotas admirablemente contadas, con aquella sobriedad en la palabra y en el ademán que, con el no reir antes que los oyentes, es o debería ser siempre la característica esencial de los buenos «anecdotiers», como dicen los franceses. En suma, es «Pedrín» un libro de regocijada y sana lectura, que tiene también el mérito de ser trasunto fiel de una etapa interesante en la evolución de ciertas clases sociales porteñas, formadas o engrosadas con los aluviones de la emigración.


DÖRFEL
A las personas refinadas y de buen gusto, se les recomienda, por su alta calidad y delicado perfume, estos dos exquisitos productos :
Loción Cielito mio
Polvo Cielito mio
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires : calle Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo: calle Cerrito, 673.

Electrotécnicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación


Juan T. López.


René de Wirne.


Carlos L. Fravre.


Leonardo Viso.


Pascual Katzen.


Eugenio Canova.


César C. Andrada.


Esperindio Baistrocchi.


Saúl E. Vargas.


Carlos Duranti.


Domingo L. Estévez.


Emilio Souverbielle.

SE NECESITAN HOMBRES

Una nación no consiste en ciudades coronadas de minaretes y campanarios y circuídas de almenadas murallas con fortificados reductos y puertas defendidas por profundos fosos. No consiste en puertos y bahías donde se mezan las ricas naves con menosprecio de la tormenta. Ni tampoco en cortes donde la vil lisonja inciense a la soberanía. Una nación consiste en hombres de elevada mente cuyas potencias sobrepujen al bruto, como el bruto sobrepuja a la fría piedra y al espinoso arbusto. Hombres que, conocedores de sus derechos y cumplidores de sus deberes, sean capaces de quebrantar sus cadenas y derrocar al tirano. — WILLIAM JONES.

CANTAR Y GRITAR

Uno de mis mayores placeres consiste en oír cantar. Entiéndase bien: me agrada oír cantar con un poco de afinación. Y nada más.

Lo otro, lo de las notas sostenidas mientras el fuelle pulmonar aguanta, y las notas gritadas hasta agotar la resistencia de la emisión de los sonidos, quédese para títeres y audiciones de gramófono.

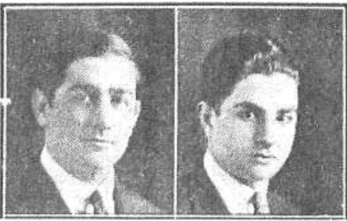


NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

— ¿ Porqué se lleva la salida de baño de la señora ?
— Porque es igual a unas que había en una tienda y que decían: "Están al alcance de todo el mundo"

Técnicos mecánicos egresados de la Escuela Industrial de la Nación



Dante Garbarini. Jorge Aguilar.



Marcos A. Lezarra Corvalán



Santiago Brandolin Arturo Epelde.

UN CONSEJO DE SÓCRATES

Leandro, el hijo mayor de Sócrates se enfureció un día contra su madre, faltándole al respeto. Sócrates presenció este bajo proceder y procuró corregirle de un modo dulce y racional en el siguiente diálogo:

— Ven acá, hijo mío — le dijo; — ¿nunca has oído hablar de los hombres llamados ingratos?

— Sí, señor; frecuentemente — respondió el joven.

— Y, ¿qué cosa es ingratitud? — preguntó Sócrates.

— Ingratitud es recibir una gracia o favor — dijo Leandro, — sin pensar en la retribución, cuando hay oportunidad favorable.

— Luego sacamos en consecuencia que la ingratitud es una especie de injusticia.

— Sí, señor; así lo creo.

— Luego, si la ingratitud es una injusticia, ¿no se sigue de aquí que el grado de ella debe ser proporcionado a la magnitud de los favores que hemos recibido.

— Concedo — repuso Leandro.

— ¿Pueden acaso existir en el mundo más grandes obligaciones que las que deben los hijos a sus padres, de quienes han recibido la vida y los medios de sostenerla con honor, utilidad y ventura?

— Yo conozco la verdad de cuanto decís; pero ¿quién puede sufrir sin resentimiento todos los efectos del mal humor de una madre como la que yo tengo?

— ¿Qué agravio tan extraordinario te ha hecho?

— Tiene una lengua que no puede sufrir ningún mortal.

— ¿Cuánto más te ha tenido ella que aguantar en el período de tu infancia por tus peloteras, rabietas e incesantes gritos y lloros? ¿Qué ansias no ha padecido por tus ligerezas, caprichos y locuras en la adolescencia? ¿Qué aflicciones ha pasado, qué incomodidades, vigilias y pesares le han causado tus enfermedades? Estos y otros muchos motivos poderosos de deber filial y gratitud han sido reconocidos por los legisladores de nuestra República cuando niegan las leyes el derecho de optar a ningún puesto ni empleo de honor o confianza al que haya tratado con desacato a sus padres. Se cree generalmente que no puede ser aceptable al Cielo ni provechoso al Estado el sacrificio u oblación hecha por una mano impía, y que un hijo desobediente no puede ser capaz de una grande acción ni de administrar justicia con imparcialidad: por consiguiente, hijo mío, si amas la sabiduría debes rogar al Cielo te perdone las ofensas cometidas contra tu madre. Que nadie descubra el desprecio con que la has tratado, porque todos te condenarán y abandonarán por semejante proceder. Y si siquiera se sospechase que pagas con ingratitud los buenos oficios de tus padres, inevitablemente tendrías que renunciar a las bondades de los hombres, porque ninguno supondría en ti un corazón dispuesto a corresponderle sus favores ni amistad.

Carta de París:

LA ANEMIA ES FACIL DE CURAR

EL SORTILEGIO DE LOS FERMENTOS DE UVA

No se muere de anemia, dice el vulgo. Es posible; pero si la anemia se prolonga con exceso, o se hace perniciosa, mata perfectamente a su sujeto. En todo caso, la postración que inflige a sus víctimas, junto con la incapacidad para el trabajo, la neurastenia, el disgusto de todo, bastan para envenenar su existencia. Es preciso reaccionar.

La anemia resulta del empobrecimiento de la sangre. Se debería, pues, poder remediar por una alimentación substancial, ya que es a los alimentos a los que la sangre debe su riqueza. Desgraciadamente, los anémicos asimilan mal, y aún, las más de las veces, carecen en absoluto del apetito.

De aquí la necesidad de introducir, en el organismo debilitado, elementos vivos que purifiquen, fustiguen su energía y restablezcan el ritmo de las funciones perturbadas.

Desde este punto de vista nada puede igualar a los FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN cuya acción purificadora, estimulante y tónica podría pasar por milagrosa, si no fuera relativamente fácil de explicar. Es la antigua "cura de uvas", siempre tan popular, revisada, corregida y mejorada por la ciencia moderna. Cuidadosamente seleccionados, aclimatados por un método seguro para vivir a la temperatura del tubo digestivo, aproximada a la de los países cálidos (35° a 37°), de donde son originarias las uvas que los suministran, estos fermentos se hallan "como en su casa" en el interior de la economía. Allí evolucionan, y hacen su oficio de levaduras, que es el de resolver lo que nuestros padres llamaban, "los humores pecantes", activar la nutrición, y neutralizar los microbios, las toxinas, los residuos inasimilados, en una palabra, todo lo que puede empobrecer o corromper la sangre. La naturaleza se encarga del resto.

No se tarda en ver afluír los glóbulos rojos, la tez recuperar su brillo, renacer el apetito, con las fuerzas, el bienestar y la actividad. Es una resurrección.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se enviará gratuitamente a los que lo soliciten con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684 San Martín Bs. Aires.



VN HEROE

Manuel dijo a su amiga:

—Lo que a mí más me gusta a orillas del mar son las chinitas.

El asentimiento indeterminado que sigue naturalmente a una afirmación de este género no vino inmediatamente. Margarita consideraba en calma el mar, que hinchaba sus venas, rotas en seguida sobre la dorada arena, cuya conquista imposible continuaba desde hacía mucho tiempo.

—Adoro las chinitas — insistió Manuel.

Y para hacerla comprender bien sus palabras, apretó un poco el desnudo brazo de Margarita.

Sobresaltóse ella, como transportada de un dulce sueño a las peores realidades. La simpatía de Manuel por los chinarros le importaba tanto como la viña del vecino.

—Me tienen sin cuidado tus chinitas; mira más bien esa ola; no, la otra más cercana, y la otra que le sigue, palpitante y grandiosa, toda azul, como el propio cielo. Eso es lo que a mí me encanta.

Tal dosis poética hizo irrupción en el espíritu de Manuel, al igual de un tropel de patos en los sembrados de un terreno prohibido. Reclamaba una confirmación anodina de su gusto por los chinarros. Oponíasele ante su vista la belleza de una ola.

El amaba los chinarros.

Ella, las olas.

Este dualismo en amor basta para perjudicar al verdadero amor, el suyo, que pronto, sin duda, echaría al uno en brazos del otro para una caricia en donde se sumiría, al mismo tiempo que sus sentidos encantados, el recuerdo de un choque. Pronto; pero en esta hora — las doce y media proclamaba el reloj de la torre de una iglesia que dominaba la línea uniforme de las casas de Bains-les-Plages — no era posible que esta especie de enemistad se evitase, por fútiles pretextos, sin peligro, naturalmente, de la verdadera dicha y del amor.

Manuel exclamó:

—Me estás ya reventando con tus manías. ¿Qué significa eso de quedarse ahí, plantada como un poste, mirando las musarañas? ¡Ah, sí! Es bonito el mar. ¡Bonito, cuando los barcos se hunden y no vuelve a vérseles más! Sin hablar de los peces, que detesto de todo corazón, y que te empeñas en servirme los viernes, para guardar la vigilia, según dices tú, pero más bien para comer lenguados fritos, que tanto te gustan.

Se puede aceptar ser la amiga de un modesto empleado del Crédito Lyonés, y aun puede encontrarse en ello cierta satisfacción; pero lo que no puede soportarse sin vergüenza, es verse reprochar las cosas más naturales. Margarita Morineau, tipo perfecto y conocidísimo de la hija de comerciantes de poca monta, que ha conseguido en el Conservatorio un segundo accésit de piano; Margarita, la compañera ilegítima, pero fiel, del joven Manuel, pasó de un golpe de la más elevada poesía a las severidades de un juicio, quizá temerario, mas indiscutiblemente poco amable:

—Manuel, eres un idiota.

La Naturaleza, que se ofrece para servir de teatro a las grandes guerras, no llega hasta el punto de servir de guiñol a las querellas domésticas. El silencio de un cuarto retirado en un quinto piso, su *confort*, su quietud casera, son una excitación a propósito para graves sucesos. En su casa, Manuel hubiese hecho de un plato — el más brillante, el de más fina porcelana — una réplica de la multiplicación de los panes.

Pero allí, frente al mar, aun no discerniendo el misterio de los ocultos manantiales, en donde bebía la idealista, si no ideal Margarita, contentóse con una ligera carcajada. Las gaviotas, que lanzaban su grito agudo como para hacer olvidar la belleza de su plumaje de tonos aterciopelados, percibieron un ruido como de nueces cascadas: era la risa seca de Manuel.

Luego, éste dijo:

—Pero oye: ¿es que acaso no vengo yo a la orilla del mar por darte gusto? ¡Es una delicia como me tratas! Me gustan los chinarros, me gustan esas chinitas tan aplastadas que van saltando tan ágilmente por la superficie del agua, y las piedrecitas de grueso tamaño, que hacen patapuf sobre otras aun mayores que ellas y flic-flan en los mares...

—Y yo — exclamó Margarita, sinceramente escandalizada — amo la espuma palpitante que corona las olas, el formidable rumor de bravos, el tumulto de aplausos que hace el mar sobre... sí, justamente, sobre tus cochinas chinitas. ¡Ah! ¡Yo no sé por qué vivo con un hombre que no comprende nada de las cosas bellas!

Manuel desdeñó esta vez soltar la carcajada y creyó mejor de silbotear el estribillo de una canción de café concierto, por la cual su amiga, apóstol apasionada de Wágner, cuando no lo era de Saint-Saëns, había a menudo expresado su superior desdén. Y dirigióse por la derecha.

Margarita no podía escoger, naturalmente. Y tomó la izquierda. Sus siluetas se esfumaron en las dos alas de la playa.

Sólo, libre, Manuel escalaba, con la rapidez de un chicuelo, las rocas agrupadas en masas grises. La marcha lenta de un enorme cangrejo le molestó, sin duda, pues la emprendió a patadas con el bichejo. No es que fuese un mal hombre, eso no. Sin embargo, creyó que aquel animal no tenía una seria razón de continuar viviendo. Y decidió el asesinato.

No tuvo repugnancia alguna por su acción; solamente su estómago protestó por las carnes aplastadas, que salpicaron abundantemente un manojo de algas.

Lamentó no poseer una red para coger quisquillas, que abundaban en el agua de los agujeros. Manuel recordó oportunamente que los cuerpecitos de las quisquillas, una vez retirado el débil caparazón, desnudos y rosados sobre rebanadas de pan con manteca, componían un exquisito alimento. Devoró al menos una almeja, que agonizó en su boca y acabó su vida en el estómago, no sin dejarle un gusto salino bastante desagradable. Manuel no encontró más distracción del accidente que la vista de los chinarros.

Por poco hubiese olvidado su pasión hacia ellos; pero, puesto que estaban allí, a sus pies, sumisamente acostados, no podía por menos que aprove-

charse de la circunstancia. Su voz rompió el silencio, exclamando reciamente:

—Me gustan los chinarros.

Y tuvo la satisfacción de comprobar que, a falta de Margarita, los mismos chinarros pareciesen convencidos.

Recogió muchos. Púsolos en pirámides sobre una roca. Los tomó luego uno a uno y empezó a tirarlos caprichosamente. Unos botes vacíos y una botellas de cerveza sin líquido fueron los blancos sobre los cuales desarrolló una puntería que él creía segura, sin perjuicio de que los chinarros cayesen en sitio más o menos cerca del cual iban destinados.

Manuel continuaba el ejercicio. Encontrábase animado de esa perseverancia que el hombre aplica voluntariamente a lo inútil, y con la cara ardiendo y el brazo cansado, continuaba disparando sobre los pacientes objetos que oficiaban de blancos. Su imaginación, que la rabia del desacierto desarrollaba, empujábale a transposiciones singulares. Creíase un conquistador asaltado que, por defender sus dominios, se apresurase a destruír el de sus enemigos. Y las latas vacías eran algo así como un fuerte, transmutándose en cañones las botellas.

Hubiérase casi enfadado por la evidente impasibilidad del enemigo. ¿De manera que ni una piedrecita, ni un débil chinarro para contrarrestar a los suyos? No importaba: devastaría todo.

Tomó una piedra enorme y precipitóla con fuerza. Esto le otorgó la victoria: las botellas estallaron pulverizadas; los botes rodaron. Manuel se felicitaba, cuando un grito elevóse. La piedra, demasiado bien lanzada, en vez de detenerse en el triunfo, había acentuado su curva, y, sin duda, tropezó con alguien.

Margarita apareció, oprimiendo una mano contra su boca.

La sorpresa fué el primer sentimiento de Manuel.

—¿Estabas ahí?

La desolación de verla herida, el segundo:

—¿Te he hecho daño?

Corrió hacia ella; pero unos ojos agitados por la cólera le detuvieron en su impulso.

—Eres más grosero aun que yo creía. Sí, estaba ahí. Me parece que puedo ir donde guste y no quedarme a la derecha porque el señor esté a la izquierda. La playa pertenece a todo el mundo. ¡Bruto! Tu asquerosa piedra, al pasar, me ha rozado un dedo, y muy bien podía haberme aplastado.

Y dulcemente, en una lágrima:

—Me escuece.

Eclipsóse. Manuel permanecía en su actitud consoladora. Hubiérase excusado, sin embargo, de muy buena gana. Sentado sobre la peña que era el cuartel general de su malaventurada campaña, abandonóse a las torturas del remordimiento. Apercibióse pronto de que, a despecho de todas las posibles querellas, amaba a Margarita. Acordóse de las horas magníficas, de las horas de amor. Y de aquella vez en que ella permitió que él gozase de los dulzores de un cuerpo virgen aún. Emociónose.

Hubiera querido tener allí a su amiga para besarla profundamente, sin más pensamiento que el del deseo.

Pero el sol de la tarde es una invitación natural al sueño. Manuel se durmió. Y soñó, soñó cosas espantosas.

Como en la realidad, tiraba chinarros; nadie le molestaba en su juego. Después de haber lanzado exactamente doscientos noventa y un chinarro, descubrió a algunos pasos de allí el cadáver de Margarita. ¡Ah, el horrible drama! La había herido ligeramente, como en la realidad, también en la mano. Había caído, desvanecida, tras la roca que la ocultaba. Y sobre su cuerpo había lanzado las demás piedras, las doscientas noventa piedrecillas. Y había torturado, martirizado, sin saberlo, al cuerpo amado.

Unas voces le despertaron.



En unos segundos alejó vivamente al resto del sueño que le envolvía y corrió en dirección de las llamadas. El viento le trajo a los oídos el timbre de voz de Margarita, un timbre singularmente vivo. Distinguió su nombre: «¡Manuel! ¡Manuel!», gritado, como en aullido.

Nunca lo había oído pronunciado de tal modo. Le invadió el miedo. Margarita le llamaba pidiendo socorro. ¿Qué le ocurría? Corrió desordenadamente. Su precipitación le impedía seguir la dirección justamente escogida. Iba de aquí para allá sin razón justificada. Y también él gritaba:

—Margarita, ¿dónde estás? ¿Dónde estás?

No vió que una roca se habría en un amplio agujero, y cayó en él. Alocado, agotábase en esfuerzos para ponerse de pie. Resbalaba, estropeábase las uñas. Atenaceóle un dolor agudo en la pierna izquierda. Las asperezas de la roca le habían herido seriamente. Sintió la sangre mojar su pierna, empapar el chaleco de franela, ganar su camisa. Al fin, sobreponiéndose al dolor, consiguió ponerse en pie y emprender la marcha.

Una idea repentina le hizo abandonar las rocas por la ribera. Entonces vió a Margarita que, con el agua hasta la cintura, se defendía contra las olas. Estas alzaban furiosamente sus espaldas palpitantes y sus labios enormes vomitando espuma. Ciertamente aquello constituía un espectáculo por lo menos impresionante. Mas en seguida, Manuel comprendió que su amiga no se hallaba en peligro de ahogarse. A menudo los bañistas se encuentran así entre las olas, por placer, sin que puedan temer peligro alguno. Pensó decir: «Amas las olas, y cuan-

do te encuentras dentro de ellas te acobardas.» Pero él también había sentido miedo cuando corría para responder a su llamada. Además, tal vez pensase morir Margarita si él no corría a salvarla.

Las más terribles circunstancias no impiden que uno se ponga el sombrero antes de salir de casa. Quien se tira al agua recuerda que ante todo, importa desembarazarse de la chaqueta. Manuel no lo olvidó. En mangas de camisa se echó entre las olas.

Encontróse ante una Margarita Morineau cuyo rostro tenía un color blanco de leche a fuerza de miedo. Nada de ojos relampagueantes, sino una triste mirada.

Manuel cargó con ella de la manera más simple del mundo. Margarita se aplastaba contra él, y cuando su boca no buscaba la boca del salvador, murmuraba como en éxtasis:

— Manuel... salvada. Me has salvado.

Demasiado sabía él que no. Pero esta gratitud injustificada acabó por enternecerle. Y aun ella le persuadió un poco de que verdaderamente acababa de comportarse ni más ni menos que un héroe.

Margarita insistía en esta idea:

— Eres un héroe, Manuel...

Luego se explicó:

— Estaba mirando las olas. Quise mojarme la punta del pie. Retiré mis medias, levanté mi falda y caminé en el agua. Estaban soberbias las olas. Encantada, fuí más lejos, cada vez más lejos. El mar montaba. Me encontré cogida. Llamé. Viniste. ¡Y me salvaste!

Los dos chorreaban. Manuel retorció sus pantalones, y el agua se escapó a raudales.

Margarita, que retorcía igualmente su corpiño, vió que una raya roja recorría el muslo de Manuel, descendiendo por la pantorrilla. Exclamó:

— ¿Estás herido?

— Sí; — dijo Manuel.

Y con la indiferencia del matador de jabalíes por la dentellada que le ha ensangrentado un miembro, dijo:

— No es nada. Me herí cuando corría al oir tu llamamiento.

Estas palabras acabaron de transportar a Margarita.

— ¡Has estado expuesto a morir dos veces!

— ¿Dos veces?

— Sí. Dos veces: al caer, primero; y luego, al salvarme a mí misma de la muerte.

Y después de todo ¿por qué no? ¿Acaso Margarita no había creído en los últimos estremecimientos de una agonía que no dudaba cierta? ¿Acaso, desde que él había aparecido, no sonreía a los dulzores de la vida reconquistada? ¿Y no era con peligro de su vida que Manuel se echó espontáneamente al agua?

Besáronse, y en aquel beso, prolongado largamente, encontraron más fuerte, más grande, su amor, perdido durante un momento.

— ¿Te escuece aun el dedo? — preguntó Manuel.

— No hablemos más de eso, que al lado de tu pierna...

Inclinóse ella y, sacando de entre su falda un pañuelo que parecía una esponja, dispúsose a vendar la herida.

Manuel temblaba bajo sus vestidos. Justo es hacer notar que no evocó para él las posibilidades de un enfriamiento. Pero no dudó que pronto Margarita estornudaría. Y respondiendo a su solicitud por una solicitud igual, dijo:

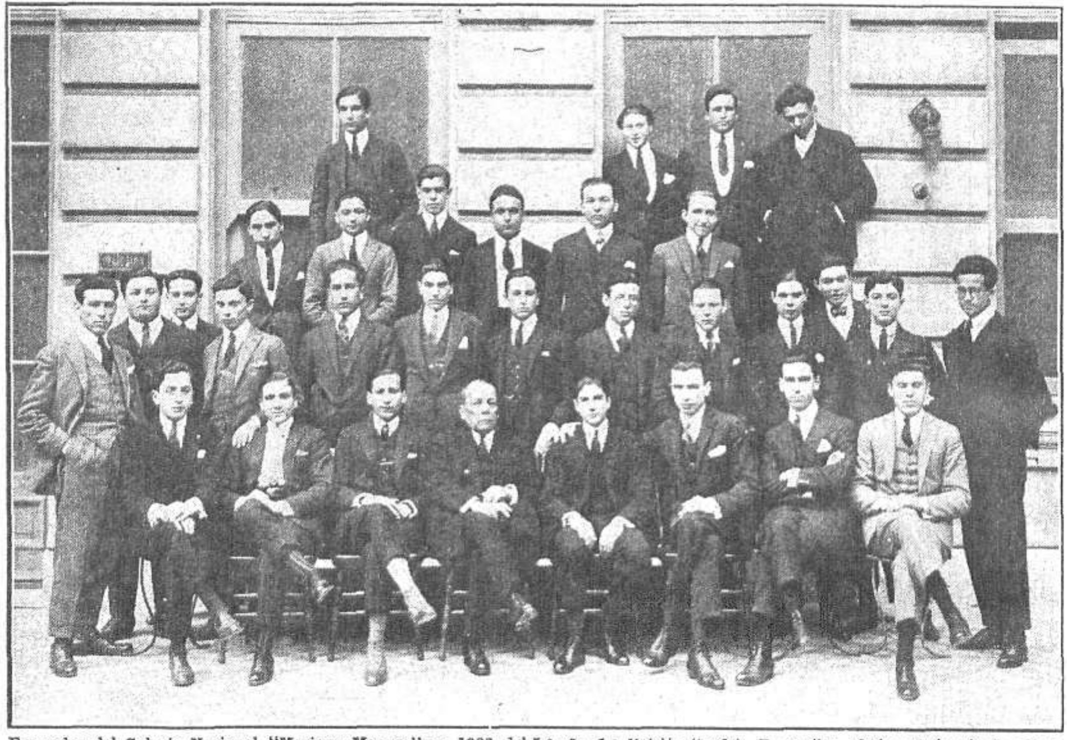
— Me cuidarás luego. Por de pronto, debemos volver en seguida a casa. Las olas te han mojado. Vas a coger una enfermedad.

GASTON PICARD



Cuando los rayos del sol abrasan sin piedad a los valientes trabajadores en los campos reverberantes de calor, el
FERNET-BRANCA
tomado con agua fresca, confirma una vez más sus brillantes cualidades como bebida tónica y refrescante.
Importadores: HOFER & Cía. - Bs. Aires.
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
Flli Branca, Milano.
CARLOS F. HOFER & C.
GENOVA
CONCESIONARIOS para la AMERICA del SUD

Nuevos Bachilleres



Egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno" en 1923, del 5.° año, 1.ª división (tarde). De arriba, abajo y de izquierda a derecha: Roberto Bintana, Alejandro Caroselli, E. Devoto, Miguel Coronatto, César Comaschi, M. Fontana, J. Morales, J. Jean Pietro, F. Azzaro, Mauricio Shaerer, E. Vittores, Jerónimo Massetti, J. Castiglione (celador), David Sneider, A. Fernández, Antonio Comisso, Dalmiro Alsina, J. Perazzo, Alfredo Seeber, Enrique Rodríguez, González Trillo, R. Boigen, A. Nacelli. Sentados: J. Kraves, Benito Hernández, Nicolás Carbone, doctor Juan Angel Martínez (profesor de Historia), José María Toro, F. Oyhenart, Juan José De Rosa y E. Vajowski.



Las bocas de los niños

Requieren, exigen la protección que sólo el uso regular de Kolynos puede proporcionar.

Enseñad a vuestros hijos la manera de usarlo todos los días: por la mañana, después de cada comida, y al recogerse por la noche. El les conservará sus dientes sanos, blancos y brillantes, librando también a sus bocas y gargantas de toda impureza perjudicial.

Se vende en todas las farmacias, perfumerías, tiendas, etc.

Véase como está atada la tapa; no puede extraviarse; siempre estará ahí para mantener la crema fresca.



KOLYNOS

CREMA DENTAL

Mayon Ltda., agentes de The Kolynos Company

EL SERRUCHO TRÁGICO





LUCIANO JARAMILLO, para rellenar amenamente los intersticios de las muchas horas de holganza, aprendió a tocar el serrucho, haciendo brotar del dentado instrumento de moda, profusión de notas extrañas que asemejaban ordinariamente carcajadas nerviosas y balbuceo de sordomudos; hasta que, difiriendo los sonidos, parecíanse a gargarismos o croar de ranas o triste salmodia de aves nocturnas.

¡Oh, el serrucho! ¡Con qué facilidad maravillosa traduce, al par de sus modulaciones lastimeras, la infinita estupidez de ciertos espíritus modernos, víctimas de la «serruchomanía» reinante!

Jaramillo, como muchos, se encantaba. Shimmys y machichas, y otras danzas de agitado movimiento, surgieron audaces de aquella herramienta exquisita que elevaba el lirismo de la música a la altura de una hojita de papel de fumar. Ya no existieron para el maniático filarmónico otras diversiones de mayor atractivo. Las siestas y veladas fueron dedicadas exclusivamente al perfeccionamiento de la afición contraída, y vivió entonces el hombre en un arrobamiento que rayaba en el éxtasis. Le parecía imposible que existiera un deleite mejor.

Pero, cierto día entre los días, vino a arrancarlo de la reclusión empecinada el poderoso Amor.

Todos los entusiasmos de Jaramillo cedieron paso a la locura sublime, y su corazón cayó de rodillas ante la belleza de una morenita de grandes pupilas y silueta elástica que le llevó, rendido y deslumbrado, a celebrar matrimonio.

Dos atractivos intensos era imposible que coexistieran; así que el serrucho fué suplantado por la mujercita deliciosa que trajo a casa de Jaramillo una felicidad jamás imaginada.

Y se deslizaba la vida, apacible y dichosa, al decir de ciertos novelistas...

Desgraciadamente, la bella existencia dió un violento tropezón; el disturbio, encarnado en aquella madre política irascible y dominante, desalojó la calma. La buena señora vínose a vivir con Jaramillo y su esposa y, andando los días, quiso el diablo que en una de las tantas investigaciones por los rincones de la casa, descubriera el maravilloso serrucho musical y se decidiera, en el acto, a aprender su manejo, eficazmente secundada por la mujer de Jaramillo que poseía en alto grado el don materno de mortificar al prójimo.

Desde entonces, el desquicio sentó sus reales en casa de Jaramillo. El pobre hombre pasó las de Caín. Día y noche taladraban sus oídos los acordes lúgubres. Las zambas, cuecas, tangos y los diabólicos bailables norteamericanos, pusieron en el cerebro de Jaramillo la idea de que allí funcionaba continuamente un despertador con música, de muy poco precio.

A causa del olvido en que lo dejaran mujer y suegra, entregadas al aprendizaje fatal, el hombre se tornó despreocupado y riñó con la higiene; porque en verdad que debe ser desesperante y desalentador el abrir los ojos por la mañana y recibir como primera impresión ingrata, un sonido áspero que ha de durar doce horas *in crescendo*. Echábase a la calle y el eco le perseguía; regresaba ávido de silencio y, al abrir la puerta, como una oleada mortífera, llegaba hasta su órgano auditivo la terrible melodía lacrimosa.

El calvario duró un mes. Y otro. Y transcurría el de febrero, menos penoso por más breve, cuando Jaramillo, harto ya de soportar el furor filarmónico, usando por primera vez de un valor desconocido en él, decidióse a interpelar a las dos mujeres. Fué lo mismo que pretender verter una idea moderada en una reunión maximalista: su débil protesta fué ahogada por la voz aguda de su mujer, superada en un tono por la de la suegra que le llamaba «atrasado», «rutinario», «neurasténico», «ridículo».

En fin: palabras que parecían flores.

Jaramillo se retiró, anonadado. Ya no vivió más que para maldecir el instante nefasto en que adquiriera el malhadado serrucho. En ciertos momentos lo buscó tenazmente para destrozarlo o tragárselo, como los fenómenos del circo que engullen espadas y cascos de botellas. También podría serruchar mosaicos, los herrajes del balcón o el pasamano de la escalera; pero las mujeres, astutas y malignas, cuidaban como de un tierno infante del maldito instrumento.

¡Ah, el serrucho! ¿Por qué salió de las carpinterías a mortificar a los humanos? ¿Quién fué el innovador que tuvo la raquítica inspiración de arrancarle gemidos y estertores armónicos? Si Jaramillo conociera su nombre, seguramente le habría buscado y metido cinco balas en el cuerpo.

El mal del pobre hombre se acrecentaba. Era una sombra errante. Resolvíase a ahorcarse cuando descubrió el objeto de su tortura. Pensó en destrozarlo inmediatamente, pero reflexionó. ¿No sería reemplazado en el acto por uno nuevo, tal vez más sonoro y desesperante? No vió otro recurso que tomar resoluciones heroicas. Extirparía el mal en su misma fuente de origen.

Esa noche, con el instrumento en la mano, caminando misteriosamente, visitó, respectivamente, el dormitorio de la esposa y la mamá política y cortó para la eternidad la causa de su tormento cotidiano: con el mismo serrucho de su desdicha seccionó la cabeza de cada una de las mujeres dormidas.

Luego, como impulsado por un extraño desequilibrio de las facultades, ejecutó magistralmente en el serrucho ensangrentado una estremecedora marcha funeraria.

Después se entregó frenéticamente a serruchar cuanto objeto encontraba a su alcance. Y, como la herramienta resistiera airosamente, terminó Jaramillo por tragársela, muriendo poco más tarde a consecuencia de una formidable indigestión.

JOMER B. VILLA



EL SERRUCHO TRÁGICO







LUCIANO JARAMILLO, para rellenar amenamente los intersticios de las muchas horas de holganza, aprendió a tocar el serrucho, haciendo brotar del dentado instrumento de moda, profusión de notas extrañas que asemejaban ordinariamente carcajadas nerviosas y balbuceo de sordomudos; hasta que, difiriendo los sonidos, parecíanse a gargarismos o croar de ranas o triste salmodia de aves nocturnas.

¡Oh, el serrucho! ¡Con qué facilidad maravillosa traduce, al par de sus modulaciones lastimeras, la infinita estupidez de ciertos espíritus modernos, víctimas de la «serruchomanía» reinante!

Jaramillo, como muchos, se encantaba. Shimmys y machichas, y otras danzas de agitado movimiento, surgieron audaces de aquella herramienta exquisita que elevaba el lirismo de la música a la altura de una hojita de papel de fumar. Ya no existieron para el maniático filarmónico otras diversiones de mayor atractivo. Las siestas y veladas fueron dedicadas exclusivamente al perfeccionamiento de la afición contraída, y vivió entonces el hombre en un arrobamiento que rayaba en el éxtasis. Le parecía imposible que existiera un deleite mejor.

Pero, cierto día entre los días, vino a arrancarlo de la reclusión empecinada el poderoso Amor.

Todos los entusiasmos de Jaramillo cedieron paso a la locura sublime, y su corazón cayó de rodillas ante la belleza de una morenita de grandes pupilas y silueta elástica que le llevó, rendido y deslumbrado, a celebrar matrimonio.

Dos atractivos intensos era imposible que coexistieran; así que el serrucho fué suplantado por la mujercita deliciosa que trajo a casa de Jaramillo una felicidad jamás imaginada.

Y se deslizaba la vida, apacible y dichosa, al decir de ciertos novelistas...

Desgraciadamente, la bella existencia dió un violento tropezón; el disturbio, encarnado en aquella madre política irascible y dominante, desalojó la calma. La buena señora vínose a vivir con Jaramillo y su esposa y, andando los días, quiso el diablo que en una de las tantas investigaciones por los rincones de la casa, descubriera el maravilloso serrucho musical y se decidiera, en el acto, a aprender su manejo, eficazmente secundada por la mujer de Jaramillo que poseía en alto grado el don materno de mortificar al prójimo.

Desde entonces, el desquicio sentó sus reales en casa de Jaramillo. El pobre hombre pasó las de Caín. Día y noche taladraban sus oídos los acordes lúgubres. Las zambas, cuecas, tangos y los diabólicos bailables norteamericanos, pusieron en el cerebro de Jaramillo la idea de que allí funcionaba continuamente un despertador con música, de muy poco precio.

A causa del olvido en que lo dejaran mujer y suegra, entregadas al aprendizaje fatal, el hombre se tornó despreocupado y riñó con la higiene; porque en verdad que debe ser desesperante y desalentador el abrir los ojos por la mañana y recibir como primera impresión ingrata, un sonido áspero que ha de durar doce horas *in crescendo*. Echábase a la calle y el eco le perseguía; regresaba ávido de silencio y, al abrir la puerta, como una oleada mortífera, llegaba hasta su órgano auditivo la terrible melodía lacrimosa.

El calvario duró un mes. Y otro. Y transcurría el de febrero, menos penoso por más breve, cuando Jaramillo, harto ya de soportar el furor filarmónico, usando por primera vez de un valor desconocido en él, decidióse a interpelar a las dos mujeres. Fué lo mismo que pretender verter una idea moderada en una reunión maximalista: su débil protesta fué ahogada por la voz aguda de su mujer, superada en un tono por la de la suegra que le llamaba «atrasado», «rutinario», «neurasténico», «ridículo».

En fin: palabras que parecían flores.

Jaramillo se retiró, anonadado. Ya no vivió más que para maldecir el instante nefasto en que adquiriera el malhadado serrucho. En ciertos momentos lo buscó tenazmente para destrozarlo o tragárselo, como los fenómenos del circo que engullen espadas y cascos de botellas. También podría serruchar mosaicos, los herrajes del balcón o el pasamano de la escalera; pero las mujeres, astutas y malignas, cuidaban como de un tierno infante del maldito instrumento.

¡Ah, el serrucho! ¿Por qué salió de las carpinterías a mortificar a los humanos? ¿Quién fué el innovador que tuvo la raquítica inspiración de arrancarle gemidos y estertores armónicos? Si Jaramillo conociera su nombre, seguramente le habría buscado y metido cinco balas en el cuerpo.

El mal del pobre hombre se acrecentaba. Era una sombra errante. Resolvíase a ahorcarse cuando descubrió el objeto de su tortura. Pensó en destrozarlo inmediatamente, pero reflexionó. ¿No sería reemplazado en el acto por uno nuevo, tal vez más sonoro y desesperante? No vió otro recurso que tomar resoluciones heroicas. Extirparía el mal en su misma fuente de origen.

Esa noche, con el instrumento en la mano, caminando misteriosamente, visitó, respectivamente, el dormitorio de la esposa y la mamá política y cortó para la eternidad la causa de su tormento cotidiano: con el mismo serrucho de su desdicha seccionó la cabeza de cada una de las mujeres dormidas.

Luego, como impulsado por un extraño desequilibrio de las facultades, ejecutó magistralmente en el serrucho ensangrentado una estremecedora marcha funeraria.

Después se entregó frenéticamente a serruchar cuanto objeto encontraba a su alcance. Y, como la herramienta resistiera airosamente, terminó Jaramillo por tragársela, muriendo poco más tarde a consecuencia de una formidable indigestión.

JOMER B. VILLA

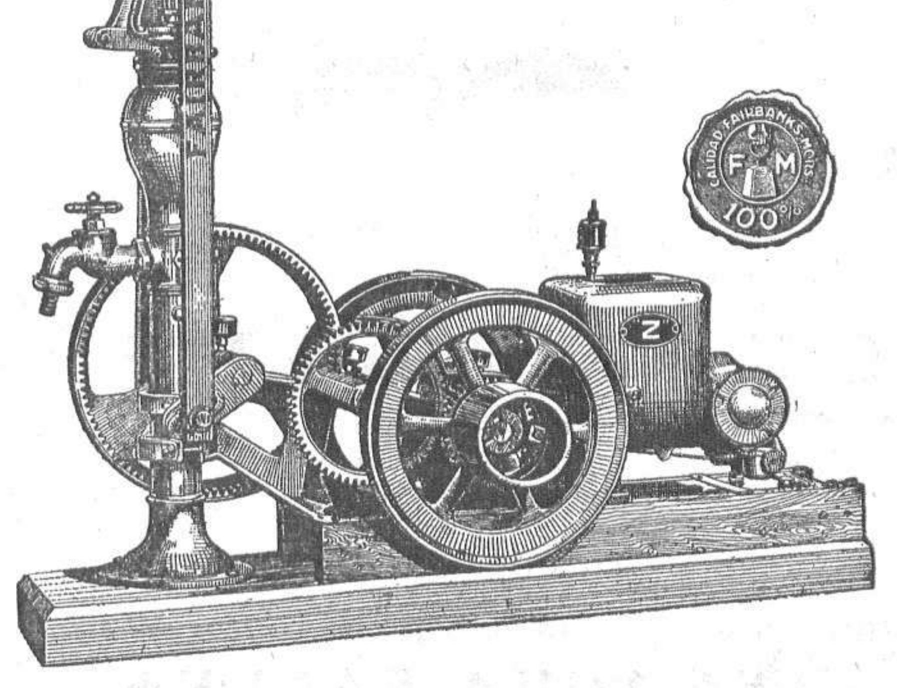
EQUIPO "EFEMCO"

PARA BOMBEAR

El equipo se compone del famoso motor "Z" de 1 $\frac{1}{2}$ H. P. con magneto BOSCH, acoplado por engranaje a un gato, el cual está sujeto a la bomba de pie de molino por medio de una grampa.

El equipo EFEMCO no corre el riesgo de ser destruído por tormentas ni depende del viento para fuerza. Puede ser usado en varios pozos y tiene polea para otros trabajos.

Si Vd. necesita un molino o tiene uno destruído, reemplácelo con este equipo. Cuesta menos que un molino a viento y no cuesta nada instalarlo o renovarlo. Capacidad 5.000/9.000 litros por hora.



PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

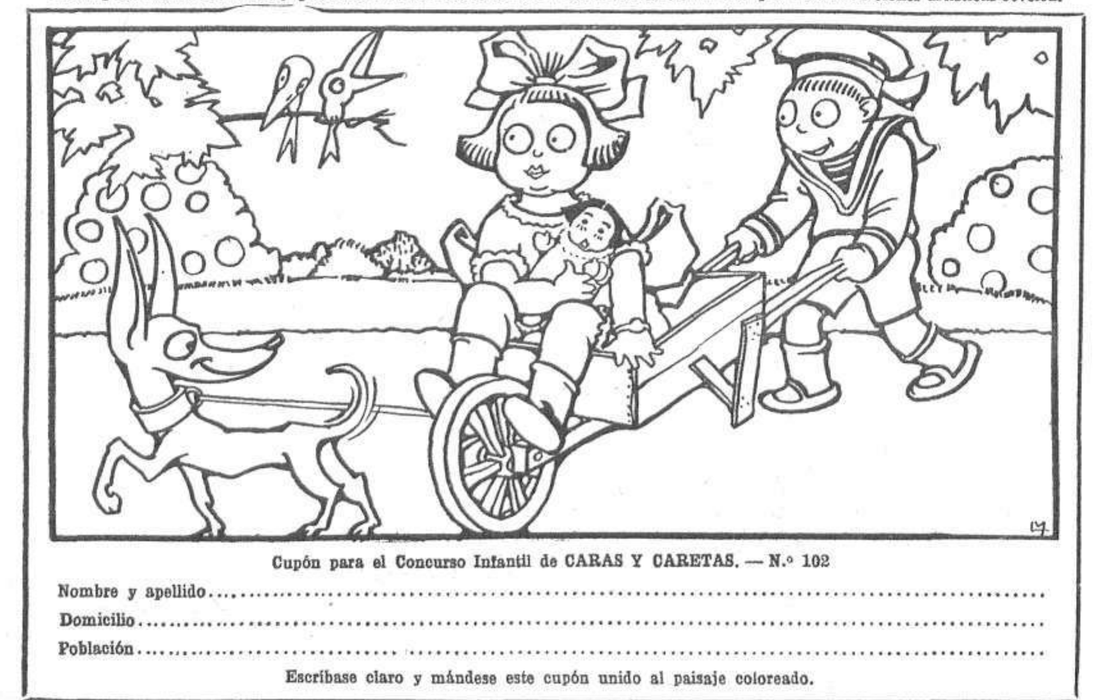
HENRY W. PEABODY & Cía.

1746, Bmé. MITRE, 1758 — BUENOS AIRES

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 102

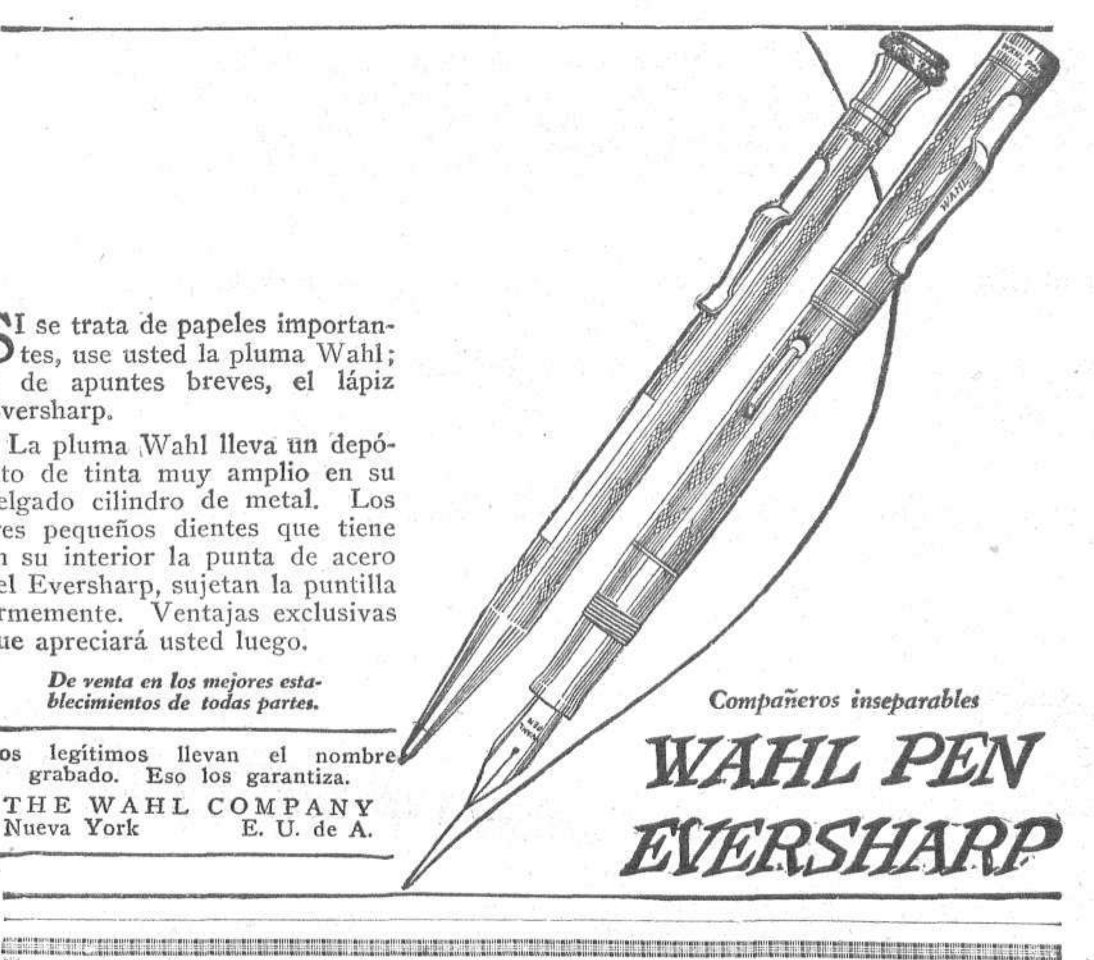
Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.° 100 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:



¡ALEGRIA! ¡ALEGRIA!

El hombre, que es el único ser de la creación dueño de la risa, suele perder con demasiada frecuencia, por desgracia, este don divino, no tan sólo por los afanes y amarguras de orden moral, sino también por causas que tienen su origen en los males físicos. Entre éstos, y teniendo en cuenta su influencia inmediata sobre el carácter, están en primera línea todos aquellos que residen en el estómago y las vías digestivas.

Lo de *mens sana in corpore sano* es una verdad incontrovertible, pues todo ser humano que goza de buena salud trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente y, por fin, disfruta de la vida y sus placeres, sonriendo constantemente ante su dicha.

Es necesario, pues, asegurar cuanto antes, y por el mayor tiempo posible, este bienestar inapreciable, para lo cual hay que empezar por cuidar de que los órganos del cuerpo marchen arreglados como un reloj, funcionando metódicamente, de manera que estómago, vientre, hígado, etc. cumplan sus providenciales cometidos con regularidad y perfección.

Para este fin no hay más que usar oportuna y sistemáticamente las renombradas

PILDORITAS REUTER

el laxante más eficaz, sencillo y cómodo a que pueden recurrir los que padecen de estreñimiento o malas digestiones, pues su acción es suave y segura, y sin causar dolor ni irritación eliminan los residuos nocivos y vigorizan todo el aparato digestivo.

Usando las Pildoritas Reuter el dispéptico debilitado y entristecido adquiere su vigor prístino, las digestiones no son una penosa labor, la sangre fluye fresca y abundante en glóbulos rojos, las células gastadas se renuevan, la mente descansada de la fatiga del dolor despierta y se anima, y cuerpo e intelecto son bañados por la onda suprema: ¡Alegría! ¡Alegría!



LECTURAS INFANTILES

LA LÁMPARA Y LA VELA



RA una noche plácida de verano. En la casa todos estaban entregados al sueño. Pero si alguien hubiese penetrado en la cocina, habría escuchado un animado diálogo entre una lamparilla eléctrica y una blanca vela. La primera había quedado encendida durante la noche a pedido de Alfredito y Jacinto que anhelaban la llegada de Melchor, Gaspar y Baltasar y querían que la casa estuviese alumbrada. La segunda había sido colocada sobre una mesita.

—Mira — dijo con desprecio, la pequeña lámpara; — tú estás ahí ociosa, mientras que yo velo.

—Tengo derecho a descansar — respondía la vela. — Hoy, mientras tú dormías, yo he trabajado. La doméstica ha descendido al sótano donde está instalada la bodega para sacar el vino del tonel. La bodega estaba a obscuras, y yo la he alumbrado. El peón ha debido ir al sótano a sacar carbón y subía la escalera con peligro de caerse, y entonces yo, en manos de la dueña de casa, le di luz, teniendo la satisfacción de que aquél me mirara con gratitud. Los niños que aguardan la llegada de los dadivosos Reyes de Oriente también me toman en sus manos al levantarse de sus camitas a mitad de la noche para comprobar que los zapatitos colocados en la puerta para recibir el obsequio apetecido no están vacíos.

—Te contentas con muy poca cosa — le interrumpió la lamparilla.

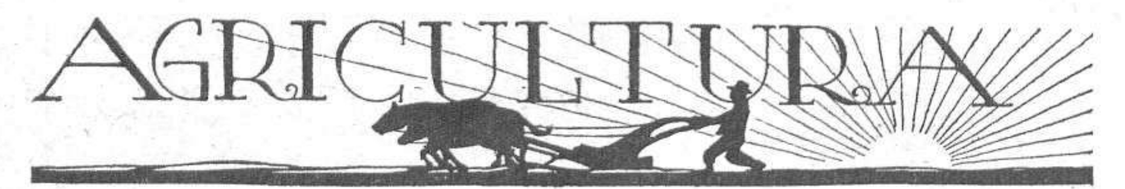
—Mientras tanto tú estás siempre ahí quieta pendiente del hilo eléctrico, y no alumbras más que esta habitación. Yo, en cambio...

—¿Tú?... Tú vales mucho menos que yo. Tu luz es débil y oscilante; el más ligero soplo de aire puede extinguirte. Al contrario, mi luz es siempre igual. Hay que agregar a mis méritos el de tener hermanas mayores que yo que iluminan las calles de la ciudad y no temen compararse con la luz del día.

En aquel momento el primer rayo del sol entró por la ventana y fué derecho a golpear a la orgullosa lamparilla, haciendo aparecer su luz pálida, débil. La vela movió su lucecita como queriendo demostrar su complacencia por aquel castigo que el padre Sol infligía a la soberbia y pequeña lámpara, que guardó silencio frente al fulgor de aquel rayo que la hacía aparecer tan miserable.

ADELIA DI CARLO.


Modelo N.º 5
Modelo N.º 4
Modelo N.º 9
Señora:
La Casa Izquierdo
490, CARLOS PELLEGRINI, 490
ofrece a Ud. en su departamento de MODAS, el surtido más grande y novedoso en sombreros de alta calidad y distinguida elegancia.
Estos diez modelos en ricas pajas, de gran fantasía, adornados con finísimas cintas y flores de seda, los ofrecemos por esta semana a
$ 13.50
Tenemos 25 diferentes modelos, y surtido completo en colores.
Los pedidos del interior los despachamos en el día, y debe agregarse $ 1.— para embalaje y flete.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313
Modelo N.º 6
Modelo N.º 8
Modelo N.º 1
Modelo N.º 2
Modelo N.º 3
Modelo N.º 7
Modelo N.º 10



LAS BUENAS FORRAJERAS: CEBADILLAS

Entre las gramináceas espontáneas o cultivadas que constituyen buenas forrajeras, debemos anotar las cebadillas, que pertenecen al género *bromus* y de las que algunas son anuales y otras vivaces; se conocen más de cuarenta especies de bromus, pero las más conocidas y apreciadas por agricultores y ganaderos son: el *bromus pratensis*, bromo de los prados; *bromus inermis*, bromo sin aristas o de Hungría; *bromus unialoide*, cebadilla criolla, y *bromus Schraderi*, cebadilla australiana.

El bromo de los prados es un pasto rústico, vivaz, de producción temprana en primavera; es poco exigente en cuanto a tierra; se adapta a cualquier clase, pero es más adecuado para las arenosas, áridas y calcáreas principalmente; llega a un metro de altura, y su valor alimenticio es bastante bueno, sin ser óptimo.

El bromo de Hungría es planta vivaz también, de tallos fuertes, bien provistos de hojas, muy rústico, resistente a las sequías y a los fríos rigurosos; da bien en los suelos arenosos y áridos, aunque prefiere los de mediana consistencia; cuando las plantas han adquirido bastante desarrollo, *a los dos o tres años*, su producción foliácea es más abundante, porque alcanza hasta la cima de sus tallos, produciendo pocas espigas; y una vez que ha tomado posesión del terreno, es difícil extirparlo a causa de sus rizomas o estolones subterráneos con que se propaga y extiende; como forrajera es bastante buena, de producción abundante durante todo el verano y otoño, aunque debe utilizarse en estado verde, pues desecándose se endurece excesivamente.

El bromo pampeano o cebadilla criolla es de sus congéneres de las más apreciadas, se encuentra espontánea en los campos que los ganaderos denominan de pastos tiernos, que se crían y extienden en tierras cultivadas; donde más abunda es en la provinvia de Buenos Aires; pero se le encuentra también en las otras del litoral y en la de Córdoba.

Sus tallos, que forman mata, se elevan de 80 centímetros hasta más de un metro de altura y son bien provistos de hojas, bien largas y anchas; por su desarrollo vegetativo precoz, muy temprano, en primavera, se le considera casi como un pasto de invierno, porque cuando esta estación sigue templada y no muy seca, sus matas brotan durante o hacia fines de invierno; a principios de octubre, o antes, según las zonas, ya florece; sus espiguillas, que forman panículo extendido y abierto, pronto maduran y se caen por cuyo medio se reproduce la planta, que es anual.



Planta de cebadilla australiana y su fruto.

Aunque prefiere climas templados, esta forrajera soporta los fríos intensos y hasta las heladas; en cuanto a sequías también las resiste bien, pero se comprende que los años lluviosos favorecen su desarrollo.

Respecto a tierras, la vemos vegetar en las condiciones más diversas y opuestas: en los suelos arcillosos y compactos como en los más arenosos de la Pampa; pero la observación demuestra que en los de mediana consistencia sílicoarcillosos, ricos de humus, prospera más y adquiere su mayor desarrollo.

Cuando trátase de empastar campo, como suele decirse, es suficiente desparramar la semilla o frutos sobre la superficie y taparla con una rastreada; a veces basta el mismo pisoteo de los animales para que la semilla quede adherida al suelo y pueda germinar; esto mismo úsase cuando se le deja semillar, en cuyo caso los animales se encargan de sembrarla; pero si se trata de cultivarla en forma, ya sea sola o asociada a la alfalfa, entonces hay que preparar el suelo con una o dos aradas cruzadas y buenas rastreadas, para desmenuzar bien la superficie y poder efectuar la siembra a voleo generalmente, tapando luego con rastra, de modo que quede a poca profundidad; esta operación se hace con más resultado en otoño, más bien temprano; en primavera se puede también, pero está más expuesto a que los solazones del verano anticipado la hagan secar. En todo caso se cuidará de sembrar después de unas buenas lluvias, para que la tierra tenga suficiente humedad para hacer germinar la semilla.

Para sembrarla sola, se emplean de 30 a 40 kilogramos de semilla por hectárea; asociándola a la alfalfa, u otras forrajeras, para pastoreo únicamente, bastan de 8 a 10 kilogramos por la misma extensión. Una buena semilla de cebadilla debe tener un poder germinativo de al menos 80 por ciento, y su color debe ser amarillo claro; cuando es de color verde claro, quiere decir que fué cosechada antes de tiempo. Si se siembra para pastoreo, la cebadilla, a fines de invierno, se puede utilizar ya, haciéndolo antes que empiece a florecer; lo mismo para corte, porque una vez semillada, los tallos se endurecen y pierden en buena parte su poder nutritivo. La cosecha de semilla, que también es buen negocio, debe efectuarse antes de que los frutos estén demasiado maduros, porque se desgranan con facilidad y se perdería mucha semilla; cuando trátase de pequeñas extensiones o se recoge la semilla donde la cebadilla crece espontánea, la operación se hace a mano y se embolsa directamente, aventándola después; pero si se trata de cultivos en forma, se cosecha y se trilla como la alfalfa; y, en fin, como que es planta anual, no haciéndola pastorear en otoño, se le deja semillar y entonces se reproduce sola.

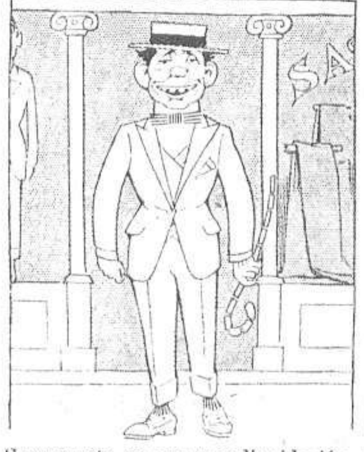
Por más que casi siempre se cultiva para pastoreo, puede bien cortarse, y de una hectárea bien empastada pueden obtenerse hasta 15 a 20 mil kilogramos de pasto verde, esto es, de 5 a 6 mil kilogramos de pasto seco y de 500 a 800 kilogramos de semilla en la misma extensión.

En cuanto a su valor alimenticio, es un forraje de primera, pues contiene de 10 a 12 por ciento de materias proteicas en estado verde, y de 14 a 18 por ciento en la substancia seca, antes de la floración; en estado verde es excelente para la alimentación de vacas lecheras.

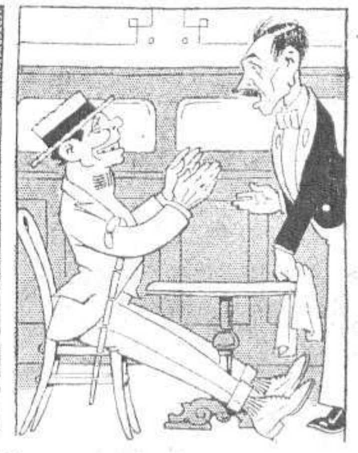
Otra forrajera muy parecida y que la supera en todo es la cebadilla australiana, que se cultiva bastante en el país, y en forma análoga; es vivaz o perenne, resiste bien las sequías y las heladas; durante el primero y segundo año su producción es muy elevada y puede dar 3 y 4 cortes por año; es el verdadero pasto de invierno, pues continúa brotando durante toda la estación, si no es muy cruda; su valor nutritivo es elevado, pues contiene de 15 a 20 por ciento de materias proteicas. Es, en fin, la mejor gramínácea para pastoreo o para corte, sola o asociada a la alfalfa.

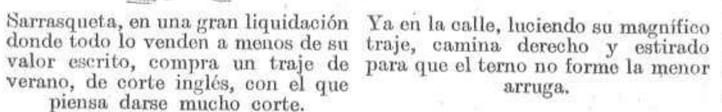
HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO.

SARRASQUETA ESTRENA UN TRAJE









Sarrasqueta, en una gran liquidación donde todo lo venden a menos de su valor escrito, compra un traje de verano, de corte inglés, con el que piensa darse mucho corte.

Ya en la calle, luciendo su magnífico traje, camina derecho y estirado para que el terno no forme la menor arruga.

Al sentarse, en visitas o en el café, lo hace estirando las piernas para que los pantalones no formen rodilleras ni se borre la impecable raya.



Al cruzar una bocacalle, según manda la ordenanza, un *chauffeur*, con el barro que despiden las ruedas del auto, le embarra por completo sus inmaculadcs pantalones.



Pero una compasiva regadera automática, para sacarle el barro, le riega abundantemente las manchas de su ya arruinado traje.



Y un distraído albañil, sin querer, hace de quitamanchas, borrándoselas con un abundante lavaje de cal.



Sarrasqueta, de paseo y en despoblado, mira al cielo y ve con pánico que una negra nube se aproxima y le pilla sin paraguas para salvar el resto de su indumentaria.



La nube se descarga, y haciendo de tintorería de los mil colores, le remoja bien, poniéndole como el arco iris o a la moda Tutankhamon.



Sarrasqueta, ya en su casa y pasado por agua, se pone en la azotea a secarse al sol y a pensar en la transmutación y encogimiento de las almas y de los trajes baratos.

DIBUJOS DE REDONDO.



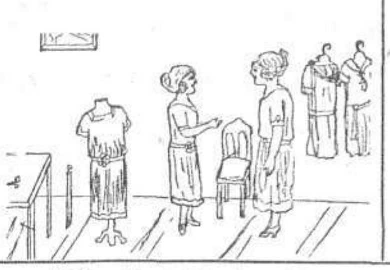
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



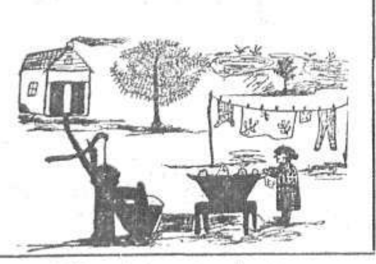
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



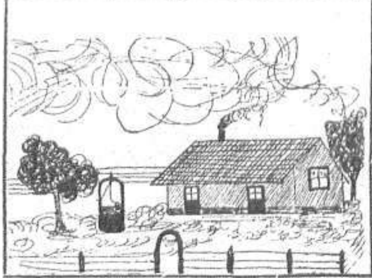
1595 — Por desobedecer.
ALMANZOR A. LINARES.



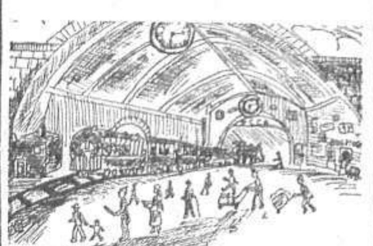
1596 — En el taller de modista.
AURORA ELIDA ROJAS.



1597 — La lavandera de mi casa.
ALFREDO ESCUDÉ.



1598 — La chacra de Raúl.
BALBINO FERNÁNDEZ.

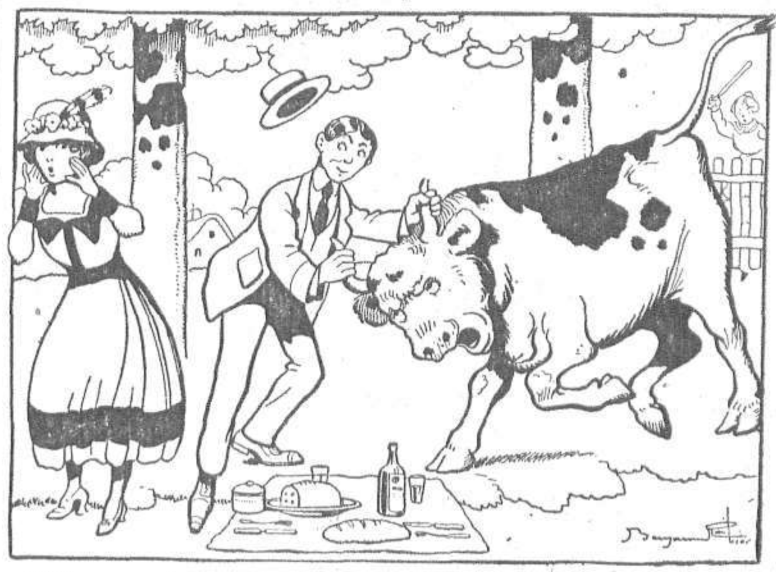


1599 — Esperando la partida del tren.
ADALBERTO HORACIO GOUBAT.



1600 — Captura de «El Pibe».
ARNALDO RIQUELME.
(Asunción del Paraguay).

Más fuerte que un toro



Ella. — *¡Ay! estamos perdidos.*
El. — *Nada temas, tomo Quinium Labarraque; con él el hombre es tan fuerte como Hércules.*

El uso del **QUINIUM LABARRAQUE** a la dosis de un vasito de licor después de cada comida, basta, en efecto, para devolver en poco tiempo las fuerzas a los enfermos más agotados y para curar con seguridad y sin tropiezos las enfermedades por consunción y las anemias más antiguas y rebeldes a todo otro tratamiento. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente con este heroico medicamento.

De aquí que las personas débiles, debilitadas por las enfermedades, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes cuyo desarrollo es lento; las mujeres que están en período puerperal; los viejos debilitados por la edad; los anémicos, los afectos de surmenaje deben tomar el vino de **QUINIUM LABARRAQUE.** Está además recomendado en los convalecientes.

El **QUINIUM LABARRAQUE** se encuentra en todas las Farmacias. — Depósito general: **Maison FRERE**, 19, rue Jacob, Paris.

Su casa de campo



requiere materiales de primera calidad que lo exima de constantes e inútiles desembolsos.

A su disposición tenemos un surtido completo de

PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO

que vendemos a precios más baratos que las de madera inferior.

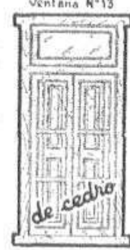


PUERTA N.º 1

De 300 × 110	c/u.	$ 94.—
» 280 × 110	»	» 92.—
» 260 × 100	»	» 89.—

VENTANA N. 13

De 240 × 100	c/u.	$ 78.—
» 220 × 90	»	» 72.—
» 200 × 80	»	» 68.—



MADERAS — CHAPAS DE HIERRO CANALETA Y MATERIALES PARA CONSTRUCCIONES

Entrega inmediata

Acordamos **5 %** de descuento

SOLICITE CATALOGO

ilustrado con Puertas y Ventanas.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

TORTOSA Hnos

Escritorio: ***Charcas 2941*** *- Buenos Aires*

Escuela Industrial de la Nación. Técnicos constructores egresados



Señor Camilo Castro.



Señor José Vegerzó.



Señor Antonio Lilio.



Señor Atilio Di Boscio.



Señor Pedro Peño.



Señor José Colotta.



Señor Pablo Mikulak.



Señor Tomás Todonso.



Señor Cayetano Paoiillo.



Señor Miguel Cilo.

PLEGARIA DEL ÁRBOL

El Consejo Municipal de Arganil (Portugal) ha hecho colocar en los árboles más visibles de sus parques y carreteras una placa de esmalte con la siguiente inscripción:

«Tú que pasas y levantas contra mí tu brazo, antes de hacerme mal, mírame bien.

«Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol de agosto. Mis frutos sacian tu hambre y calman tu sed.

«Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, las tablas de tu mesa, la cama en que descansas.

«Soy el mango de tus herramientas, la puerta de tu casa. Cuando mueras en forma de ataúd aun te acompaño al seno de la tierra.

«Soy pan de bondad y flor de belleza. Si me amas como merezco, defiéndeme contra los insensatos».

La bulliciosa soledad. — Las calles solitarias y obscuras son tan acreedoras a la atención como las vías urbanas repletas de luz y de gente. Y desde luego más interesantes.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



LA MUJER Y EL DELANTAL

POR

LUZ Y SOMBRA



Una de las costumbres que más impresionan a la mujer europea que llega a nuestro país, es el altivo desprecio que las mujeres de aquí brindan al delantal. *«¿Por qué* lleva usted delantal?» — preguntaba una señora porteña a una señorita recién llegada. «El delantal es para las sirvientas». ¿Conque es un simple delantal lo que diferencia a la mucama de la dueña de casa? Un concepto bien diferente, y mucho más femenino, tienen las europeas sobre este argumento. Al lado del viejo refrán: «El hábito no hace al monje» vive el otro no menos viejo: «El delantal hace a la mujer». Una mujer que sabe llevar delantal en su casa es considerada, en Europa, una señora, una verdadera señora. Yo no quiero con eso hacer lo que ya demasiado frecuente se usa: ensalzar las costumbres extranjeras para humillación de nuestra gente. Yo os digo, sin embargo, que la mujer de nuestro país no será mujer de su tiempo en toda la extensión de la expresión, mientras no sienta la «necesidad del delantal, como siente la del vestido y la de los zapatos. He visto a mil mujeres de criterio, y de buena situación, que nunca han usado un delantal sino en caso excepcional, el de la cocinera, al marcharse ésta. Y dan vuelta todo el día en su casa, cosen, planchan, vigilan la cocina, y hasta lavan una taza o una blusita fina para ayudar a la mucama, salpicando con agua, ajando y llenando de hilos sus vestidos, que, si bien son para entre casa, no son nunca lavables ni substituibles como un delantal. Además tienen aspecto de mujeres vestidas como para salir a la calle, les falta esa elegancia íntima que está en consonancia con el hogar. Ellas no lo notan, claro está: pero la europea obligada a adaptarse a estas costumbres se siente poseída por un malestar inexplicable, como si tuviera que atender la casa de otra persona a la que hubiese ido a visitar.

Durante el verano, y especialmente en montaña, las señoras se reunen, en las horas de la tarde, con sus bolsas de trabajo y sus delantalitos apropiados. Es tan grande la afición de la europea al delantal, que encuentra mil motivos para llevarlo aun cuando no hay necesidad. Y lo lleva bien, como un complemento de la toilette.

La costumbre es tan exquisitamente femenina, tan apropiada a la mujer práctica de nuestros días, que yo voy a intentar una demostración gráfica de las bellezas de esa prenda, con una débil esperanza de que, entre las mil y una importaciones ultraexóticas, venga a nuestro país también la afición al delantal, la única, quizá, digna de ser importada. Para un delantal hay que considerar las proporciones de la silueta que lo ha de llevar, el estilo y la fisonomía personal del marco en el que uno debe moverse.

Una joven señora, en un elegante salón quitando el polvo a los bibelots valiosos y dando el último toque a la disposición de los objetos, no llevará un delantal para cosechar fruta, y si hay cretonas muy decorativas en un departamento modesto o en una casa de campo, las mismas arrojarían una nota estridente dentro del marco suntuoso de una morada señorial. Bajo el arco del rosal que nuestro grabado reproduce, *tres mujeres llevan* delantal.

El primero es de tela de hilo color natural, realzado por una tira derecho-hilo de tela orange que lo bordea. Una capita en la espalda le da un aspecto novedoso. La pollera del delantal es «envolvente».

La figura del medio lleva un delantal de cretona estampada de rosas grandes sobre un enrejado de fantasía, de colores vivaces que eliminan lo rebuscado en el corte.

Un bonito género de algodón rosa compone el tercero, que es como un vestidito plissé, fresco, económico y bien apreciado en los días de descanso en el jardín.

Delantales más rebuscados, son en muselina blanca a pois, con volados de muselina lisa, como en el grabado 2. Otros son de voile bordados de flores de campo y guarnecidos con cintas de terciopelo.

En el caso de crisis doméstica, en lugar de usar el delantal de la cocinera y esconderse si se oye sonar el timbre de la puerta de calle, la señora elegante preferirá un vestido delantal enterizo de percal verde almendra con pespuntes blancos o marrón (grabado 4).

Para la hora de la costura, un pequeño delantal es suficiente. Allí es donde las más descabelladas fantasías y cierto gusto artístico encuentran sitio.

O también será apropiado un sencillo fular rústico colocado en forma que una de sus puntas forme la parte superior, o un grande medallón ovalado de batista bordeado de un plissé y con una coulisse en el talle sobre dos cintas.

El grabado 3 ofrece el modelo de un delantal hecho con dos largos de tela a cuadros y ribeteado de cinta de algodón. Bolsillo de tela lisa colorada.

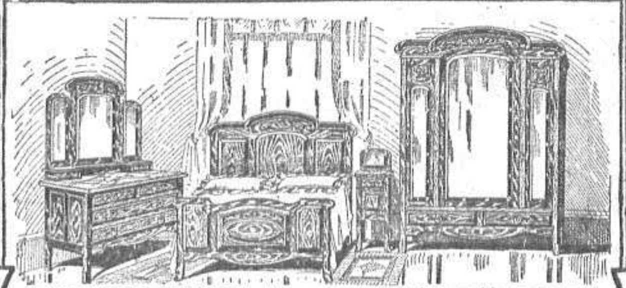




CORRIENTES 1172-80

BUENOS - AIRES

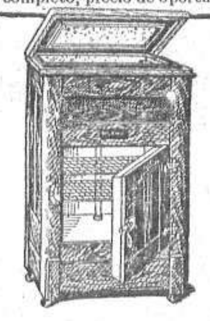
La construcción de nuestros locales de venta ofrece la oportunidad de instalar o renovar el moblaje de un hogar, en condiciones excepcionales de precios módicos.



JUEGO DE DORMITORIO de 3 cuerpos, construido en roble norteamericano, lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de: 1 ropero 3 puertas división en un costado, 1 «toilette» - cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. El juego completo, precio de oportunidad, a.......... $ **485.—**

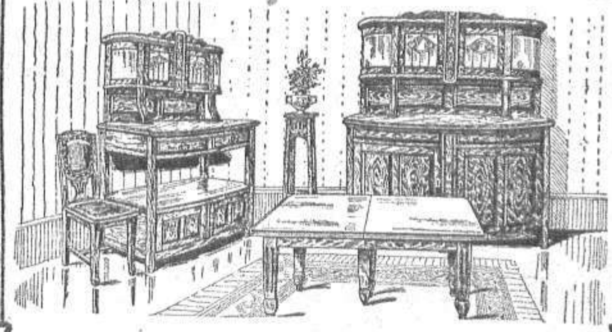


GUARDARROPA de nogalina, maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**........................ $ **85.—**

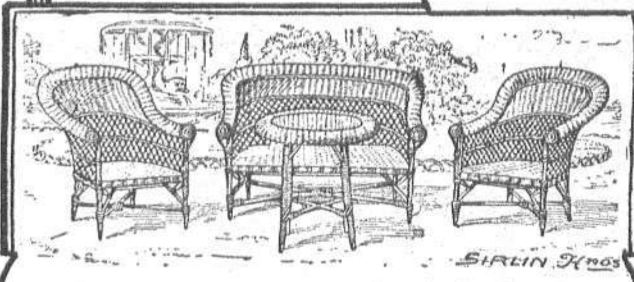


HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración: tamaños:

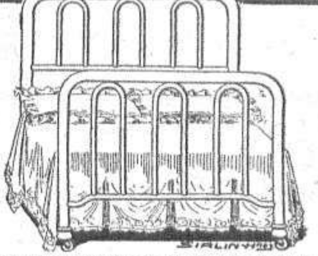
N.º 303 — 105 × 54 × 37.... $ 75.—
» 304 — 107 × 58 × 42.... » 85.—
» 305 — 110 × 60 × 44.. » 115.—



JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, y 6 sillas tapizadas en cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, rebajado, a.................. $ **430.—**



JUEGO 1407. En mimbre tupido, amplio formato reforzado, modelo de gran aceptación, barnizado en color crema o natural. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas, 2 hamacas y 1 mesa, a.............. $ **70.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro: 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, pesos 35.—; 1 plaza, a......................... $ **25.—**

PARA LOS DEL INTERIOR.

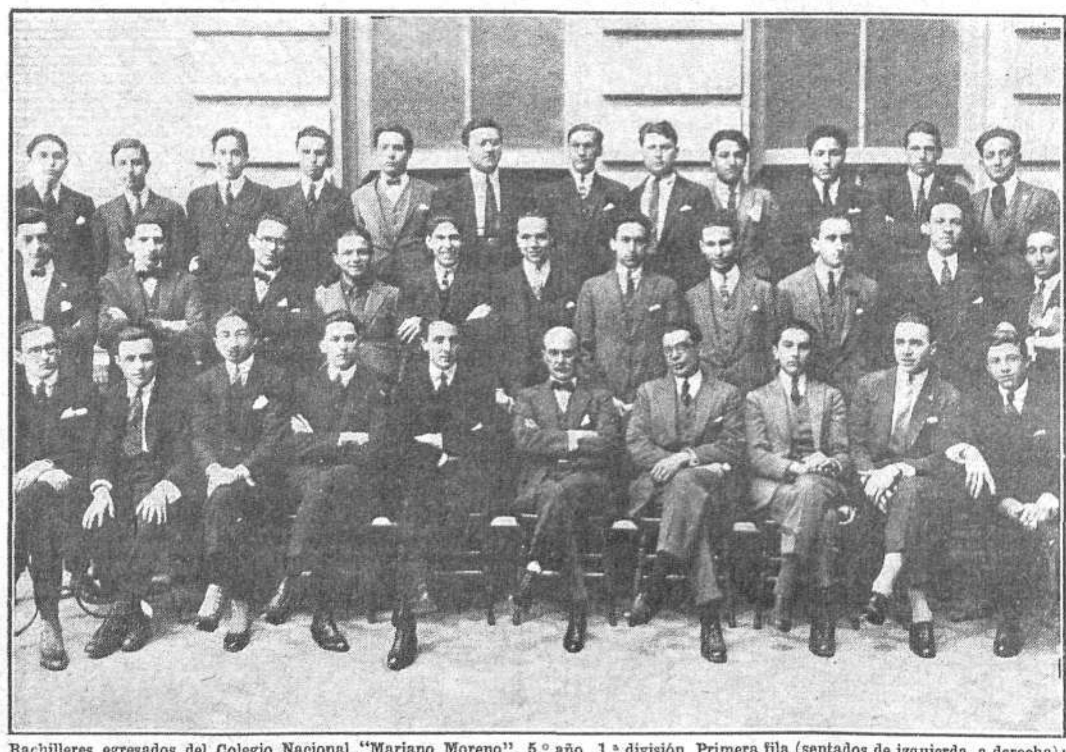
Los pedidos recibidos por carta, merecen toda nuestra atención, siendo atendidos en la misma forma como si lo fueran realizados personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3.

SOLICITE CATALOGO. ROGAMOSLE HAGAN MENCION DEL ARTICULO QUE LE INTERESA PARA ENVIARLE EL CATALOGO CORRESPONDIENTE.

Nuevos Bachilleres



Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno". 5.° año, 1.ª división. Primera fila (sentados de izquierda a derecha): Armando Zanotti, Carlos A. Buscaglia, Ernesto V. Ponce, Walterio Mundt, Roberto Cástano (celador), doctor Manuel Derqui (rector), Roberto Vico Torrá (jefe de celadores), Mauricio Berner, Torcuato A. Marelli y Cayetano Dimartino. Segunda fila (de pie, de izquierda a derecha): Juan Cahané, Pedro Ecay, Manuel Domínguez, Carlos Quaglio, Arturo P. González, Rodolfo Porro, Rodolfo E. Craviotto, Ramón Cohan, Héctor Montagna, Daniel F. Cousio y Manuel Belnicof. Tercera fila (de pie): David Gorodetzky, Domingo Nicastro, Agustín P. Craviotto, León Tarnofsky, Edgardo Kronhaus, Héctor J. Alemán, Alberto Maisto, Boris Rothman, Humberto Accinelli, Horacio Mazzarelli, Servando Viladesau y Oscar De Nucci.







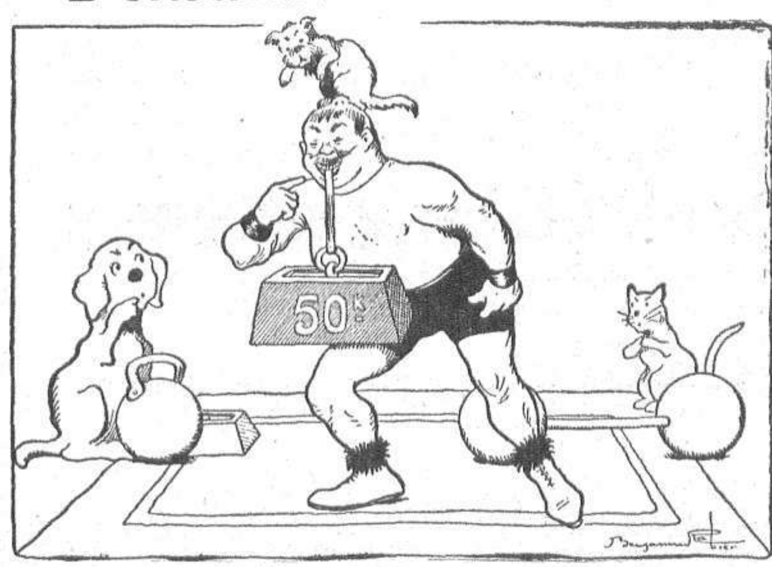
Escena Familiar



La Suegra entrando.—Una nueva discusion en el matrimonio. Adivino su procedencia, yerno mio; vuestras digestiones son dificiles. Tomad el Carbon de Belloc que os traigo, con el que digerireis bien y renacera la tranquilidad en vuestro hogar.

El uso del Carbón de Belloc en polvo o en pastillas basta para curar en pocos días los desarreglos gástricos y las enfermedades intestinales, enteritis, diarreas, etc., incluso las más antiguas y rebeldes a todos los demás remedios. Produce una sensación agradable en el estómago, devuelve el apetito, acelera la digestión y hace desaparecer el estreñimiento. Es de gran eficacia contra la pesadez del estómago antes de las comidas, las migrañas dependientes de malas digestiones, las acideces, los eructos, y todas las afecciones nerviosas del estómago y de los intestinos. Depósito general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**

Dentadura Excelente



Emplead el Dentol y tendréis como este hombre una dentadura excelente.

El DENTOL (agua, pasta, polvo, jabón) es un dentífrico que además de ser un excelente antiséptico está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, endurece las encías. En pocos días da a los dientes la blancura de la leche. Purifica el aliento estando especialmente indicado en los fumadores. Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente.

El DENTOL se encuentra en todos los buenos establecimientos que venden perfumería y en las Farmacias. Depósito general: MAISON FRERE, 19, rue JACOB, PARIS.

SERODINO. — "Cuadro Persa" integrado por distinguidas señoritas de esta localidad, el cual cosechó calurosos aplausos en la velada que a su beneficio organizó el Tennis Club.



COPLA DE LA LLUVIA

He oído en los anchos y duros campos del noroeste argentino una copla, hija de la musa popular, copla ingenua que parece no decir nada y dice todo; que tiene la insipidez del agua y el sabor inefable del agua:

«Cuando la perdiz canta
Y el cielo ñubla,
Dicen los campesinos:
Agua segura...»

¿Quién es el autor de esta copla refranesca, donde el poeta nos habla de una esperanza y de un preanuncio de lluvia? Ya lo hemos dicho: no es nadie y son todos; es decir, la musa del pueblo, retozona e ingenua, alegre y triste, buena y simple como las cosas y sin complicaciones de academia ni orgullos de civilización.

Más de una vez, en nuestro ir y venir por las provincias del interior, hemos anotado estas estrofas, debidas al *gay saber* popular, y donde las humildes gentes, de generación en generación, guardan en decires picarescos y en cantares apasionados y dolientes, su ciencia y experiencia de la vida y de la muerte, del amor y del dolor. Pocas tan gráficas y sencillas; pocas tan bien nacidas de la naturaleza y del espíritu observador del poeta, como la copla de la lluvia. ¡Bienaventurados los moradores de tierra adentro, cuando pueden cantarla; y pobres de aquellos que están mudos porque ven secarse las sementeras y los pastos, y agotarse las represas, ante un inclemente cielo de cobalto, que no quiere derramar ni una gota de agua sobre los campos, y sobre los ganados y los hombres que mueren de sed!...

Pero oigamos la copla misma, y veamos dónde, en qué ambiente y en qué anchas y soleadas tierras pudo haber nacido.

Empieza la estrofa, diciendo algo que podría calificarse de impropiedad gramatical:

Cuando la perdiz canta...

¿Canta la perdiz? — No, señores gramáticos; no canta; antes bien, silba; y lo hace como un hombre, y si vosotros queréis, como un alma en pena — uno de esos espíritus penitentes y vagarosos que según la creencia popular andan y desandan cerca de las casas, deseando hacer a los vivos quién sabe qué dolorosa confesión, qué íntima confidencia para salvarse del fuego eterno...

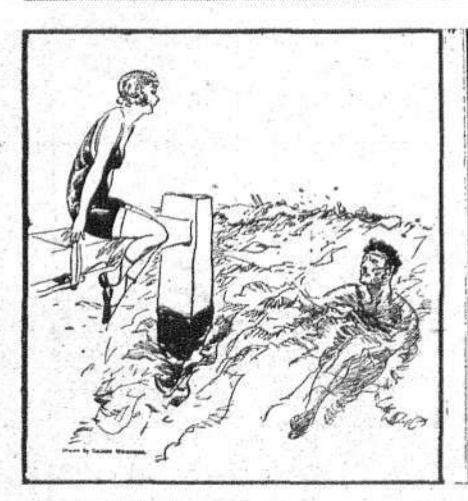
Ciertamente, el silbido de esta ave es penetrante, humano, como si fuera un corazón de hombre, perdido en la vastedad de los campos, el que llama a otro corazón. Está hecho de dos módulos melancólicos y profundos; y uno se admira de que haya tanta hondura y tan varonil tristeza en ese pequeño e insignificante animalito color de tierra, de vuelo corto y bajo. No canta por cierto la perdiz; pero su silbido ¿no es acaso más emotivo, más tónico que un canto? De ahí que la musa popular, con una intuición que es toda su sabiduría, haya construído el verso, tal como aparece en la copla de la lluvia. Copla sin gramática ni literatura, pero con la conciencia de la vida y el buen sentido de la naturaleza, que hay en todos los frutos del ingenio del pueblo.

Canta en verdad la perdiz, anunciando el agua del cielo; y hay en su instinto de adivinación, en su sensibilidad, más acierto que en la vieja ciencia de los taumaturgos y arúspices antiguos. Canta en las mismas circunstancias en que gritaba, lleno de alegría y entusiasmo proféticos, el Ibis de los egipcios al preconizar las grandes lluvias y las crecientes del Nilo.

Mas, para que el anuncio sea más seguro, al silbido del ave debe acompañar el nublado del cielo, un nublado color pizarra, tormentoso, fosco. Nada de esos cirrus blancos, como gasas y tules paseados por manos de hadas que van y vienen por el firmamento. Nada de esas nubes fileteadas de oro y de fuego que dejan intermedios de cielo azul. Son necesarios los nubarrones plúmbeos, pesados, para que la lluvia inunde los campos, se llenen las represas, florezcan las sementeras, canten los hombres y retocen los brutos...

Y la copla es gráfica:

Cuando la perdiz canta,
Y el cielo ñubla...



— ¿Viene?
— No. ¡Prefiero ahogarme sola!...



Las últimas manzanas.

Es decir, cuando el cielo azul se entolda de tinieblas densas, lanceadas de vez en vez por el relámpago. Pues, no otra cosa significa la palabra «ñubla» del segundo verso. Y he aquí lo prodigioso: por más que se entolde el firmamento y alumbren los relámpagos, y el viento traiga ese perfume de agua que hace suspirar y revivir, la lluvia no caerá si la perdiz permanece muda y escondida debajo de las jarillas y retamas, y es claro, mudos y tristes permanecen también los moradores; y la copla queda trunca, porque no:

Dicen los campesinos
Agua segura...

II

Y ahora veamos dónde pudo haber nacido este cantar refranesco. Su cuna fué sin duda alguna la llanura soleada y vasta. Acaso nació en los «barriales» de color jalde, donde la tierra arcillosa se enrojece y endurece bajo el sol; quién sabe si en los médanos, o bien en los campos salitrosos donde arraiga la jarilla y el jume. Cualesquiera haya sido la naturaleza del suelo y del clima, lo evidente es que la copla nació en descampado, y no lejos de una de esas estancias o «puestos» que viven milagrosamente en los llanos del noroeste argentino.

Ahí está la casa de gruesas paredes de adobe, o bien la alquería de «pirca». Son los cortijos primitivos. Ved los galpones, llamados «ramadas». Ved los rodeos y apriscos; y más allá de los bañados y rastrojeros, la represa con su bosquecillo de talas y algarrobos. Eso es todo. Hombres y ganados viven a la intemperie, en unas tierras duras, bajo un sol de fuego en el verano y unos vientos helados y cortantes en el invierno. Y en el desamparo de los campos y de los cielos no tienen otra esperanza que el agua de lluvia:

Cuando la perdiz canta
Y el cielo ñubla...

Suponer que fué la musa de la sierra, o mejor dicho, de la montaña adentro, quien hizo el cantar, nos parece ilógico. Allí está el agua de los hontanares y corre el arroyo, dividiendo en dos bandas el valle y a la cañada verde-azul. Allí florece la vega y la dehesa; allí se ven álamos y viñedos. No



CESAR CARRIZO

importa, desde luego, que el cielo no «ñuble» ni silbe la perdiz con su voz, donde dijérase que vibra un corazón de hombre y grita el hondo dolor de la tierra flagelada por el sol. El deshielo de las cumbres, y las fuentes que borbotan, apagarían con sus rumores ese cantar fuerte y humilde de las llanuras.

Por cierto, no es de valle, no es de sierra adentro la musa que cantó por primera vez la copla de la lluvia, lo cual no significa que el cantar no haya llegado hasta los cerros, voceado por el ave-paraninfo de las tormentas. Y es así cómo se justifican los hermosos versos de Leopoldo Lugones, cuando en «El Libro de los Paisajes» dice:

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en desliz.

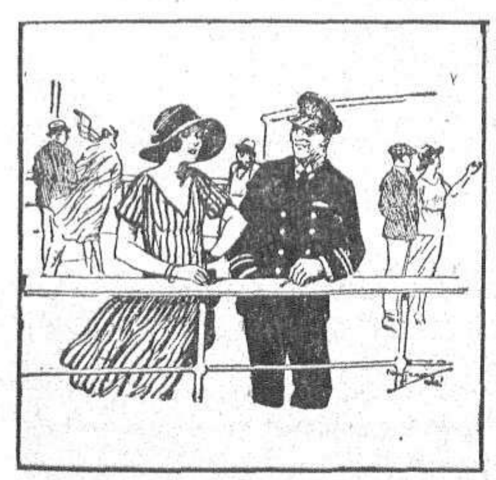
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

El cerro azul estaba fragante de romero
Y en los profundos campos silbaba la perdiz.

III

Y ahora que suene la copla en los anchos campos de la patria y el silbido del ave campesina que pide a Dios:

—¡Lluvia, mucha agua del cielo para alegría de la tierra, de las humildes y heroicas gentes, de las flores, de los árboles, de las bestias, de los pájaros, del cordero pascual, de las águilas, y aun de las pobres perdices que no tienen otra defensa contra el cazador que su propia indefensa!



El oficial de cuarto. — ¿Navega usted por placer?
La pasajera. —No, señor... Voy a reunirme con mi marido...



—¡Pero, tio Ruperto! ¿Usted cree que es un perro?...

De Córdoba



Alumnas egresadas de la Escuela Normal Popular que concurrieron al banquete realizado, celebrando el éxito que coronó sus estudios.

Grupo de profesoras de la Escuela Alberti, que festejaron en fraternal compañía la finalización del año escolar.

En PREVISION *de la* MUERTE

Por ENRIQUE M. RUAS

Ya habréis leído en los diarios la noticia del fallecimiento del joven escritor Eugenio Ramallo.

Eugenio tenía la preocupación de la publicidad. Cuando salía algún libro suyo, la gran cuestión era que la prensa se ocupase de él con cierto detenimiento; a este objeto, enviaba varios ejemplares a cada redacción; cuando salió *La pipa de guindo* (novela), envió tres al *Diario Universal*; uno para el director, otro para el secretario de redacción y otro para el cronista literario. Luego se presentaba él personalmente, a pedir que no dejaran de ocuparse de su libro, pero que, por favor, lo leyesen primero, y que lo hicieran a conciencia.

Otra preocupación suya era la precisión y exactitud de la información cuando los periódicos se ocupaban de él. Una vez se recibió esta carta suya en la redacción de *La Tarde*:

«La noticia de *La Tarde* de hoy sobre mi obrita *El sombrero riflero* no es bastante precisa ni exacta. En resumen ella dice que yo he «presentado» una «pieza en un acto» a la compañía del *Metropolitano*. En primer lugar, la obrita, cuyo título omite la noticia, es un sainete perfectamente definido; en segundo lugar, la palabra presentado no interpreta la verdad histórica, pues *El sombrero riflero* me fué solicitado por la compañía. Ruego al señor Director quiera mandar aclarar en el próximo número.»

Se os figurará que no le harían caso y que se burlarían de él. Pues estáis equivocados. El era tan tenaz en estas cosas, y revestía sus presentaciones de tanta formalidad, que siempre se lo hacían.

He aquí ahora lo que me contó ayer Dominguito Rosas, y que era lo que me proponía referiros:

Una vez fuí a lo de Eugenio, y lo primero que me llamó la atención fué el orden que reinaba en su cuarto. Mantenía cada cosa en su sitio, y tenía un sitio para cada cosa, allí no veías tú la palangana entre los brazos de un sillón, ni a Verlaine en el lavatorio, con un cepillo encima; y el almanaque de pared marcaba el día de la fecha.

Reparé que sobre la mesa de noche había un rimero de sobres cuidadosamente colocados. Fuí a ver; el primero decía: «Señor Director del *Diario Universal*, urgentísimo». Aparté ese sobre y leí el siguiente: Señor Director de *La Tarde*, urgentísimo». Había un sobre para cada diario y todos eran urgentísimos.

—Me estás desordenando estos sobres —me dijo Eugenio— déjalos como estaban.

— ¿Son colaboraciones?

— No, es una cosa; déjalos.

Dejé los sobres en paz y proseguimos hablando de lo que estábamos, pues eso no fué más que un paréntesis.

Eugenio tenía su casa para dormir de noche y trabajar de día y no para que fuéramos a tomar mate y a destruír reputaciones literarias. Tardé un año en volver a visitarlo. Pero, lo primero que vi cuando lo hice, fué un rimero de sobres en la mesa de noche; no eran los mismos de la otra vez, hasta eran de distinto color, pero los recordaban mucho. Me acerqué y leí en el primero: «Señor Director de *La Tarde*, urgentísimo».

Al llegar a este punto la narración de Dominguito Rosas, yo rompí a reir.

—¿De qué te ríes?—me preguntó él.

—Ya me figuro lo que eran esos sobres. Pero, no importa; sigue.

—Bueno, yo también me imagino que has adivinado, pero escucha.

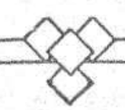
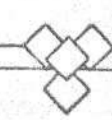
¿Recuerdas los sueltos que publicaron los diarios cuando murió el pobre Eugenio? Entre el copete con el anuncio del fallecimiento y las expresiones de condolencia y elogio, y los renglones finales sobre las exequias, había varios componedores en letra menuda con los datos biográficos y bibliográficos del extinto:

Eugenio Ramallo nació en el pueblo de Junín (Buenos Aires), el 5 de septiembre de 1898. Cursó los primeros grados en la escuela N.º 1 de esa localidad, y a los 13 años se trasladó a Buenos Aires para seguir los estudios secundarios del Colegio Nacional.

Colaboró en las siguientes publicaciones:

Y venía una lista evidentemente completísima, pues figuraba tanto el *Diario Universal*, de Buenos Aires, como *El Censor*, de Junín.

Después, la lista de sus libros por orden cronológico:

Almas (versos), 1917; *La pipa de guindo* (novela), 1919.

Luego, la de sus obras de teatro: *El sombrero riflero* (sainete), estrenado en el *Metropolitano* pcr la compañía Luque-Domínguez el 8 de abril de 1920; *Amor y matrimonio*, comedia en tres actos, estrenada en el mismo teatro por la compañía Rogorini el 25 de agosto de 1921.

Luego, una lista de las más importantes producciones dispersas: *Tendencias de la novela argentina*, artículo de crítica, publicado en el *Diario Universal*, febrero 12 de 1922; *El pequeño Rurico* (cuento), *Lecturas Amenas*, mayo 19 de 1922.

Todo estaba escrupulosamente consignado: y en todos los diarios se publicó exactamente lo mismo, punto por punto, palabra por palabra, como cuando publican unánimemente la foja de servicios de un militar fallecido.

El día en que murió Eugenio yo estaba de visita en la redacción del *Diario Universal*. De pronto me avisan que el Director me llamaba a su despacho.

— ¿Ha muerto su amigo Eugenio Ramallo? — me preguntó con extrañeza.

— ¿Cómo? — exclamé yo, pues no sabía nada.

— Mire usted esto.

Y me entregó una carta de Ramallo, que decía:

«En previsión de mi fallecimiento y para evitar cualquier error o inexactitud en la correspondiente nota necrológica, dejo apuntados para el diario de su digna dirección los más importantes datos biográficos y bibliográficos que me conciernen. Mucho le encarezco que se sirva tenerlos en cuenta. Muy agradecido por tantas atenciones como le debo, saludo a usted «in artículo mortis», *Eugenio Ramallo.*»

En otro papel estaban los apuntes, y sobre la mesa de trabajo del Director vi el sobre: «Señor Director del *Diario Universal*, urgentísimo».

— ¿Pero, qué quiere decir esto? — me preguntó el Director. — ¿Se habrá suicidado ese pobre muchacho? Sin embargo, aquí dice: «En previsión de mi fallecimiento»...

— Creo que se trata de otra cosa — le respondí.

Y le conté aquello de los rimeros de sobres. Tú sabes lo inexactas e incompletas que suelen ser las notas necrológicas sobre los escritores que mueren sin haber alcanzado todavía una verdadera celebridad. El mismo Eugenio me había dicho: «Las notas de los distintos diarios suelen presentar discrepancias de bulto». Es evidente que Eugenio rehacía cada cierto tiempo sus propios apuntes biográficos y bibliográficos, y que acomodaba los sobres en su mesa de noche con este previsor pensamiento en la mente:

— Por si me muriese.

No fué vana precaución; aquella mañana, cuando lo encontraron muerto, lo primero que hicieron fué enviar a sus destinatarios una veintena de sobres que formaban un rimero sobre su mesa de noche, y todos los cuales decían: «urgentísimo».



El prestigio de este aceite puro de oliva reside en su calidad.

LAS VICTIMAS DE UNA SALVAJE DIVERSION


Señorita Angela Fernández, herida de un balazo en el brazo izquierdo.

Apesar de las precauciones tomadas por la policía, que impartió órdenes y fijó avisos prohibitivos, no se ha podido evitar la práctica de las bárbaras expansiones que consisten en disparar armas de fuego en señal de regocijo, con motivo de la entrada del año; y esta vez hemos de lamentar diversas víctimas, la mayor parte menores de edad, que tan inocentemente han venido a pagar las consecuencias de una vieja costumbre cuya brutalidad significa un retroceso de varios siglos en las obtusas mentes de sus practicantes.


Niño Salvador Farro, herido en la cabeza.


Severo González, agente de la sección 32ª.


Niñita Maria C. Costa, herida de bala en el brazo.


Niña Sobrina Brenna, herida por otro proyectil.


Hernán Costa, con un balazo en el brazo.





La Victrola y los discos Victor son sinónimos de alegría y arte en el hogar.

En la intimidad del hogar puede Vd. y su familia deleitarse oyendo la música de su predilección, si posee una Victrola y un buen surtido de discos Victor.

La Victrola es el instrumento parlante más perfecto que se conoce en el mundo y su duración es realmente extraordinaria.

Hay Victrolas de diversos modelos y precios. Cualquier comerciante Victor le demostrará gustoso la bondad insuperable de estos instrumentos y le hará oir las últimas novedades en discos Victor del repertorio nacional y extranjero.





"LA VOZ DEL AMO"

REG. U.S. PAT. OFF.
MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Victrola

REG. U.S. PAT. OFF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Estas marcas de fábrica de la Victor aparecen en la tapa de los instrumentos y en la etiqueta de los discos

Victor Talking Machine Company. Camden.N.J.E.U.de A.

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

De Entre Ríos



El señor Juan Leizá, capataz del establecimiento "San Carlos", en Victoria, afortunado poseedor de cinco décimos del número que fué premiado con el millón en el último sorteo de Navidad.



Sonriente y tranquilo sobre su hermoso pingo el señor Leizá se hallaba en plena labor cuando le dieron la grata nueva.

LAS VENTAJAS DEL DOLOR.

Como el suelo que sólo fuertemente atormentado rinde frutos, nuestra alma exige la intervención del dolor para dar su medida.

El dolor es el macho. La dicha es la hembra. De su unión nacen el pensamiento, el esfuerzo, la energía, el gozo.

Cuando hacemos el balance de nuestro pasado advertimos la parte de beneficios que debemos al dolor. El ennoblece el alma. El le impone la reflexión. En la marcha incesante el porvenir nos sirve de estación. Nuestra alma se purifica aquí. El dolor le es espejo que refleja sus defectos, sus pecados, sus olvidos. Le es también escuela. El dolor le señala sus extravíos en el camino recorrido y le descubre nuevas vías. Nuestra conciencia crece en la prueba.

Consultad a los hombres escogidos. Releed la biografía de los grandes que fueron e interrogad a los grandes hombres de nuestros días. Todos os dirán el benéfico papel del dolor en la formación de su yo. En las lágrimas vertidas por las propias miserias, o por las miserias del prójimo, se halla siempre la fuente del progreso, como en la sensibilidad de los poetas la fuente de la poesía.


HESPERIDINA
BAGLEY
Bagley
HESPERIDINA
Como aperitivo con
agua o soda helada
ES DELICIOSA
Como licor de sobremesa
ES EXQUISITA
Tiene unánime acep-
tación desde 1864.

LA DIABETES Y LA INSULINA



GRACIAS al triunfo que ha coronado las investigaciones de los médicos canadienses F. G. Banting y C. H. Best, la ciencia cuenta hoy con un producto medicamentoso que armará al clínico contra la Diabetes, esa enfermedad que si bien era conocida por los médicos desde largo tiempo atrás, encontrábanse éstos casi desarmados en lo que a tratamiento y cura se refiere, utilizando solamente los beneficios más o menos inseguros de un severo régimen alimenticio, que coadyuvado hoy por la «Insulina,» hace desaparecer el sombrío pronóstico que hasta hoy acompañaba a este mal.

El descubrimiento de la «Insulina» no ha sido obra de la casualidad, si no el fruto de una larga serie de interesantísimos trabajos realizados por Minkowsky, Hedón Zeuler Paulesco, etc., etc., en animales, y perfeccionados y aplicados al hombre, por esos dos jóvenes (Best es aun estudiante) que grabarán su nombre en la historia de la Ciencia Médica.



DOCTOR BANTING

Explicaremos brevemente en qué consiste la Diabetes y veremos que el camino seguido por los autores americanos ha sido jalonado paso a paso por hechos científicamente controlados, única manera de proceder que exige la Naturaleza para revelar la verdad.

La Diabetes es producida por trastornos funcionales o anatómicos del páncreas, cuerpo glandular situado en el abdomen, que tiene en su interior un sistema de células llamadas «islotes de Langherans», los que producen una substancia, merced a la cual los hidratos de carbono (glucosa, azúcar) ingeridos, pueden ser aprovechados por el organismo, que los utiliza en la producción de calor.

Cuando debido a una causa cualquiera (generalmente a procesos esclerosos que lo atrofian) deja el páncreas de funcionar, la glucosa no es aprovechada, aumentando por lo tanto el tono normal de este producto en la sangre (hiperglucemia) siendo eliminada por los riñones y apareciendo en las orinas (glucosuria) síntomas éstos, que junto a la intensa sed, (polidipsia) al aumento del apetito (polifagia) y a muchos trastornos más, llevan al enfermo a la consulta médica.

Por diversas experiencias practicadas hace varios años en perros, sabíase:

1.º que al perro que se le extirpa su páncreas (perro pancreotomizado) se hace diabético.

2.º que este perro diabético se mejora dándole a ingerir páncreas o inyectándole una solución de este órgano, pero que su mejoría sólo es pasajera.

Banting y Best tomando por base estos experimentos trataron de preparar un extracto que contuviese solamente el producto de los «islotes de Langerhans», pues las demás partes del páncreas producen fenómenos graves si se inyectan en el cuerpo (shok anafiláctico).

Una vez obtenidos estos extractos fueron inyectados en unos perros diabéticos, observando una mejoría notable, hecho que los alentó a seguir por ese camino preparando con la eficaz colaboración del doctor Collip un producto mucho más puro que los anteriores, y que fué posible aplicar a enfermos diabéticos. El resultado fué sorprendente.

El extracto de los «islotes de Langerhans» que los autores denominaron «Insulina» mejoraba en alto grado el cuadro de la enfermedad, haciendo desaparecer la hiperglucemia y la glucosuria, pues esta substancia permite el aprovechamiento de los azúcares y facilita su fijación en el hígado.

Cuando recién se aplicó este nuevo tratamiento, observóse que en algunos enfermos aparecían, poco después de la inyección de insulina, trastornos diversos, hambre, somnolencia, temblores, etc., llegando en algunos a presentar un cuadro serio. Estudiados que fueron estos fenómenos, vióse que se debían, a que las dosis eran demasiado grandes, y que producían la contraria de esta enfermedad, es decir, que facilitaba de tal manera el aprovechamiento de los azúcares, que en la sangre bajaba el tono normal de esta substancia (hipoglucemia).

Hoy que los médicos conocen la cantidad que debe instituirse y el modo de actuar de este producto, los peligros de la «hipoglucemia» son remotos, y en caso que éstos se presentasen, la sola ingestión de azúcar basta para hacerlos desaparecer.

Después de los estudios de Banting, la insulina ha sido encontrada en el páncreas de casi todos los animales, en diversas clases de peces y moluscos, llegando un autor a descubrir su presencia en la levadura...

Para sintetizar, podemos decir que la Medicina cuenta hoy con un producto que, unido al régimen alimenticio (para el diabético más que a nadie reza aquello de comer para vivir y no vivir para comer) instituído por el médico después de un atento estudio del enfermo, permite a las personas una supervivencia normal.

En la historia de este descubrimiento, hay un hecho que hace resaltar más la brillante personalidad de sus autores, y es el hecho que pudiendo haberse hecho millonarios con la explotación de su «Insulina», pues patentaron el método para su extracción, han preferido ceder todos los derechos a la Universidad de Toronto, a la cual pertenecen y al «Medical Research Council» de Gran Bretaña, quienes debido a las oportunas medidas que adoptaron, han podido salvar este producto de la explotación comercial, que suele hacer fácil presa de esta clase de descubrimientos, con perjuicio del enfermo y desmedro de la Ciencia.

DOCTOR RAZVAEL

De Santiago del Estero



LA BANDA. — Alumnos de la Escuela San Antonio de Padua, patrocinada por la Sociedad de Beneficencia de Santiago, de la que es presidenta la señorita Esther Pedraza, en la fiesta que se les dió al terminar el año, siendo obsequiados los niños con ropas y otros regalos.

LA FE EN DIOS

La fe es el amor a Dios, la caridad es el amor al hombre. Por la fe, el hombre se acerca al pie del altar, ve a Dios. Por la caridad, el hombre extiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, le auxilia a realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obstáculos, vive vida más grande, más intensa, más hermosa; porque al fundirse por la caridad en uno todos los corazones, y al fundirse por la fe en una todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina la naturaleza, que no puede resistir a la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Su amor a Dios es la fe, amar al prójimo es la caridad. Sin la caridad todas las virtudes son como si no fueran. La fe, la castidad, la pureza, sin el amor a nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes la vida, ni sirven de ejemplo en la tierra.—E. CASTELAR.

UN VERANEO AGRADABLE, DELICIOSO

le resultará dondequiera Vd. lo pase, si lleva consigo su música predilecta. Un pequeño rincón de su baúl o de su valija, podrá almacenar toda la música que Vd. desee y que se la reproducirá adonde y cuando Vd. quiera, la

CONCERTOLA

VALIJA

Ofrecemos tres modelos distintos, cada cual mejor:

N.º 110.—Modelo sólido y elegante, caja en madera forrada en tela impermeable imitación cuero. Motor suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a

$ 85.—

N.º 111. — **Hermosa CONCERTOLA** caja en madera de roble o terminación caoba con cajoncito para la colocación de los discos. Motor suizo perfeccionado. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a............ $ **99.50**

N.º 360. — **Regia CONCERTOLA** de viaje, con dispositivo para llevar en el mismo aparato 24 discos dobles. Motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a............ $ **130.—**

Otros modelos de **CONCERTOLAS** para mesa y de Salón, desde

$ 45.— hasta $ 1.300.—

Gran CATALOGO ILUSTRADO Nº. 21 remitimos enviándonos $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES

(No tenemos Sucursales. — No cerramos los Sábados.)

DISCOS

Algunas Novedades de gran éxito.

Discos dobles NACIONAL, de 25 ctms., a $ 3. c/u.

Por la orquesta R. FIRPO

6222 { **Sacate la Caretita.** Tango.
Para Siempre. Tango.

6227 { **Amor de Gaucho.** Zamba.
El Juramento Inolvidable. Tango.

Por la orquesta Típica y Jazz Band. F. CANARO

6941 { **Pobre Milonga.** Tango.
Montmartre. Shimmy.

6943 { **Fakir.** Shimmy.
Camel. (La canción del serrucho). Shimmy con serrucho.

6944 { **Nerón.** Shimmy con serrucho.
La Ratonera. Tango.

Por la orquesta típica PACHO

7410 { **La Madrecita.** Tango.
Tranco a Tranco. Tango.

Discos VICTOR, de 25 centímetros, a $ 3.— c/u.

Por la popular orquesta Típica O. FRESEDO

73994 { **El Ultimo Beso.** Tango.
Atropellando. Tango.

77102 { **Tristeza Gaucha.** Tango.
¡Alma mía! Tango.

Por la orquesta Típica COBIAN

77022 { **Los Picazos.** Tango.
Mujer. Tango.

77154 { **Gaucho Lindo.** Tango.
Locura. Tango.

D E G R A N E X I T O

19068 { **Yes! We Have No Bananas.** Fox Trot
Morning Will Come. Fox Trot.

Por el duo GARDEL-RAZZANO, a $ 3.25 c/u.

18086 { **Sobre el Pucho.** Tango. Solo por C. Gardel.
Desengaño. Tango. Solo por C. Gardel.

De Mendoza



El ministro de Industria y Obras Públicas acompañado de otras personalidades durante la demostración que le fué ofrecida en el "*Centro de Chauffeurs*".

Demostración ofrecida al ingeniero F. Capmany en el Club de Gimnasia y Esgrima.

CARAS Y CARETAS
SOCIEDAD ANÓNIMA

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES
Teléfono: Dirección: Unión, 598 (Avenida) Administración: Unión, 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre..................	$ 2.50	Trimestre..................	$ 3.00	Trimestre..............	$ oro 2.00
Semestre....................	» 5.00	Semestre....................	» 6.00	Semestre................	» » 4.00
Año..........................	» 9.00	Año..........................	» 11.00	Año..........................	» » 8.00
Número suelto................	20 ctvs.	Número suelto..............	25 ctvs.		
Número atrasado............	40 »	Número atrasado............	50 »		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.—En todas las oficinas de los «Mensajeros de la Capital» se anotan subscripciones y se venden ejemplares. — EL ADMINISTRADOR.

LIQUIDAMOS DE VERDAD

una selecta y elegante colección de

TRAJES HECHOS

Realizamos esta venta extraordinaria a **PRECIOS REALMENTE ASOMBROSOS** a fin de habilitar más espacio y dedicar mayor atención al DEPARTAMENTO DE MEDIDA.

Recomendamos como muy interesante una visita a nuestra casa en estos días.

A - Elegantísimo **TRAJE HECHO** con uno o dos botones, especial para personas altas y delgadas. **REBAJADO a**

$ 52.—

B - TRAJE HECHO con uno o dos botones en finos casimires. **REBAJADO a**

$ 30.—

C - TRAJE HECHO, cruzado, en casimires oscuros muy finos. **REBAJADO a**

$ 68.—

D - TRAJE HECHO en casimires de elegantes fantasías en colores de moda, modelo especial para fiestas al aire libre. **REBAJADO a**

$ 42.—

SASTRERIA DE LUJO

(La más grande en Sud América)

Remitimos gratis al interior nuestro álbum de figurines.



Remitimos gratis, muestras de casimires. Conviene indicarnos color y precio aproximado.

NO TENEMOS SUCURSAL

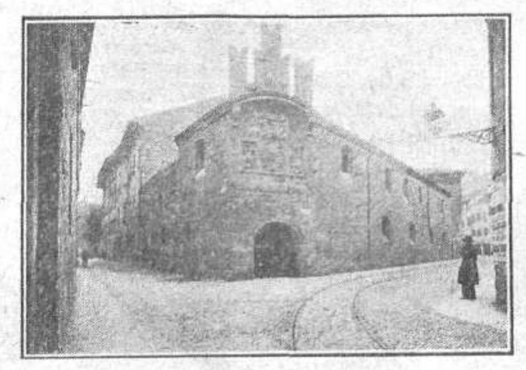
DESDE

COSTUMBRES ESTUDIANTILES

Una de las figuras características del Colegio de España es «Marco», un familiar que presta sus servicios desde el año 1891.

Marco ha llegado a ser el señor Marco para los demás sirvientes, pues mantiene inalterable ese trato que lo eleva muy por arriba de sus mansiones y le da casi aire de mayordomo.

Durante las vacaciones, cuando los colegiales se vuelven a su país y el mismo Rector regresa a Granada, la casa queda puede decirse a cargo del señor Marco, que resulta el más celoso de los cuidadores.



Colegio de España.

El rostro del señor Marco es solemne, encuadrado entre dos chantillones algo grises, pero bien recortados y cepillados, y su habla pausada, tranquila, casi paternal, manifiesta el conocimiento profundo del oficio, de los pupilos y también del aprecio de que goza entre los superiores.

En los treinta años que ha transcurrido en el Colegio de España, ha visto pasar decenas y decenas de jóvenes que hoy ocupan cargos elevadísimos en su patria, pues los que salen de acá casi por derecho establecido por las tradiciones, son nombrados para los puestos diplomáticos de mayor responsabilidad.

Condes, duques, príncipes, infantes, estuvieron al cuidado de este personaje que se ha hecho una misión de su oficio, cumplido siempre con una rectitud y un esmero que le han valido verdadero renombre.

Marco es conocido en España tanto como lo es el Colegio a que pertenece.

Durante la visita de los Soberanos el viejo y fiel servidor ha tenido su apoteosis.

Los estudiantes y algunos personajes de la comitiva real, que habían pertenecido al Colegio, lo llevaron sencillamente en triunfo, haciéndolo objeto de una ovación que por un momento hizo perder al pobre viejo esa majestuosa frialdad, que considera inherente a su cargo.

En el gran comedor del Instituto recibió una manifestación que, como me decía días más tarde:

—Ha coronado mi existencia, señor... ¡Hoy me siento completamente feliz!... He visto a los Reyes y de estas fiestas habrá una tal vez cada trescientos años, he vuelto a ver a mis alumnos... ¡Qué más quiero!. .



Busto del cardenal Egidio Albornoz, fundador del Colegio de España.

Para el señor Marco todo lo que pertenece al Colegio tiene un carácter sagrado. El recorre los salones con una especie de veneración; se diría que al mover una silla, al tocar una mesa, este hombre reflexione que tal vez San Ignacio de Loyola o San Francisco Javier se sentaron ahí o estudiaron sirviéndose de esos muebles.

El se sabe de memoria la historia del Instituto y de sus gloriosos alumnos. Cuando me acompañaba a recorrer las dependencias del edificio abrió uno de los tantos departamentitos, me hizo pasar y haciendo una reverencia, dijo:

—Aquí es tradición que se hospedara don Miguel de Cervantes Saavedra el autor del Quijote, que pasó por Bolonia después de la batalla de Lepanto, cuando ya había perdido el brazo izquierdo... Las piezas de San Ignacio son estas... San Ignacio fué alumno del Colegio como lo fué San Francisco Javier.

—¿Y dígame, don Marco: ¿es cierto que cuando entran nuevos alumnos hay todo un ceremonial que seguir para...?

—Ahora ya no... En otros tiempos tengo entendido que el ceremonial de que usted habla se realizaba.

—¿Usted no ha presenciado nunca...?

—Nunca... Si yo he llegado al Colegio en una época en que todo estaba modernizado. Los colegiales ya no llevan siquiera ni el uniforme como los de Madrid y Sevilla... Andan de particulares como cualquier otro que frecuente la Universidad. Así que la etiqueta de otros tiempos se fué...

—¿Así que no sabe decirme en qué consistían esos ritos característicos para la admisión de un nuevo alumno?

—Los detalles puede tal vez encontrarlos usted en la Biblioteca. Ahí se conservan datos muy curiosos... Si le gusta pasar... Yo sé que el profesor Filippini, que está a cargo de la Biblioteca, ha exhumado muchos detalles de la vida estudiantil de antaño y por ahí deben andar unos apuntes que si los encuentro tal vez le vengan bien... El profesor Filippini es toda una autoridad en materia de estudios históricos. Yo sé que el señor Rector lo aprecia muchísimo. Es el que revisa todos los papeles del archivo, los ordena y los va catalogando para que después sea posible consultarlos fácilmente... ¿Ve usted ese busto? Es la reproducción del busto del Cardenal Albornoz, que existe en el departamento del señor Rector. El Cardenal vestía coraza de acero y llevaba el bastón de mando. Todo un guerrero...

Sobre la gran mesa central están dispuestos muchos librajos, encuadernados en pergamino.

Marco da un vistazo a los papeles que están desparramados entre los viejos volúmenes y se ve que da en seguida con la tecla, porque me indica unas hojas sueltas:

—Aquí tiene unos apuntes que pueden resultar interesantes sobre las costumbres de antaño. Los ha tomado otro estudioso de cosas antiguas, el señor Albano Sorbelli. Léalos no más.

He aquí más o menos el ritual de antaño: «El pretendiente o candidato a alumno del Colegio, debía presentarse al Rector del Colegio con un vestido «clerical» de bayeta, sencillo, sin joyas al cuello, con medias negras o moradas.

El Rector lo recibía en el umbral de la segunda pieza de su departamento y lo despedía acompañándolo hasta la puerta del mismo. Efectuada la visita, al Rector tenía que realizar otra a todos los colegiales por orden de antigüedad, haciendo muestra del mayor respeto.

El Rector reunía después a todos los colegiales llamándolos con la campana y luego llamaba en voz

Por el doctor A. VACCARI

alta al aspirante, que debía presentar la carta que lo nombraba alumno y el documento venía revisado por el Rector y demás alumnos, quienes averiguaban su identidad.

Era necesario que transcurriera un determinado período de tiempo, durante el cual el candidato debía usar la mayor consideración y dar señales del más profundo respeto hacia el Rector y los colegiales, hasta acompañarlos al coche cuando salían de paseo por la ciudad.

Transcurrido el período del noviciado se procedía a la votación, que tenía lugar después de la misa.

Si la votación era favorable, como casi siempre lo era, se procedía a la "vestición" del joven proclamado colegial.

El nuevo alumno, cubierto de una capa riquísima, pasaba a elegir su departamentito y recibía el beso y el abrazo del Rector y de todos sus compañeros de colegio.

El vestido del colegial consistía en una capa color negro, pantalones negros y cortos, medias negras, guantes blancos, sombrero de forma regular, es decir, sin exageraciones en la copa y el ala. Al Rector era permitido vestir con muchísimo más lujo.

Cuando un colegial se recibía como doctor en Derecho, estaba obligado a discutir las tesis con los profesores del Estudio boloñés, dando pruebas de la mayor deferencia hacia ellos, pero la deferencia era llevada al máximo grado hacia el fundador del Instituto, pues cada vez que hubiera ocasión de pronunciar el nombre del Cardenal Albornoz, el colegial debía ponerse de pie, quitarse el sombrero y permanecer con la cabeza baja mientras no hubiese concluído el período o el discurso que se relacionaba con el fundador del Colegio.



Excelentísimo señor Duque del Infantado, "Patrono de sangre".

Más características aún son las modalidades para la elección del Rector, que tenía lugar en el mes de mayo.

El primer día de mayo no se abría la puerta del Colegio hasta que no hubiese sido elegido el nuevo Rector. El mismo escribano que debía redactar el acta de la elección estaba obligado a entrar por la puerta de servicio.

Previa celebración de la misa del Espíritu Santo, celebrada en la presencia del Rector, colegiales y escribano, se tocaba la campana y todos asistidos por lo menos de dos capellanes, se retiraban a la sacristía.

Uno de los capellanes realizaba el escrutinio y según los resultados el colegial que conseguía más votos pasaba a la izquierda del Rector. Terminada la votación, el que resultaba electo venía acompañado con gran solemnidad a la residencia del Rector y entraba en posesión del cargo vistiendo los distintivos característicos.



Doctor Manuel Carrasco, rector del Colegio de España.

Por la tarde Te Deum, toque de campanas todo el día y fuegos artificiales por la noche.

El nuevo Rector cenaba con el que había entregado el mando y a la mañana siguiente, seguido por todo el Colegio, el elegido pasaba al Arzobispado para la ceremonia de la consagración. Después de la consagración recibía el juramento de los colegas, capellanes, del escribano y demás funcionarios adictos al Colegio.

Aquí terminaban los apuntes sobre costumbres antiguas.

—¿Y las costumbres modernas, don Marco?

—¿No le dije?

—¿Los colegiales pueden ir y venir a su antojo o tienen su horario?

—Pueden entrar y salir cuando quieren.

—¿También en las primeras horas de la mañana?

—Cuando quieran... Son mozos que deben pensar en lo que hacen... No son niños...

—¿Y quién elige a los estudiantes que deben venir al Colegio?

—El Colegio está bajo el protectorado de S. M. el Rey de España. Uno de los encargados de elegir a los colegiales es el Intendente de Palacio, otro es el Duque del Infantado, que pertenece a la familia del fundador, otro es el Cardenal de Toledo y por fin un ex alumno del Colegio y el sub secretario de Relaciones Exteriores...

—¿Y se repite la ceremonia del juramento?

—Esa sí porque una copia del acta permanece en el archivo de Bolonia y otra va al archivo de Madrid. En esta ocasión solemne los alumnos visten el clásico uniforme de los estudiantes españoles, pero llevan en la banda o beca el escudo de los Albornoz.

—Otra pregunta, Marco, y me voy... ¿Usted es español o italiano?

—Italiano: Marco Bacchelli, un servidor nacido en esta misma ciudad.

—¿Y cómo se las arreglaba en los primeros tiempos?

—Lo más bien, pues los señoritos tienen obligación de aprender el italiano puesto que deben rendir examen en la Facultad... Casi todos hablan lo más bien nuestro idioma...

—¿Y durante tantos años ha habido incidentes?

—Comprenderá... Jóvenes... A veces discuten de política, se enardecen... pero son niños de familias bien, no se pasan nunca... Es muy vulgar eso de perder los estribos... En eso se reconoce el gran señor, que se mantiene siempre dueño de sí mismo... Yo también he tomado la costumbre de disimular cuando tengo mis cosas que me fastidian, procuro siempre presentarme con el mismo aspecto, apacible, tranquilo... Será por eso por lo que me quieren y me consideran.

—Pero dicen los muchachos que usted los cuida como...

—Pero, señor... En primer lugar es mi obligación, luego, ¡qué quiere! Soy solo, vivo aquí adentro... Un cariño hay que tenerlo por alguien en este mundo... Pues bien; yo quiero a mis alumnos... Guardo la debida distancia, el respeto que se merecen, pero los quiero como si fueran algo mío...

La verdad que en el siglo XX es difícil encontrar aún hombres tan adictos y fieles como el «señor Marco». Y puedo equivocarme, pero una vez que él también obedezca a la ley que se cumple para todos, su recuerdo quedará como el otro de las costumbres estudiantiles de otras épocas, muy lindas, muy interesantes, pero... que no vuelven.

Necrología


Señora Catalina C. de Laborde. — Capital.


Señora Josefina Desiderio de Scarpa. — Capital.


Señor Felipe Maggi. — Capital.


Señor Gregorio Godoy. — Roberts.


Señor Hipólito Fortino. — Rosario.


Señor Eduardo Pertini. — Capital.


Señor Guillermo Huber. — Olivos.


Señor Evaristo Ibáñez. — Rosar.o.

JOSE BACIGALUPPI e HIJO

Remates y Comisiones - San Martín, 56



Parte de la distinguida concurrencia que asistió al lunch ofrecido en la tarde del 31 de diciembre por los señores José Bacigaluppi e hijo.

FESTEJANDO la terminación de un próspero año, los señores José Bacigaluppi y José M. Bacigaluppi ofrecieron a sus amistades un suntuoso lunch la tarde del 31 de diciembre próximo pasado, en su local de ventas, San Martín, 56.

Una selecta y numerosa concurrencia entre la que se destacaban distinguidas personalidades del comercio y la industria y otras instituciones sociales concurrió a la grata fiesta, durante la cual hízose gala de ingenio y alegría, y a la hora del champagne menudearon los brindis entusiastas en honor de los simpáticos anfitriones. Unánimes fueron los votos que los comensales hicieron por la creciente prosperidad de la casa, que inicia el nueno año con los mejores augurios.

La razón social José Baccigaluppi e hijo comenzó sus tareas en 1916 realizando operaciones por valor de pesos 1.531.220.12, balance que probaba la confianza que una numerosa clientela depositaba en la honestidad profesional de los señores José Bacigaluppi y José M. Bacigaluppi, acreditados desde hacía años en la república.

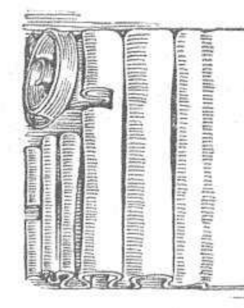
Como era de esperar el subsiguiente balance de 1917 ascendió bruscamente a la suma de pesos 4.534.095.96, siguiendo la progresión con las cuantiosas cifras de: pesos 5.083.893.05, en 1918; pesos 8.634.313.14, en 1919; pesos 10.003.565.72; en 1920; pesos 13.000.735.10, en 1921; pesos 15.545.788.51, en 1922; y pesos 20.656.377.18, en el ejercicio de 1923. De manera que la cuantía de las operaciones realizadas subió de $ 1.531.220.11, cantidad inicial, a pesos 20.656.377.18, o sea un aumento de pesos 19.125.175.07 progresión que obedece al merecido crédito que estos grandes rematadores han logrado conquistar en las operaciones del ramo.

Las ventas realizadas durante 1923 se detallan en la siguiente forma:

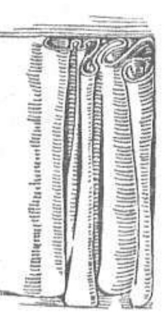
Enero..............	$	1.424.145.67.—
Febrero............	»	832.748.81.—
Marzo..............	»	1.505.102.73.—
Abril..............	»	2.239.908.85.—
Mayo...............	»	1.814.399.93.—
Junio..............	»	1.727.658.85.—
Julio..............	»	1.406.324.99.—
Agosto.............	»	1.433.290.54.—
Septiembre.........	»	1.380.861.78.—
Octubre............	»	1.922.745.05.—
Noviembre..........	»	2.526.468.17.—
Diciembre..........	»	2.442.721.81.—
Total..........	$	20.656.377.18.—

Los señores José Bacigaluppi y José M. Bacigaluppi, cuyo local de ventas, San Martín, 56, resulta un punto de cita para todos cuantos desean adquirir terrenos, es la primera casa de la capital como loteadora, pudiendo calcularse que, por término medio, vende 400 lotes mensualmente.

Si los empleados y obreros encuentran allí magníficas ocasiones para adquirir una propiedad bien garantida por tan honestos martilleros públicos, los que desean vender terrenos saben también que los componentes de la gran razón social, sabrán defender sus intereses sin malbaratarlos. De ese modo, mediante el justo contralor de la oferta y de la demanda, que es el papel importante reservado al martillero, se armonizan los intereses de compradores y vendedores, tarea difícil que únicamente comerciantes honrados, como los señores Bacigaluppi, saben realizar a conciencia. Para iniciar sus operaciones de 1924, realizarán remates de lotes los días: Enero 6, 13, 20 y 27; Febrero: 3, 10, 17 y 24; Marzo: 2, 9, 16 y 23, ofreciendo magníficas oportunidades que se detallan en los diarios.



El revolucionario que fumaba mucho



Desiderio Ponce era ciertamente un revolucionario. Tenía todas las condiciones para serlo. Comencemos por declarar que su ocupación de estibador lo predisponía, por exceso de trabajo, y de trabajo agobiante, a las rebeldías, que solían traducirse en imprecaciones contra el estado social.

Declaremos, asimismo, que Desiderio Ponce era así por lógica reacción de su físico cansado en el trabajo brutal de cargar y descargar bolsas pesadísimas. La tarea resultaba dolorosa en todas las estaciones. En verano, bajo los rayos de un sol rabioso que se astillaba con furia en la cabeza; en invierno, bajo el rigor del frío que penetraba en lo más hondo del cuerpo y entumecía las piernas y los brazos. Las manos convertíanse en algo inerte, en una cosa como prolongación de la bolsa llevada a cuestas. Cuando llegaba la hora del almuerzo, sentía Desiderio un alivio que se traducía en dos suspiros largos y profundos. El estómago, voraz, esperaba el suculento almuerzo que generalmente apuraba Desiderio bajo el toldo de la cocina ambulante, en las inmediaciones del puerto. El asado, chorreando sangre, desaparecía bajo la presión de la dentadura que mordía con deleite. La garganta abrasada apuraba de un trago largo la botella de vino con que Desiderio rociaba diariamente su banquete sobre las piedras de la calle. La sobremesa, sin café ni habanos, por supuesto, duraba breve rato, lo suficiente como para cambiar, con alguno que otro compañero someras impresiones sobre la monotonía de la vida obrera.

— Vida perra, hermano.

— Vida de obrero, decí más bien...

— Tenés razón. Pero alguna vez la haremos.

— Perdé cuidao.

Desiderio se mondaba a la sazón la dentadura con un palillo. Lo que expresaba que alguna vez harían es lo que puede colegirse: la revolución. Y los amigos, con el saco al hombro, encamínábanse a sus faenas, a su dura, a su prolongada tarea: a cargar y descargar pesadísimas bolsas. Desiderio vengábase de aquella esclavitud cantando por lo bajo, mientras cruzaba la pasarela del buque, con su carga, la canción obrera:

— «Hijo del pueblo...

Se le tenía por un revolucionario, y temible. En su hombro izquierdo alojaba una bala recibida durante una refriega un primero de mayo, bala que no habían podido extraerle los cirujanos del hospital. Además, su cara tenía la marca de una cicatriz acordonada, recuerdo de la herida que le causó un «crumiro» durante una huelga. Su teoría revolucionaria podría expresarse gráficamente mediante una simple y breve recta. Hacer la revolución para adueñarse del poder y establecer la dictadura del proletariado. A quienes objetábanle este plan, llamábalos «adormideras» y enemigos solapados del pueblo.

— Pero mirá, che, Desiderio, hermano... ¿Cómo querés que hagamos la revolución?

— Eso lo decís porque no tenés suficiente conciencia. Te hace falta fe, compañero.

— Ta bien... Pero pongamos que mañana hacemos la revolución y triunfamos. ¿Y después? ¿Quién organiza la nueva sociedad?

— Callate, adormidera, no hablés... Más culpables son ustedes, los miedosos.

Entonces terciaba Carluccio, el admirador de Malatesta.

— ¡Bene, per Baco!

No en vano se había nombrado a Desiderio secretario de su sindicato de resistencia. Y él trataba en toda forma de dar al organismo gremial una orientación de acuerdo con sus ideas simplistas y violentas. Creía que los socialistas, por predicar sistemas legales, traicionaban al proletariado.

— ¿Para qué elegir diputados? ¿Para que ganen mil quinientos mensuales, que tendremos que pagarles nosotros, los que trabajamos y producimos?

No es de extrañar que Desiderio Ponce empleara ciertos giros pretenciosos en su conversación corriente. Su condición de orador oficial del gremio le había contagiado una manía oratoria evidente, traducida las más de las veces en clisés como éstos: «conciencia proletaria», «acción directa», «enemigos de la clase trabajadora», «los parásitos de la colmena social»... Y las discusiones solía, asimismo, rematarlas con un lugar común que se le antojaba argumento definitivo:

— Entre dos puntos, no lo olvide, compañero, la línea más corta es la recta... Y no tengo nada más que decirle.

No discutía con muchos Desiderio Ponce, pues la mayoría del gremio aceptaba su tendencia. Solía, sí, tener fuertes «agarradas» con los pocos elementos prudentes que militaban en la organización.

— Si mañana te meten preso, — le decía el viejo Barca, — ¿quién mantiene a tus hijos? Bueno, claro, estamos nosotros... Pero eso no puede suceder con todos los trabajadores.

— Vos no me la pegás, Barca. Vos sos hombre de orden. Has de tener algún terrenito en Lanús. Y si tenés un terrenito, ¿cómo vas a ser revolucionario? Tenés que ser conservador, hombre de orden, por fuerza... Porque tenés que cuidar tu terrenito...

— Bene, ¡per Baco! — sentenciaba Carluccio.

— Yo no tengo ningún terrenito — arriesgaba tímidamente Barca. — Ojalá lo tuviera...

Desiderio Ponce no transigía con quienes consideraba enemigos naturales de su clase. Y sostenía la singular paradoja de que era necesario propender por todos los medios a empeorar la situación «para que la caldera reviente, cuanto antes mejor», según sus términos. El mismo demostraba en su indumento y en su manera de vivir una despreocupación absoluta por la comodidad. Tenía dos hijos. Una, María Elena, la mayor, muchacha de diez y siete años, trabajaba en una fábrica de tejidos de la calle Iriarte. Estuvo complicada en varias huelgas y en una ocasión le cortó el cabello

con una navaja a una «crumira». El otro, «Desiderio chico», como le llamaban, tenía quince años y estaba empleado en una cartonería.

Vivía Ponce con su familia en un caserón de la calle Iriarte. Ocupaban una pieza que servía de dormitorio y comedor. Ponce íbase todas las noches al almacén de la esquina a beber unos vasos de vino tinto en compañía de varios trabajadores del caserón. Entre vaso y vaso, charlábase acerca de los problemas sociales. Cada uno de los contertulios llevaba en el bolsillo la solución. La reunión se prolongaba hasta altas horas de la noche. En más de una ocasión tuvo que intervenir el vigilante para hacer cesar los gritos destemplados, que tenían la rara virtud de estimular el ladrido de los perros vecinos. Por todo el barrio se le conocía por «el anarquista». El decíase simplemente revolucionario. No estaba de acuerdo con el régimen social vigente. Para derrocarlo, aceptaba y predicaba la acción directa, vale decir, la violencia.

Se comentaba entre sus amigos, la manía de fumar en Desiderio Ponce. De un tiempo a esa parte, aquello era un verdadero delirio. Todo era encender un cigarrillo, apurarlo, y encender inmediatamente otro, sin darse tregua. Llevaba varios paquetes en los bolsillos. Antes de anochecer, quedaban todos vacíos. Una locura... El hombre se iba a volver tuberculoso.

— Fumás mucho, Desiderio... — le habían dicho durante el trabajo.

— ¡Bah!... Para lo que vale vivir, compadre...

Y Desiderio subía la pasarela del buque llevando su carga al hombro.

En el caserón se lo habían advertido también. Alguien llegó a creer en un suicidio lento.

— Vaya uno a saber lo que le pasa a ese hombre... — decía doña Tomasa, la criolla, mientras lavaba ropa en la pileta común. — Para mí que algún amor lo tiene mal. No hace más que fumar, fumar y fumar... Fuma como un condenado, ¡malhaya!

En el almacén de la esquina dejaba durante la tertulia nocturna el suelo lleno de puchos humeantes y el ambiente blanco, especioso.

Los miembros de la sociedad de resistencia habían sido citados a asamblea para decidir la huelga. Aquella tarde, el viejo local de la calle Montes de Oca hormigueaba de gente de trabajo. Hablábase en voz alta. Se habían formado grupos que discutían acaloradamente.

A las tres en punto, Desiderio Ponce, como secretario general del sindicato, declaró abierta la asamblea y manifestó los motivos de la reunión. Nombróse un presidente y solicitaron hacer uso de la palabra varios asambleístas. Todos ellos predicaban la huelga. El viejo Barca que, como hombre prudente, dió una opinión temperante, fué obligado a callar.

— ¡Qué se calle!

— ¡Reformista!

— ¡Adormidera!

Y ya se iba a votar la huelga cuando pidió la palabra el secretario, Desiderio Ponce. Hízose al punto un silencio general, y Ponce comenzó su discurso. Pero sus períodos no eran grandilocuentes como antes, no vociferaba contra el régimen social, no clamaba contra los «adormideras», no pedía que por exceso de presión reventara, cuanto antes mejor, la caldera social. Por el contrario, habló en forma llana, serena, metódica, aconsejando prudencia y que se entrara en transacciones. Los asambleístas le escuchaban absortos. No podía ser, ¿Cómo, él, Desiderio Ponce, el revolucionario, el «leader» de la acción directa, aconsejaba prudencia? Los concurrentes mirábanse unos a otros, extrañados.

— ¡Está loco! — gritó un concurrente.

Y un murmullo que subió en intensidad hasta ser clamor ahogó las palabras de Desiderio Ponce.

— ¡Traidor!

— ¡Vendido!

— ¡Veleta!

— ¡Afuera!

Desiderio Ponce gritaba desaforadamente para dominar el tumulto:

— ¡Es que estaba equivocado! ¡He cambiado de opinión! ¡Ultimamente, cualquiera puede equivocarse!

Cuando se hizo la calma, el prudente Barca, con una sonrisa traviesa en los labios, explicó el caso. Empuñaba en la derecha, como un trofeo, «La Razón» 4.ª.

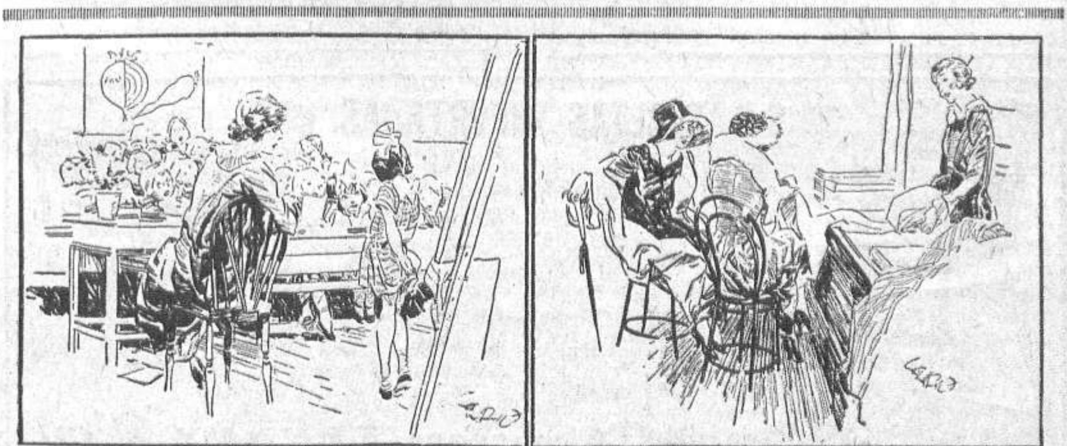
— El hombre se ha ganado una casita del concurso de los cigarrillos. Hay que comprender... Ahora es propietario.

— ¡Por eso fumaba tanto! — gritó entre las risas de todos el negro Reyes.

Y Desiderio Ponce, el revolucionario, fué a dar a empellones en la calle.

Inmediatamente se proclamó la huelga, por unanimidad.

José Muzilli



La maestra: — ¿Y tú crees que alguien puede querer a una niña mentirosa?
Juanita: — Sí, maestra: el novio de mi hermana...



La compradora: — ¡Ay! Pero es mucho más caro de lo que deseo gastar... de manera que ya me lo cargará en cuenta.

De Salta



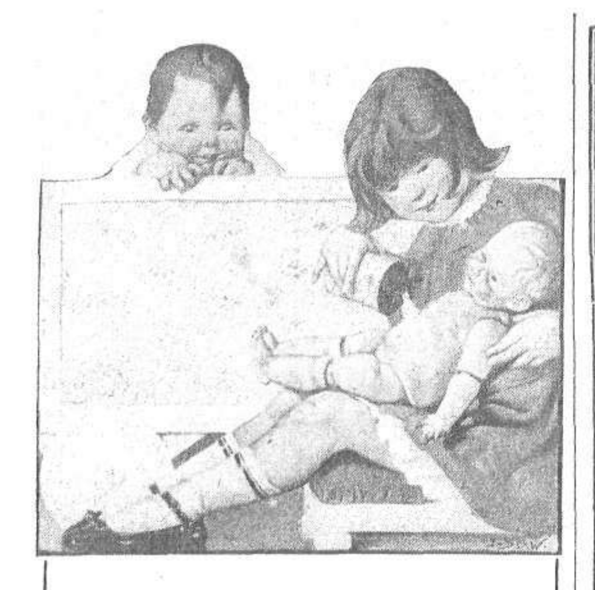
El general José Belloni rodeado de los jefes y oficiales de la Quinta Región al terminar la recepción efectuada en su honor, después del gran desfile que cerró brillantemente las maniobras militares.

LOS SENTIMIENTOS CABALLERESCOS.

HONOR

El honor es un sentimiento radicalmente cristiano: es el patrimonio del alma cuando el alma se reconoce inmortal. El honor, en su más alto concepto lógico y moral, no es cosa que está fuera de nosotros mismos; no es la reputación, ni la buena fama; no es la opinión ajena, ni es tampoco la honra. El crédito, el renombre glorioso, en muchos casos no son gustos; la opinión vulgar suele equivocarse; la honra nos la puede quitar; pero el honor subsiste con el sujeto real y perdurable, cuya virtud es, mientras la propia voluntad no lo desampare.

Un caballero puede estar en prisiones, perder todos sus oficios y dignidades, ser afrentado y escarnecido, y no dejar, por ello, de ser un hombre de honor; varones hay cargados de honras y homenajes, y son, en el fondo, más viles que los gusanos. La honra se gana; el honor se nos da al nacer, como un depósito divino que habremos de entregar a Dios, con el alma, en el instante de morir. Cristo, el honor y la luz del mundo; Cristo, azotado y escupido, puesto, para siempre cómo se pierden las honras, cómo se pierden las vidas sin menoscabo del honor. La honra humana es tan frágil y movediza como el mundo que la otorga; pero el honor, que de más alto procede, radica en el alma, y, como ella, es inmortal. Su código es la ley de Dios y su testigo la conciencia.—Ricardo León.



Pretender suavizar el cutis con cualquier talco, es un error.

Muchos talcos se anuncian pero muy pocos responden en la práctica a sus pretendidos fines.

Ahora que hace calor, nada existe de mejor para refrescar y evitar las escaldaduras de los niños, que el
TALCO WILLIAMS.



Su exquisita fragancia y la delicadeza con que es elaborado, le hacen indispensable.

De venta en todas partes.



Agentes: MAYON Limitada

Avenida de Mayo, 1257.

RONEO (Nuevo Modelo).

MAQUINA MULTIPLICADORA DE COPIAS

De fabricación Enteramente Británica.

La calidad excelente y la precisión absoluta que siempre acompañan a la maquinaria inglesa se ponen una vez más de manifiesto con este Nuevo Modelo de la Máquina RONEO, multiplicadora de copias, máquina que proporciona con un gasto menor un mayor rendimiento.

De un original, escrito a mano o a máquina, se pueden obtener por minuto de 60 a 70 copias perfectas, con sólo dar vueltas a una manija, siendo estas copias así obtenidas una fidelísima reproducción del original.

Con esta máquina puede usted emplear cualquier clase de papel, incluyendo su propio papel de carta, sin que usted tenga que temer de que salga borroneado, pues un dispositivo automático seca instantáneamente cada una de las hojas como si esta última operación fuese hecha a mano.

La Máquina RONEO constituye un factor de primordial importancia para el desarrollo e incremento de los negocios, y, por consiguiente, debe interesar a todo comerciante progresista. Esta máquina representa un verdadero ahorro en materia de gastos de impprenta, y, por otra parte, es una poderosa fuente de nuevas ganancias.

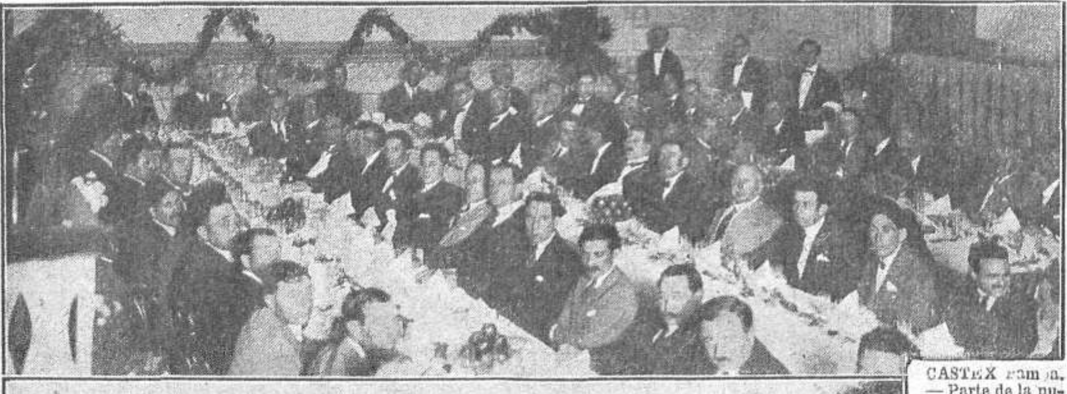
Tendremos muchísimo gusto en hacer en su oficina, en su propia clase de trabajo, una demostración práctica de la RONEO. Visítenos, escriba o telefonee a la

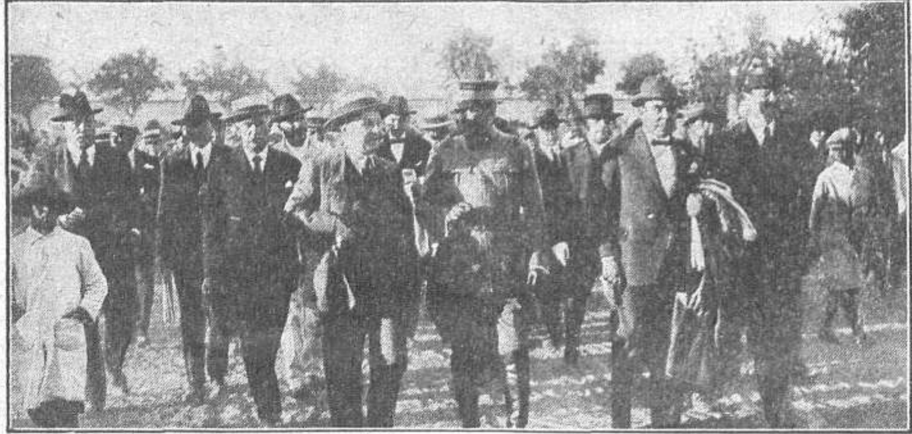
Cía. LA CAMONA

39, MAIPU, 43 — BUENOS AIRES

Unión Telef. Avenida, 5075 - 5076 - 5077







CASTEX (Pampa). — Parte de la numerosa concurrencia que asistió a la demostración pública ofrecida al ex gobernador, teniente coronel Arturo Núñez, como homenaje a su digna actuación al frente de este Territorio. El teniente coronel Núñez, el gobernador interino, doctor Manuel Degreff, y personalidades políticas del Territorio, dirigiéndose al lugar donde se bautizó una de las principales calles con el nombre del ex gobernador.





PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

La aludida permaneció silenciosa durante unos momentos, como recapacitando.

Probablemente Sánderson interpretó mal su silencio.

— Veamos — insinuó él: — debe de haber un pequeño detalle acerca de Lesœur que usted seguramente ha notado aunque su marido no lo recuerda y que no debe tener temor alguno en decirnos.

— ¿Temor ? — exclamó ella.

Sánderson pareció avergonzado de lo que había dicho.

— Quiero decir — explicó — que no tema ser prolija y quitarnos el tiempo. Relate usted todo lo que sepa por insignificante que a usted le pudiera parecer.

— Bien; diré todo lo que sepa — contestó con tono agudo y bastante molesta por la actitud de Sánderson, no negándose a contestarle porque sabía que era su deber. E hizo un relato lo mejor que pudo de todo lo acontecido la noche anterior.

Cuando terminó, el detective hizo algunos ademanes de aprobación.

— Muy bien, señora — dijo éste: — no le pediría una declaración más concisa y clara a nadie. Está en absoluto de acuerdo con lo que acaba de manifestarnos su marido.

A pesar del tono de cumplimiento que adoptara Sánderson, a ella le pareció que sus últimas palabras habían sido pronunciadas con innecesario énfasis; y mientras le contemplaba sorprendida, le advertía una expresión cada vez más maliciosa.

— Sin embargo, señora Reverly; no deseamos que su relato se contradiga con el de su marido y confieso que ambas manifestaciones guardan una perfecta semejanza; pero tengo más interés en saber lo que usted ha hecho después del lunes en la mañana.

Ruth sintió que la sangre le bullía precipitadamente, produciéndole un escalofrío por todo el cuerpo.

— ¿El lunes último? — articuló con trabajo.

— Eso es. Empezando desde el momento en que la visitó Frank Lacy. Supongamos que usted nos relata el porqué cuando un hombre extraño le contó que su ex-novio no había muerto a consecuencia de un accidente, sino a causa de un misterioso asesinato, no lo hizo usted detener o, al menos, no hizo alguna diligencia para comunicarse con la policía.

La interrogación era de tal índole, que Ruth, con manifiesta ansiedad, buscó con la mirada a Doyle, pero éste parecía distraído y no se fijó en el mudo llamamiento. Como hipnotizada, ella sentíase atraída por los ojos fijos e inexpresivos de Sánderson.

— No le reconozco el derecho de hacerme semejante pregunta — exclamó con evidente sequedad.

— ¡Oh! Usted no tiene que responderme a mí, sino a otra *cosa* — replicó Sánderson con un tonillo de autoridad rajante que adquiría modulaciones insolentes. — «Algo» se interpone que usted admitirá es de su propiedad: *ésto*.

Esto era un cuchillo de mango de plata. El detective lo exhibió en sus manos, sacándolo de debajo de la mesa con un limpio ademán de prestidigitador. En un artístico monograma de la empuñadura advertíanse las iniciales R. B. El arma pertenecía a la colección de utensilios de plata que le había regalado su padre con motivo de su casamiento.

— ¿Es suyo? — interrogó Sánderson.

Ruth hizo un gesto como de asentimiento. El cuchillo parecía una especie de cimitarra en pequeño tamaño, de las que usaban los moros antiguamente.

— Creo que sí — contestó por ella el detective — y es también el arma cuya hoja se encontró clavada en la espalda de Lesœur.

Y agregó con acritud:

— ¿Y ahora querrá usted decirnos por qué no nos dió aviso de la visita de Frank Lacy? Sería conveniente decir la verdad, porque Lacy ya ha declarado. Se halla bajo arresto como testigo material de la muerte de Lesœur.

Ella se volvió hacia Doyle.

— Usted puede decir, míster Doyle, todo lo que le conté acerca de Lacy.

— Míster Doyle no está a cargo de este asunto hoy. Yo soy el que lo estoy. He sido retenido por míster Gerlach para proceder a la investigación del asesinato de Lesœur — manifestó Sánderson, agregando: — Pero dejemos el asunto de Lacy por un momento. Señora Reverly: usted me dijo esta mañana que no sabía la hora exacta en que su marido regresó a la casa después de su salida a la farmacia. ¿No es así?

— ¿Qué es lo que usted quiere decir? — preguntó la interrogada.

— Pues quiero decir — habló con aplomo judicial el agente neoyorquino — que he arrestado a su marido por el cargo de asesinato de François Lesœur, la noche última, crimen cometido con el cuchillo que acabo de mostrarle.

Tal cargo, disparado como un escopetazo, le pareció, sin embargo, tan absurdo, que movió su cabeza para mirar a Doyle, impetrando de él una razonable y caballerosa ayuda; su cara se congestionó para luego tornarse lívida bajo la brutal acusación. El extravagante e incomprensible personaje correspondió a su visual imploración con unos ojos en que brillaba la satisfacción y algo así como un triunfo de su hermética mente.

Ahora experimentó ella que la sangre, helándosele en las arterias, paralizaba todas sus voliciones.

Una amarga e intensa decepción la invadió; sus cándidos y brillantes ojos tornáronse opacos, casi duros; los labios resecos le daban una sensación en extremo molesta y le temblaban las falanges de los dedos rosados.

¡Conque él también la traicionaba! La traicionaba después de haberla hecho creer que se hallaba convencido de la inocencia de su marido en la muerte de Jim Armstrong, sonsacándole informaciones y estudiándola de cerca con el oculto propósito de obtener su confianza. Tal había sido su conducta para con ella, una conducta llena de doblez y tanto más censurable cuanto que se trataba de ella, de una mujer indefensa y atormentada por acontecimientos incomprensibles en las horas precisas en que su esposo se encontraba ausente.

Doyle, a su juicio, se había confabulado con el detective Sánderson para tenderle un lazo a Bent y hacerlo caer entre sus ligaduras.

¡Ah, cuán ingenua había sido! ¿Por qué creyera en él?

Durante unos segundos examinó con rapidez mental las sospechas en qué fundar sus dudas, pero su trabajo resultó infructuoso. La conducta de Doyle en el transcurso de sus visitas y conversaciones no ofrecía punto vulnerable, fuera de sus desconcertantes teorías y de su maravillosa agudeza para descubrir lo inconfesado por ella, lo que se puso en evidencia cuando él «acertara» la ocultación del detalle de las dos piezas rotas del gemelo.

En concreto, resultaba ridículo inculparle; los cargos de falsedad que su cerebro pretendía formular contra el singular investigador desvanecíanse apenas se analizaban con reflexiva seriedad.

Y otra vez, con aleteo siniestro, el pajarraco negro de la Duda batió sus membranosas alas en sus oídos, conturbándola hasta los linderos de una crisis nerviosa.

El cuchillo con que se asesinara a Lesoeur estaba allí, en las manos del impasible Sánderson, con la hoja manchada de sangre. El arma era de su pertenencia, formaba parte de sus curiosidades domésticas...

¿Cómo y quién lo había empleado tan siniestramente?

Veníale a la memoria, con el dolor de una punzante herida de estilete, el recuerdo de su esposo.

Bent no había regresado a casa hasta que ella, rendida por el cansancio y las emociones del día, cayó en un pesado sueño del que no logró despertarla su llegada.

Y, entretanto, la Duda, mitad pajarraco y mitad demonio, seguía abanicándola con sus alas, perforándola el espíritu con sus ojillos infernales.

La apariencia de Ruth Reverly decepcionaba a cualquiera. Su aire de fragilidad hubiera sorprendido a muchos de sus contrincantes en la partida de golf, ella que derrochaba siempre buen humor y que era capaz de hacer diez y seis «holes» sin perder su natural sangre fría y su aire de muchacha contenta.

Sin embargo, espíritu no le faltaba en ninguna ocasión. Sus ojos, de cálido mirar, y el mentón, un tanto saliente, indicaban a las claras un alma bravía y de acción, alma que también sabía mantenerse firme en plena pasividad. Pero es muy cierto que una incesante caída de gotas de agua concluye por horadar un peñasco, y si se probase sobre un cuerpo humano, con un litro goteando sobre el mismo, el efecto final sería tan terrible como el de un martillazo.

Ante las manifestaciones del detective Sánderson, que había ordenado el arresto de su marido Bent, culpado de asesinato en la persona del francocanadiense François Lesouer, su alma reaccionaba rebelde, considerando un absurdo tal inculpación. Además, la especie de persecución de que había sido objeto por parte del hombre de perfil de pajarraco — Frank Lacy — y después las reticencias del extravagante Patrick H. Doyle, el hallazgo del gemelo roto y su misteriosa desaparición... cada una de estas cosas consideradas por separado constituía ante su mente un absurdo como pruebas de la complicidad de su marido; pero cuando las relaciones entre sí, uniendo sus coincidencias, terminaban por despertar agudas sospechas en el fondo de su conciencia.

En muy pocos segundos logró sobreponerse a tan atormentadoras circunstancias y con un supremo esfuerzo de voluntad las alejó de su mente.

Interiormente juró no traicionar jamás a su marido, ni siquiera con el pensamiento, desechando todas las dudas que intentaran penetrar en su cerebro. El circunspecto y caballeroso Bent, cuya franqueza era una parte inseparable de su firme carácter y de su delicadeza, debía ser insospechable para ella. Solamente un cúmulo fatal de circunstancias adversas pudieron determinarla, en momentos de debilidad, a poner en duda la reconocida rectitud de su compañero afectuoso. No y no. Tendría fe inquebrantable en él aunque las apariencias lo condenaran.

Sí; las gotas de agua seguían cayendo sobre su corazón, tratando de horadarlo, pero ella estaba ya dispuesta a que no dejaran huella, oponiéndoles la sólida resistencia que da una confianza sólida.

En el silencio de muerte que siguió a las palabras de Sánderson, que seguía escrutándola con sus ojillos penetrantes, el espíritu de Ruth iba a sumirse en las angustias de una nueva crisis. La habitación donde se encontraba, el aspecto frío de los muebles y las personas ante las cuales comparecía tomaron ante sus ojos proporciones extrañas. Advirtió unos rasguños en el rostro del shériff John Gerlach, y las nudosas manos del agente neoyorquino parecían colgar de las mangas tan desmañadas como las de un gorila.

Sobre todas estas observaciones destacábase, por su calidad enigmática, la expresión de los ojos de Patrick H. Doyle. Recordaba que en su primer entrevista con tal personaje habíase ya dado cuenta de que la aparente incoherencia del mismo, así como su extravagante aspecto, ocultaban, en las profundidades de sus verdosas pupilas, una fina inteligencia que abarcaba la esencia íntima de las cosas.

En aquellos instantes aquella mirada de inteligencia refulgía como una brasa. Pudiera interpretarse como el fulgor de un cerebro incrédulo que se deleitara, y Ruth la sentía escarabajear en su cráneo.

Y, sin poder sobreponerse a la sensación de flaqueza física que la invadía, Ruth Reverly desplomóse desmayada en un sillón.

Cuando recobró el conocimiento se halló recostada en un rústico banco de madera al lado de la ventana. Ardíale la garganta. Unas gotas amargas humedecían sus labios, y después de enjugárselas con el pañuelo y sin hacer caso de las corteses advertencias de Sánderson, que le aconsejaba reposo, se incorporó en el asiento, y mujer al fin, se arre-

gló el desorden de los cabellos y reaccionó en forma tan rápida y decidida, tan femenina, que los hombres allí presentes la contemplaron con admirativa simpatía.

Dueña otra vez de sí misma, su voz sonó serena, sin titubeos denunciadores de temor o debilidad.

— Deseo ver a mi marido — dijo.

Sánderson movió la cabeza. Sus delgados labios simulaban contraerse en una mueca de complacencia, pero sus ojos, tan cercanos entre sí y tan impasibles, parecían burlarse de ella. Tuvo la clara presunción de que su desfallecimiento había impresionado a Sánderson en alguna forma todavía indescifrable.

— Nadie puede ver ahora a Mr. Reverly — contestó. — En cuanto tenga un abogado, será otra cosa.

Al decir esto su brusquedad era manifiesta.

Luego agregó en el mismo tono:

— Por ahora, él no tendrá oportunidad de prepararle a usted una pequeña y «hermosa» historia.

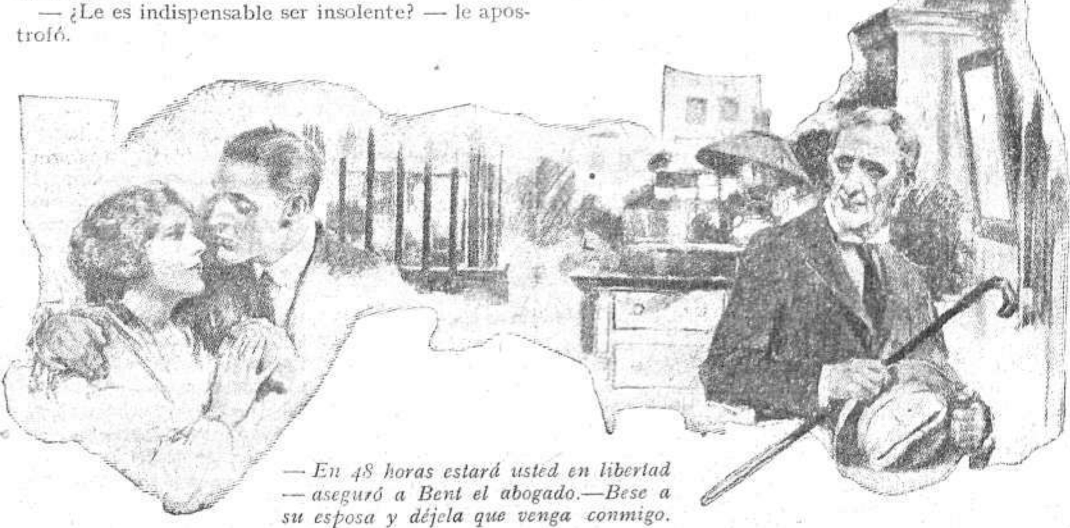
Resultaba evidente la brutal acusación.

El pálido y lánguido rostro de Ruth tornóse rojo de cólera.

— ¿Le es indispensable ser insolente? — le apostrofó.

sr aclararía perfectamente, pero cada hora que pasara en la cárcel resultaba una irritante injusticia y un tormento para ella. Por todos los medios imaginables estaba dispuesta a que la prisión de Bent durara lo menos posible.

Se puso de pie. Ante ella hallábanse Sánderson y Gerlach, que advirtieron en seguida el cambio súbito que en su aspecto se había operado. Solamente Patrick H. Doyle se atrevía a mirarla con fijeza. Sus ojos adquirieron el mismo relampagueo de audacia y desafío que creyera advertir en aquellos hombres. Veinte minutos antes la pasión del odio germinara en su corazón contra Doyle; ahora lo despreciaba. Juzgábalo como un intrigantuelo estrafalario, lleno de vanidosos desplantes, el cual, por cierta novedad en sus procedimientos, conseguía sorprender en las primeras entrevistas. Nada más. Al presente contemplábalo en toda su doblez: un hombre de conducta torcida que se valía de todos los medios con tal de alcanzar lo que él consideraba éxitos detectivescos. La comedia de la des-



— En 48 horas estará usted en libertad — aseguró a Bent el abogado.—Bese a su esposa y déjela que venga conmigo.

El detective, perdiendo la más elemental cortesía, replicóle:

— ¡Ah! Es verdad que los nombres de ustedes aparecen con frecuencia en las columnas de los diarios, en la sección social, y que pertenecen a círculos aristocráticos, adquiriendo una idea errónea de lo que son los deberes. Pues bien; un asesino es siempre un asesino, pertenezca a la clase que pertenezca.

Ruth dirigió sus ojos hacia John Gerlach, a quien conocía desde la infancia; pero éste, semejante a una estatua, no respondía a su mudo llamamiento, evitando su mirada. Comprendió entonces la indiferencia y el desvío del hombre al que consideraba como un vecino y amigo bonachón y servicial, siendo, en realidad, un ruín espíritu amedrentado.

Pero ¿estaba segura de que era de debilidad el sentimiento que embargaba a Gerlach en aquellos momentos? ¿Cómo interpretarían él y Sánderson su pasado desfallecimiento? ¿Reforzando las sospechas en su contra?

Bien; si ella, por su parte, había injuriado a su marido con sospechas, en lo sucesivo iba a redimirse con una nueva conducta. Bent, su esposo, hallábase en peligro inminente, y ella estaba dispuesta a salvarlo porque era inocente, inocente de la muerte de Lesoeur y de toda relación culpable con el presunto crimen de Jim Armstrong. Todo

aparición del anónimo escondido, según su consejo, debajo de la alfombra de la sala de su casa, evidenciaba la superficiabilidad de sus procedimientos. Fantaseaba acerca de su talento deductivo; resultaba muy dudoso que hubiera poseído el original merced a la estratagema aparatosa, y en cuanto a las sospechas que lanzara sobre Sadie Overholt, sin duda lo hizo para despistarla acerca de sus verdaderas intenciones con respecto a Bent.

En fín; no trataría más con semejante tipo; en adelante no confiaría en él para nada.

— ¿Es esa la última palabra? ¿No se me permite ver a mi marido? — insistió, mirando de frente al detective Sánderson.

— No, de ninguna manera — contestó con sequedad éste.

Ruth inclinó la cabeza en silencio. Luego, sin decir una palabra, les volvió la espalda y abandonó la habitación.

Ya en la calle, se sintió avergonzada ante los numerosos grupos de curiosos que poblaban aquellos alrededores. Podía asegurarse que todo Beaulieu se hallaba allí, comentando el sangriento suceso y lanzando las más variadas teorías, que eran refutadas por otros y así sucesivamente. Pero Ruth, pasados unos segundos, supo sonreír con naturalidad en medio del silencio con que fué acogido su paso. Unicamente el brillo sonrosado de su rostro

denunciaba su agitación interior cuando cruzó por entre la gente con firmes andares de mujer segura de sí misma.

En la vereda de la izquierda la voz de un pescador sonó acusativa.

— John Gerlach es un viejo inservible, gordo y necio — exclamó.

Un coro de voces destempladas mostró su conformidad con tal juicio. Casi todos los vecinos conocían a Ruth y a su marido Benton Reverly desde hacía muchos años y juzgaban en extremo ridículo el cargo de asesinato en que acababan de envolverlo.

La confianza que advirtió en todos los semblantes la hizo ruborizarse de sus miserables dudas anteriores. Se juró luchar, no sabía cómo ni hasta cuándo, pero lucharía con todas sus potencias hasta verlo libre y honrado como siempre.

Su primo Dick, que la seguía, la ayudó a meterse en el automóvil.

—Vamos cuanto antes de aquí—ordenó al chófer.

En pocos minutos se hallaban en casa. La servidumbre conocía ya la desoladora noticia. Las mujeres no ocultaban su llanto y Mike la aseguró que su mayor gusto en este mundo sería propinar unos cuantos golpes sobre la cabeza del obeso Gerlach, y le pedía su autorización.

— Y de paso — prometió — quisiera hacer lo mismo en la cara de Sánderson.

Ruth le sonrió agradecida, negando con la cabeza.

— Creen cumplir su deber del mejor modo — dijo — nada de violencias, Mike.

— Y yo, dándoles una pateadura, el mío — protestó el fiel servidor. — A la primera oportunidad...

Una vez dentro de la casa, Ruth se dejó caer en un sillón. Dick, demasiado nervioso para mantenerse inmóvil, paseaba por la habitación a grandes zancadas, con las manos metidas en los bolsillos y la frente baja. Como natural contraste de la situación, la excitación del muchacho contribuía a la serenidad de ella, que hacía esfuerzos por no dejarse vencer de la cólera.

A Dick resultábale incomprensible que Gerlach, el detective neoyorquino y Patrick H. Doyle con su mutismo formularan cargos tan graves contra un hombre conocido y honrado. ¿En qué justificaban tales cargos?

Tomó asiento con ganas de decir algo.

— Pat Doyle aclara todo este lío, Ruth, puedes estar segura—comenzó diciendo.—Cuenta con él.

Los finos labios de ella se contrajeron en una mueca de desagrado.

— ¿Contar con él? Me ha estado mintiendo siempre; cree que Bent es culpable — contestó ella con acento reconcentrado.

— Esta es la mayor insensatez que te he oído decir — gritó su primo verdaderamente extrañado ante tal salida.

Patrick H. Doyle era un ídolo para el estudiante.

— ¿Te has olvidado de que es un acérrimo defensor de la inocencia de Bent? — añadió mirando a su prima con sorpresa.

— Todo en él era simulación, Dick. Esta mañana me ha demostrado que cree en su culpabilidad, en que Bent es el asesino de Lesoeur. En qué se funda no lo sé. Antes que yo, sabía que se hallaba arrestado y no quiso decírmelo cuando vino a verme y me acompañó hasta las oficinas del Selectmen. Bien pudo haber evitado que fuera Sánderson el que me comunicara la noticia. Además, he podido leer en su rostro: Doyle se regodeaba con mi aspecto de abatimiento y angustia.

Dick, asombrado de esta declaración, penduleaba la cabeza con ademán de repetida incredulidad.

— Estás equivocada, Ruth — contestó: — Doyle no solamente cree en la inocencia de Bent sino que está dispuesto a ayudarlo en todo lo que pueda.

Ella no dejó de impresionarse ante esta defensa. Mujer al fin y muy sensitiva por naturaleza, su espíritu, falto de esa larga y personal experiencia que suelen adquirir los hombres de lucha y las mujeres excepcionales y mundanas, no podía abrigar la solidez de criterio de una persona mayor, y menos en las circunstancias extraordinarias que la rodeaban, amenazando su tranquilidad para toda la vida.

Algo iba a contestar cuando llamaron a la puerta que no estaba cerrada.

Dick, sin necesidad de moverse del asiento, pudo ver la figura de Patrick H. Doyle que se aproximaba.

— Entre, entre usted. Justamente estábamos hablando de su persona — le gritó.

El detective, con toda parsimonia, colocó su sombrero sobre una silla y tomó asiento.

— Bueno; en lo más mínimo me interesan las opiniones de las gentes acerca de Patrick H. Doyle — dijo con su natural impertinencia. — Para nada me interesan. Pero ¿qué era lo que estaban diciendo?

— Ruth cree que ha procedido usted con doblez — soltó sin preámbulos el impetuoso muchacho.

El detective clavó su mirada penetrante sobre el rostro de la aludida.

— ¿Se me permite preguntar por qué piensa usted eso?

— Usted no quiso prevenirme de que mi marido se hallaba arrestado — dijo ella con tono acusador.

— Esa diligencia se llevó a cabo contra mis insistentes consejos. Gerlach se empeñó en arrestarlo a pesar mío. En realidad, cuando llegué aquí, su esposo todavía no había sido arrestado.

— Pero usted parecía muy satisfecho cuando míster Sánderson dijo que Bent se hallaba detenido e incomunicado — insistió ella implacable.

— ¡Por San Jorge, señora! — exclamó Doyle con brusquedad. — Yo mantuve y mantengo mi boca cerrada para no darle a usted motivos inútiles de preocupación; yo estoy *mirando en otros* y usted juzga que no estoy jugando con lealtad mi partida. Señora Reverly: ¿querrá usted, para lo futuro, tener la amabilidad de reservar sus opiniones acerca de mi conducta hasta tanto que los sucesos vayan explicándose solos? Me fastidian bastante los prejuicios aunque no me importen. ¿Cómo es posible que, habiendo tenido ustedes la suerte de tropezarse con un hombre como yo, pretendan juzgarme tan a la ligera? Ello me induce a opinar que usted es un tanto infantil, señora Reverly. Yo, esta mañana, no miraba *satisfecho*; miraba con *interés*.

A pesar de lo dramático de las circunstancias, Ruth se sentía inclinada a transigir, a mostrarse suave. Doyle, carnavalescamente vestido, y, como siempre, lleno de vanidad, resultaba en toda ocasión tan fuera de lo común, entre ridículo e impresionante, que desconcertaba. No; aquel hombre que tenía a su lado podía ser ridículo al exterior, lo era de hecho; pero por dentro atesoraba sorpresas que acusaban una fuerte inteligencia. Acaso intrigante y sin duda alguna con mucho talento inquisitivo.

— Lo deploro mucho; me arrepiento de mis errores — balbuceó ella con manifiesta docilidad.

Doyle, balanceando en el aire la mano en que brillaba la descomunal piedra amarilla, contestó alegremente:

— Está muy bien, señora Reverly; comprendo sus preocupaciones, pero debe usted desecharlas. Sacaremos a su marido de donde se encuentra lo antes posible.

CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO

PARA UNOS

Es el dueño absoluto. Poderoso,
En el mundo no hay más que un don Hipólito.
invencible, magnífico, radiante,
y vence con metódica energía.
ninguno se le pone por delante,
Convierte al enemigo en manso acólito
ninguno es tan osado y generoso.
que en su provecho se unirán un día.
Al cruzarse de brazos, desdeñoso,
están lo raro, lo anormal, lo insólito
su figura es más alta y elegante.
Impuestos por la estrella que le guía
Y el público le aclama delirante,
prepara el triunfo y, al final, impera.
y el público le aplaude clamoroso.
Y con habilidad que no se agota
No hay nadie que discuta en su partido
mientras la turba insípida alborota.
la resistencia y el tesón y el celo
Sin alterarse y sin dudar espera,
con que siempre ha luchado y ha vencido.
y le derrite como blanda cera.
Hombre de empuje y pensador de vuelo,
ataca a su rival y le derrota
elocuente, incansable y decidido,
Estadista y político de nota,
en el mundo no hay más que un don Marcelo.
Es querer dominarle, una quimera.

PARA OTROS

SUMARIO DE NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La civilización y la barbarie a través de una familia chancha, por **Francisco Grandmontagne**. El testigo, por **Juan Cruz Míguez**. Suicida, por **Roberto A. Ortelli**. El viento, por **Horacio A. Rega Molina**. Ruptura de relaciones, por **Samuel Glusberg**. Especialidades, por **Protasio Lucero**. Disparates inéditos, por **Ramón Gómez de la Serna**. Leyendas del mar, por **Héctor Pedro Blomberg**. Impresión matutina, por **Ezequiel Martínez Estrada**. Andar, por **F. Deffilippis Novoa**. El señor de la montaña, por **Ciro Torres López**. El gran proyectista, por **José María Salaverría**. El vestido de mamá, por **Fausto María Martini**. Tragedia, por **Bertrand Bloch**. La neurótica, por **Margaret Wesprup**. Cuento absurdo, por **Angeles Vicente**. Sólo diez minutos para salvar más de cien vidas, por **Henry F. Pringle**. Personas desconocidas, novela policial de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche**. Hombres célebres: Caín, por **Eduardo del Saz**.